

PUNTO

ROJO



TRAFICO CRIMINAL

joe mogar

JOE MOGAR

TRÁFICO CRIMINAL

Colección PUNTO ROJO n.º 77

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 19.155 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN OCTUBRE - 1963

© JOE MOGAR - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva, Barcelona - 1963**

N. R. 4564/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

810 - ¡Te mataré, forastero!

En Colección BÚFALO:

393 - Alias «Pistol Kendall».

En Colección SERVICIO SECRETO:

675 - Testigo de su muerte.

En Colección CALIFORNIA:

345 - Un garito en Cuervo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

364 - Una cabaña en el lago.

En Colección COLORADO:

284 - La vuelta del fugitivo.

En Colección KANSAS:

146 - El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

88 - Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

59 - Ruth morirá joven.

TRÁFICO criminal

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

Aquella mañana entré en mi oficina una hora más tarde que de costumbre. Como siempre, Ethel Lorraine, mi secretaria, estaba sentada detrás de la mesita de su despacho.

Ethel es un portento. Un bombón. Ethel tiene una fachada que marea.

Todo en ella produce sensación de mareo. Incluso sus largas y bien torneadas piernas, enfundadas en medias de nylon que mostraba por debajo de la mesita casi con entera profusión.

Al oírme entrar, levantó la cabeza y me miró dejando momentáneamente el trabajo que estaba haciendo, y en el acto vi su sonrisa y el brillo de sus dienteillos pequeños e iguales cuando sonrió.

—Hola, jefe, Buenos días —dijo sin dejar de sonreír.

Avancé hacia ella y rodeé la mesa sin replicar. Ethel se levantó entonces y vino a mis brazos con entera sencillez, Entonces la enlacé por el fino talle y nos besamos largamente mientras sus morenos y bien torneados brazos iban a mi cuello.

Después, cuando nos separamos, Ethel me miró largamente con sus negros y rasgados ojos.

—¡Oh, Cass! —susurró—. ¡Que yo no le he dado permiso para que me bese!

—¿De verdad, ricura?

La besé de nuevo y en el acto noté el fuego que había en ella. Después, al minuto siguiente, tuve la sensación de que se apretaba contra mí.

Tal vez fueron segundos o minutos. No lo sabía ni lo supe después, ya que repentinamente, a nuestra espalda sonó una tosecilla bastante seca por cierto.

Nos separamos.

Un tanto desconcertado por parte mía, mientras que Ethel

soltaba una exclamación ahogada llevándose las manos a los pujantes senos, ahora agitados tumultuosamente a causa de la falta de respiración. Su rostro había enrojecido violentamente.

Como si hubiera cometido una falta imperdonable al dejarse besar por su jefe, que por cierto, ya lo había hecho en otras muchas ocasiones.

Fue entonces cuando volví el rostro para mirar.

Y me quedé sin aliento.

La dueña de la tosecilla era todo un portento de mujer, y con más fachada que la propia Ethel, que ya es decir.

Rubia peinada a lo Verónica Lake, de grandes y brillantes ojos verdes brillantes, que ahora me estaban observando con algo de regocijo, a pesar de que a primera vista noté que estaba preocupada.

Tenía una cara perfectamente ovalada, la nariz muy fina, y la boca de labios furiosamente rojos, gordezuelos y sensuales. Como invitando al beso.

Los senos altos, pujantes, orgullosos y provocativos. Las caderas...

En mente calculé que por lo menos tendría un metro de busto y ochenta u ochenta y cinco centímetros de cadera.

Y continué mirando porque merecía la pena hacerlo.

La falda estrecha, de las llamadas de tubo, realizaba aún más sus curvas peligrosas. Curvas de diosa pagana. Muy corta, hasta la perfecta rodilla y más abajo, el resto de unas piernas tan maravillosas cómo yo no había visto otras en mi vida.

Sentí deseos de suspirar, pero estaba Ethel.

Luego, después de unos segundos de indecisión me acerqué a ella.

—Mi nombre es Cass Lyman —dije—. ¿Qué desea?

Ella me sonrió entonces y estuve a punto de perder el control, a pesar de mi secretaria.

—Me llamo Cherry Morrison, míster Lyman —replicó. Desearía... Bueno, deseo hablar con usted.

Miré a Ethel y ésta supo interpretar mi mirada. Sabiendo esto giré el rostro para encarar de nuevo a Cherry Morrison.

—¿Quiere pasar? —pregunté de inmediato.

E indiqué con el brazo extendido una acristalada puerta en la

cual, pintado con letras negras decía:

PRIVATE.

Vino detrás de mí y justo en el umbral de la puerta me aparté para dejarla pasar. Después cerré a mi espalda sabiendo que desde su despachito, Ethel oiría toda nuestra conversación.

Dentro ya, ambos nos miramos frente a frente.

—Bien, *miss* Morrison —dije—. Puede sentarse.

Lo hizo.

Cabalgando una pierna sobre otra, con lo que la estrecha falda subió por encima de la rodilla, y bastante.

Respiré con dificultad por lo que opté por volverme de espaldas a ella y como el que no quiere la cosa. Pero fue mucho peor colocarme frente a aquellos ojos verdes que parecían escudriñarme hasta lo más recóndito de mi alma.

Frente a su escotada blusa, tan ceñida a su piel que amenazaba con estallar allí donde los senos se mostraban desafiantes y orgullosos.

Sin dejar de mirarla, porque no podía, extraje del bolsillo un arrugado paquete de cigarrillos y se lo ofrecí. Ella encendió uno y me lo devolvió. Después lanzo varios anillos hasta el techo y de nuevo clavó sus inquietantes ojos en mí.

No dije nada. Me limité a mirarla, esperando que fuera ella la que rompiera el silencio que se estaba adueñando de mi pequeño pero bien montado despacho.

Finalmente habló, y cuando lo hizo desvió sus ojos de los míos, lo que fue mejor para mí.

Respiré más tranquilo. Sin saber por qué, todo lo que había en ella me resultaba inquietante.

—Deseo contratar sus servicios, míster Lyman —dijo repentinamente—. Pienso pagarle bastante bien, si me sirve como deseo.

Me miró ahora y mediante un poderoso esfuerzo mantuve mis ojos fijos en los suyos que brillaban como los de un felino.

—Bien, desembuche, hermana —repliqué, notando en el acto que no le gustaba mi expresión, ya que frunció su bonito ceño—. La estoy escuchando.

—Se trata... —vaciló un poco y después añadió—: Aún no sé si verdaderamente se hará cargo de mi asunto, míster Lyman.

—No, desde luego que no —repliqué—. Pero antes de aceptarlo, debo saberlo todo. ¿No le parece, *miss* Morrison?

Cherry sonrió de nuevo, pero sus ojos serios me desmintieron su sonrisa.

—Alguien intenta hacerme un chantaje, míster Lyman —replicó después.

—¿Y quiere que lo evite yo? ¿Por qué no va a la policía, monina? —repliqué a mi vez.

—¡No sea estúpido, pesquisa! —exclamó—. No deseo que intervenga la policía en modo alguno, y mucho menos los periódicos.

La miré atentamente y después solté la pregunta:

—¿Casada, soltera o viuda?

Su respuesta sonó en el interior de mi despacho como las explosiones de mí «Lugger».

—¿Importa mucho ese detalle, míster Lyman?

Sonreí, pero mi sonrisa era la del conejo.

—No, no mucho —repliqué—. Ni siquiera nada.

—Entonces no haga preguntas necias y escuche pesquisa. Se trata de una fotografía, ¿sabe? Alguien la envió diciendo que tenía que pagar unos cuantos miles de dólares, afirmando, claro es, que poseía el negativo para poder sacar cuantos le vinieran en gana para lo venidero. En fin, míster Lyman, el tipo pide por esa fotografía diez de los grandes. Si no pago, enviara una copia fotográfica a cada uno de los rotativos escandalosos de Nueva York.

Calló mirándome mientras yo aventuraba una nueva pregunta:

—¿Tiene esa fotografía?

—¡Sí!

Su respuesta fue tan seca como un pistoletazo.

—¿Puedo verla?

Se puso en pie de Un salto y sus ojos brillaron como dos luces infernales.

—¿Quién diablos se ha creído que soy yo, necio?

De inmediato extendí la mano señalando la silla que acababa de abandonar.

—Está bien, ricura —dije—. De acuerdo en que no puedo ver esa fotografía. Ahora, ¿quiere decirme dónde entro yo en este asunto?

—Es sencillo —replicó, sentándose de nuevo y bajando un tanto

la voz—; quiero que sea usted quien entregue esos dólares, y quiero, además, que consiga el negativo, pero con la mayor discreción posible. Bajo ningún concepto debe intervenir la policía.

La miré silenciosamente unos cuantos minutos mientras en mi mente empezaba a formarse la idea de que aquella mujer me gustaba más que ninguna de cuantas hasta entonces habían revoloteado a mi alrededor.

—¿Dónde y cuándo hay que hacer esa entrega, *miss* Morrison? —pregunté después de este corto silencio.

—En Brooklyn —replicó poniéndose en pie—. Ya le diré cuándo y cómo. Venga a mi apartamento sobre las diez de esta noche, y allí le daré instrucciones. En cuanto a sus honorarios, le pagaré cinco mil dólares ahora y otros cinco mil cuando acabe este asunto. Claro que los gastos adicionales correrán de su cuenta. ¿Acepta?

Me puse en pie a mi vez y rodeé la mesa. Al acercarme, fue cuando por primera vez me di cuenta del caro perfume que usaba. Excitante. Tanto que ofuscaba mis ideas.

Lo mismo que ella.

¿Quién diablos era aquella mujer?

Pero no se lo pregunté. Simplemente me limité a decir:

—¿Dónde tiene su apartamento, *miss* Morrison?

—En el 5008 de la Octava Avenida. Apartamiento 12, letra B. Ya sabe; a las diez. Le ruego que no se retrase, míster Lyman, ya que tengo una cita para después.

Salió a continuación y no pude evitar que mis ojos siguieran el suave balanceo de sus caderas.

Después, durante unos cuantos segundos quedé aspirando su perfume, y uno más tarde me situé de nuevo detrás de la mesa.

Pensaba.

Pero fue por poco tiempo. Ethel, entrando sin llamar, se encargó de interrumpirlos. Moviéndose lo mismo que una gata vino a sentarse sobre el brazo del sillón donde yo me sentaba, después de rodear la mesa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó inclinándose hacia mí para besarme en una oreja y dejar que por unos segundos las profundidades de su escote quedaran frente a mis ojos—. Esa lagarta no me gusta.

Levanté los míos hacia ella, evidentemente sorprendido.

—¿Por qué, Ethel? —pregunté.

—¡Qué sé yo! Simplemente que no me gusta, y no me preguntes más porque no hay respuesta. Además está esa fotografía. Con eso está claro que es una lagarta. Una cualquiera, jefe. Después los diez mil dólares. Es demasiado dinero. ¿No cree? Luego está esa cita con usted —me sonrió—. Debíó preguntarle cómo se llama el mecenas que paga su apartamento. El mecenas o el estúpido, que para el caso es lo mismo.

Sentí deseos de reír, pero no lo hice, tal vez porque yo también estaba un poco intrigado.

CAPÍTULO II

Las diez de la noche.

El incesante tráfico. Las vueltas y revueltas, los discos rojos y verdes, y al fin, la Octava Avenida.

Finalmente el número 5008.

Aparqué el «Buick» ocho plazas, convertible, modelo 1961 en la playa de estacionamiento, descendí de él, y después de cerrar la portezuela con llave, crucé la calle, y una vez dentro del edificio de apartamentos me introduje en el ascensor.

Apartamiento 12, letra B.

Allí estaba. Frente a mis narices.

Notando una extraña sensación me acerqué a la puerta y pulsé el botón del zumbador. Una sola vez, pero fue bastante.

Alguien, detrás de la misma descorrió la mirilla y después me franqueó la entrada.

Cherry Morrison.

Más bella y provocativa que por la mañana. Vistiendo una escotada y ceñida blusa, y unos cortísimos «*shorts*» que le llegaban muy por encima de medio muslo.

De inmediato noté que sentía dificultades para respirar, pero procuré que ella no se diera cuenta.

—¿Quiere pasar, míster Lyman? —dijo.

Y se apartó de la puerta.

Traspuse el umbral y oí claramente cómo Cherry la cerraba a mi espalda.

—Venga conmigo, ¿quiere? Por aquí.

Tenía buen gusto la chiquilla. Y caro. Demasiado para mis posibilidades.

Esto lo fui pensando mientras me guiaba hasta el «*living*». Una vez en él, Cherry me señaló uno de los sillones.

—Siéntese donde quiera, míster Lyman —invitó—. Ahora le

prepararé algo de beber. ¿Qué quiere tomar?

—*Whisky* —repliqué sin apartar mis ojos de ella.

—Enseguida se lo traigo.

Se alejó contoneándose hacia el rincón más alejado del *living* y *en el acto le vi manipular dentro de un mueble bar. Después fue al frigorífico, y minutos más tarde traía en las manos dos vasos y una botella que depositó a mi lado encima de la mesita ratona.*

Los llenó, poniendo unos cubitos de hielo. Entonces se sentó frente a mí cabalgando una de sus hermosas piernas sobre la otra, recostándose contra el respaldo del sillón en una bien estudiada pose de vampiresa.

A pesar de ello, a pesar de saber que intentaba jugar conmigo; fue la primera vez que deseé besarla.

Repentinamente se enderezó, alargó la mano y tomó el vaso. Bebió un poco y acto seguido me miró por encima del borde del cristal.

—Supongo que deseará saber el lugar donde debe entregar esos dólares, ¿no? —preguntó.

De momento no repliqué. Dejé pasar unos cuantos minutos y luego dije:

—Verá, *miss Morrison*; he estado reflexionando y no deseo hacerme cargo del asunto.

En el acto, y después de mis palabras, ella descruzó las piernas y se puso en pie de un salto.

—Oiga, pesquisa; ¿pero qué...?

—Síntese y no se sulfure, monina —dije—. Me explicaré. Usted no me lo ha dicho todo. No me ha enseñado la fotografía a la que alude. Por otra parte...

—¿Es imprescindible que vea esa fotografía?

Su voz sonó a mis oídos cargada de rencor.

—Es mi deseo —repliqué—. Siempre que empiezo un caso, quiero contar con todos los datos posibles, además de la verdad. ¿Comprende, ricura?

—¡Es usted un cerdo!

Me puse en pie, tomé el sombrero y acto seguido me encaminé a la puerta. Pero Cherry no me dejó llegar.

Mucho antes la tuve a mi lado prendiéndome del brazo. Tiró de mí.

—Espere —dijo con voz ronca cuando la miré—. Le enseñaré la fotografía.

Fue por ella mientras yo volvía a ocupar el sofá.

Cuando regresó llevando un gran sobre en la mano, su cara era tan impasible como la de una esfinge de piedra. Me lo alargó sin decir palabra... Después, mientras yo lo abría, ella se sentó frente a mí y cruzó las piernas.

Una maravilla de mujer.

Lo comprendí apenas verla en mi despacho, y ahora acababa de darme cuenta de que no me había equivocado.

Era una fotografía bastante grande.

Ella estaba de frente y el hombre de espaldas. No se le veía el rostro porque estaba bastante ocupado besando el cuello de cisne de Cherry.

Unos minutos más tarde levanté los ojos de la fotografía, para mirarla.

Sí, Cherry Morrison era muy hermosa. Demasiado tal vez. Era... una mujer como yo no había visto otra. ¿Qué edad tendría?

Mentalmente me dije que no pasaría de los veintidós años. Tal vez veintiuno sería su edad exacta. Pensando en ello la miré de nuevo, de pies a cabeza, sin preocuparme ni poco ni mucho de lo que ella pudiera pensar de mí ante aquel descarado escrutinio.

Una mujer llena de redondeces audaces y provocativas. Una mujer que era un peligro nacional, claro que en aquel sentido.

Los ojos de Cherry brillaban. ¿Una promesa? ¿Por qué?

Sería una estupidez pensar en ello. Bastaba ver su apartamento para darse cuenta de la verdad. ¡Y con un pobre diablo como yo!

—¿Quién es el hombre? —pregunté deseando quitarme lo antes posible aquellos pensamientos de la mente.

Cherry no apartó sus ojos de los míos cuando dijo:

—Eso no se lo diré, míster entrometido, aunque no acepte el encargo.

Ahora sus ojos brillaban aún más, y continuaron brillando cuando inclinó la espalda contra el respaldo del sillón. Suspiró fuerte y por unos momentos temí que ocurriese una catástrofe cuando la tela de la blusa se atirantó a la altura de los senos.

Pero no fue así.

En vista de ello, hice una nueva pregunta.

—De acuerdo, ricura. ¿Quiere decirme ahora quién es el chantajista?

Su respuesta tuvo tanto de fría como de brusca.

—¡No lo sé! ¡No le he visto en mi vida! Escribió unas cuantas cartas, en un principio, y después envió la fotografía.

—¿Nada más?

—¡Nada más! Eso es todo cuanto puedo decirle.

—Bien —repliqué, sabiendo que nada más podría sacarle por el momento—; deme esos dólares y dígame dónde puedo entregarlos.

Sonrió levantándose del sillón.

—Voy a buscarlos, míster Lyman —dijo mientras giraba sobre sí misma.

Se alejó dejándome nuevamente solo, y miré en torno, comprendiendo de inmediato que me hubiera gustado bastante poder echar un vistazo por allí, pero seguramente Cherry no me lo hubiera permitido.

Al fin regresó.

Entre sus manos vi un abultado sobre, largo, cerrado, y completamente lacrado. En la otra, un buen fajo de verdosos billetes.

Cherry me lo entregó todo diciendo:

—Cinco mil dólares a cuenta, míster Lyman. En el sobre van...

Se interrumpió mirándome con los ojos muy abiertos, al darse cuenta de que yo estaba rompiendo los lacres del sobre.

—¿Qué demonios hace usted? —preguntó inmediatamente después.

—Nunca me fío cuando andan por medio montones de dólares —repliqué fríamente—. Por lo tanto, deseo saber por mis propios ojos la cantidad que me ha entregado para ese chantajista.

Extraje los billetes, y tal como había dicho los conté.

Después levanté los ojos hasta clavarlos en los verdes de ella. Estaba furiosa. Cherry estaba la mar de furiosa.

Pero su voz no lo delató cuando preguntó:

—¿Procede siempre así con los clientes, míster Lyman? Sonreí.

—No a menos que se trate de una mujer como usted, *miss* Morrison —repliqué.

Se puso aún más furiosa y me di cuenta de que estaba a punto de estallar. Pero no fue así, ya que Cherry preguntó con voz suave:

—¿Por qué precisamente una mujer? Tengo entendido que le gustan a usted. Pude darme cuenta de ello. Claro que su secretaria es muy hermosa.

—Más lo es usted. Tengo verdaderos motivos para saberlo.

Cherry enrojeció vivamente mirando el lugar donde yo había dejado la fotografía, boca abajo por delicadeza.

Pero no replicó. Por lo tanto añadí:

—Ahora deme esas señas y dígame dónde podré verla después de entregar esos dólares.

Se dejó caer sobre el sofá, tomó el vaso de *whisky* y bebió unos sorbos. Después replicó:

—Le mentí cuando le dije que tendría que llevarlos a Brooklyn, pesquisa. No es allí, sino a la carretera 23 Oeste. En el kilómetro veintiuno verá una quinta que está semiderruida, Es allí.

Pensé durante unos segundos.

—Un lugar al descampado solitario, ¿no? —pregunté después—. Por lo visto, el chantajista no desea correr riesgos innecesarios, ¿verdad?

—Así parece ser —replicó ella.

—Bien, ¿dónde puedo verla?

Se echó contra el respaldo del sillón, abombando el seno, y supe sin ningún género de dudas que Cherry podía hacerlo con legítimo orgullo.

—Podría decirle que aquí mismo, pero no quiero —replicó—. Mire, Lyman, tengo una cita y he de acudir a ella. Usted tiene que entregar esos dólares a las tres y media de la madrugada. Por lo tanto, yo, a esa hora, sobre las tres, estaré completamente sola en el «Tigris». ¿Sabe dónde...?

—Sé dónde está, ricura —atajé para preguntar en el acto—: ¿Con quién es la cita? ¿Con el amo de todo esto?

Ante mi estupor, Cherry soltó una alegre carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—No sea imbécil, pesquisa. Este apartamento lo pago yo. Por otra parte, no creo que le importe mucho con quién tengo o dejo de tener una cita —hizo una pausa y agregó burlonamente—: ¿O es que se siente celoso?

En el acto me incliné sobre ella, que no se movió.

—Nada de eso, querida —dije—. Simplemente que siento

curiosidad por todo lo que se refiere a ti. Profesionalmente, se entiende.

Entonces la besé y mi beso no tuvo nada de profesional.

Cherry no correspondió a la caricia, pero tampoco hizo nada por evitarla. Simplemente adujo después:

—No debe perder tiempo, Lyman. Se le hará tarde.

Sonreí prendiéndola por los hombros. Luego deslicé una de mis manos hacia su barbilla y la obligué a levantar la cabeza hacia mí. Durante unos segundos nos miramos fijamente y después me incliné de nuevo sobre sus rojos labios.

Ahora sí correspondió llevando sus brazos a mi nuca mientras se apretaba contra mí y su beso de fuego me aturdió un poco.

Después, unos minutos más tarde, susurró:

—Continúa perdiendo el tiempo, Lyman.

Pero no, no lo perdí. Con ella, nunca se perdía el tiempo.

CAPÍTULO III

Alcancé la carretera 53 Oeste sobre las dos de la madrugada. Tenía pues media hora para llegar al kilómetro veintiuno.

Miré el cuenta-millas mientras continuaba pensando. Cincuenta millas por hora.

Una buena velocidad si se tiene en cuenta que deseaba llegar un poco antes. Deseaba examinar el terreno mucho antes de que se presentara el chantajista.

Una milla más allá palpé la culata de la «Lugger», que continuaba bajo mi axila izquierda. Y al hacerlo, fue cuando tuve aquella idea.

Por lo tanto acerqué el «Buick» a la cuneta y lo detuve. Entonces saqué el sobre que Cherry me había entregado, y de él extraje el montón de billetes.

Unos segundos después levanté el asiento delantero y entre los algodones de limpiarme las manos los escondí. Hecho esto me coloqué de nuevo frente al volante y aceleré.

El kilómetro veintiuno.

Allí estaba. Muy cerca de la curva.

Miré entonces a mi derecha. Trescientas o cuatrocientas yardas más allá de la cuneta de la carretera vi la masa sombría y negra de la quinta.

Acto seguido detuve el «Buick» y apagué los faros, mucho antes de alcanzar el ancho camino que debía conducirme a ella.

Miré ahora por la ventanilla.

El silencio en tornó era opresivo. Angustioso.

Sí, ésa, era la palabra. Un silencio angustioso, lúgubre, mortal.

Llevé de nuevo, con ademán instintivo, la mano a la culata de la automática y miré a ambos lados de la Carretera. Nada.

Escuché. Nada tampoco.

Por la ancha y asfaltada pista no pasaba en aquel momento ni

un solo coche.

Embragué.

Dos minutos más tarde, y siempre con los faros apagados, entraba en el camino secundario, rodeado de espesas matas y corpulentos árboles.

Cuando me faltaban escasamente veinte yardas para llegar a la puerta principal de la quinta detuve de nuevo el «Buick», ocultándolo detrás de un espeso seto que crecía bajo uno de los copudos árboles.

Avancé ahora hacia la casa llevando la «Lugger» en el bolsillo derecho de la americana, y con todos los nervios en tensión.

Detrás de mí, en el «Buick» habían quedado los diez mil dólares. En mi bolsillo, en la cartera, los que Cherry me había dado como pago a mis servicios.

Ahora y antes de continuar, debo aclarar una cosa: nunca me habían gustado los chantajistas. Prefería habérmelas con un asesino. Por lo tanto, aquel tipo, si conseguía ponerle la mano encima, lo iba a pasar bastante mal.

Frente a la puerta principal me detuve.

No se oía nada. El silencio continuaba siendo aún más lúgubre que en un principio. La casa se me antojó ahora, y de cerca, siniestra.

Siniestra en todos conceptos.

Un hálito maligno parecía emanar de ella sin que yo momentáneamente pudiera explicarme el porqué de ello.

La puerta estaba abierta. Rota, lo mismo que los cristales de las ventanas. La cerradura completamente llena de herrumbre, pendía de un par de simples tornillos.

Extraje la «Lugger» del bolsillo y llevándola en la mano penetré en el interior palpando la pared.

Después di un par de pasos al frente mientras sacaba la lamparilla eléctrica del bolsillo trasero del pantalón. Con el dedo puesto en el botón de la misma escuché.

Nada.

Silencio.

Frío, pesado, mortal.

Este mismo frío se transmitió a mi persona y me estremecí. Avancé un poco más y entonces tropecé con una silla. Produjo un

ruido sordo y lúgubre. Apreté nerviosamente la culata de la automática y rodeé la silla.

Nada. No se oía nada.

Entonces me aventuré y encendí la linterna.

El *hall*.

Triste, vacío, sombrío. Excepto unos cuantos desvencijados muebles, allá en el último rincón del mismo, nada más había allí.

Telarañas por todas partes, y herrumbre.

Pero sobre todo el silencio.

Frente a mí, en el otro extremo, en el más alejado a mi izquierda, vi tres puertas. Lentamente, y siempre llevando en la mano derecha la «Lugger» y en la izquierda la lamparilla eléctrica, me encaminé hacia la primera.

La abrí.

El cuarto estaba vacío completamente. Desnudo, cubierto de polvo por todas partes.

Abrí la otra. Unos cuantos muebles en el mismo estado que los del *hall*. *En total nada*.

Fue en la tercera.

Entré como en las otras dos, sin una sola vacilación y llevando delante de mí el cañón de la automática y el cono luminoso de la linterna.

Di un par de pasos con la seguridad de que delante de mí, en el suelo, había algo, y de pronto, a mi espalda, ese «algo», cayó contra mi nuca.

Caí de rodillas.

La linterna se escapó de mi mano y rodó por el suelo. Intenté volverme con ánimo de meterle un balazo en cualquier parte del cuerpo, pero no pude hacerlo.

El intruso, tal vez el chantajista, cuya apagada respiración pude percibir un segundo antes, me golpeó de nuevo.

Perdí el conocimiento.

Cuando lo recobré, la linterna seguía brillando en el suelo. La «Lugger» continuaba a mi lado, junto a mi mano derecha. Tomé las dos cosas al mismo tiempo y acto seguido paseé el cono luminoso de aquélla por la habitación.

Después me puse en pie con algún trabajo, notando que me dolía la nuca, las sienes, la cabeza...

¡Imbécil!

Debí sospechar que el chantajista ya debía de estar dentro, esperándome.

La habitación, como las otras dos, estaba desprovista de muebles, pero no vacía. No del todo.

Me di cuenta de ello al segundo siguiente.

Había un hombre en el suelo. Caído de bruces y con el rostro vuelto hacia la derecha. De su sien izquierda brotaba un tenue hilillo de sangre. Estaba completamente muerto, y el arma no se encontraba a su lado.

Lentamente, sin dejar de iluminarle, me acerqué.

No le conocía. No le había visto en mi vida. ¿El chantajista, como pensé en un principio?

Pudiera ser. Pero si era así, ¿quién le había matado y por qué?

Me incliné sobre él lamentando no poder registrarle. En sus ropas no quedarían las huellas de mis dedos, pero en cuanto tocara su cartera o algún papel que llevara, estaba listo.

Pensé en Cherry.

Con esto sí que no había contado ella, ni yo tampoco. Ahora miré en torno.

Unas pisadas impresas borrosamente en el suelo, detrás de la puerta, me hicieron sospechar que el tipo que me golpeó se había quedado atrás de la misma para que la madera le ocultara al abrirla, como así había sido; y las mías.

Mis pies marcados sobre el polvo, y la huella indeleble de mi cuerpo cuando caí al suelo.

Con el zapato las fui borrando mientras iba hacia la puerta pensando en que si el teniente Kane, del Departamento de Homicidios de Nueva York, intentaba sacar un molde de mis zapatos, estaba fresco.

Siempre alumbrándome con la linterna, en tanto que el silencio se volvía espeso, alcancé la puerta principal.

Llegaba a ella cuando en la distancia, en la carretera, oí el inconfundible aullido de la sirena de la policía.

Apreté el paso y después corrí hacia el «Buick» pensando acertadamente que el mismo asesino había telefoneado a la policía después de golpearme.

Mi desconocido amigo deseaba cargarme con el muerto, y yo no

deseaba enfrentarme con el teniente Kane, por el momento.

¿Qué sabía de todo aquello? ¿Era verosímil la historia que me contó Cherry? ¿Decía la verdad?

Ni lo uno ni lo otro.

¿Quién era el hombre que estaba con ella en la fotografía? ¿El mismo con el cual se había citado aquella noche?

Muy posible.

Por otra parte; ¿quién era el asesino? ¿Quién más aparte de Cherry y de mí mismo sabía que el chantajista, contando con qué éste fuera el muerto, estaba en aquella quinta, esperando un buen montón de dólares?

¿Cherry misma?

¿Por qué no? Aquello aún se me antojaba más posible.

De nuevo frente al volante alcancé la carretera con los faros apagados, pero los encendí cuando las ruedas delanteras del «Buick» pisaron el asfalto.

Regresaba a Nueva York.

Regresaba con el corazón un tanto encogido, porque frente a mí, viniendo de la ciudad, seguramente se aproximaba el propio teniente Kane.

Era así, pero no repararon en mí. Ni en el «Buick» que era bien conocido de ellos.

Los dos coches, pertenecientes a la Brigada Volante del Departamento de Homicidios, cruzaron conmigo cuando apenas si llevaba un cuarto de milla recorrido.

Suspiré con alivio y dos millas más allá arrimé el coche a la cuneta y lo detuve.

Miré en los algodones. Los diez de los grandes estaban allí, pero en mi cartera faltaban los que Cherry me pagó para que me hiciera cargo de aquel asunto que ya me estaba resultando demasiado endiablado para mi propio gusto.

Satisfecho a medias continué adelante dejando un cadáver a mi espalda y parte del Departamento de Homicidios, y unas cuantas huellas claramente borradas en el suelo, junto a un hombre recientemente asesinado.

Nueva York.

La Quinta Avenida. El «Tigris».

Aparqué el «Buick» en la playa de estacionamiento, situada a

escasas yardas de la puerta del mismo y antes de descender de él consulté el reloj del «tablier».

Las tres y quince minutos de la madrugada.

En muy poco tiempo habían ocurrido un montón de cosas. Inmejorables unas (y me refiero a Cherry en particular), y fatales otras.

Me dolía la cabeza, y mucho.

Tenía necesidad de un trago de algo fuerte. Más necesidad aún que de ver a Cherry, sin que esto sea menospreciarla en modo alguno, y que seguramente me estaría esperando.

Entré en el club.

Allí estaba Cherry. Enfundada en un elegante vestido blanco, de semi-noche, con la espalda al desnudo, y muy poco más en la parte delantera del mismo. Un vestido ceñido a la cintura como si se tratara de una segunda piel y después, en amplia capa, hasta la misma rodilla.

Sus largas y magníficas piernas estaban enfundadas en medias de caro nylon y llevaba zapatos de más de ocho pulgadas de tacón.

Pero Cherry no estaba sola.

Junto a ella había un tipo y aquel tipo no me gustaba.

Lentamente, sin dejar de pensar ni un solo momento en lo ocurrido en la carretera, me acomodé en la barra.

—*Whisky* con hielo —pedí cuando el *barman* se me hubo acercado.

Después, mientras me servía, miré a la pareja.

El tipo en cuestión, cada vez me gustaba menos.

CAPÍTULO IV

Un rato después aún continuaba mirando a la pareja. Y el tipo aquel seguía sin gustarme.

Cherry parecía no haberse dado cuenta de mi presencia. Por lo tanto, continué mirando a aquel tipo.

Alto y moreno, como yo, y con todo el tipo de un galán de la pantalla. Pero de un galán joven. Atildado y en cierto modo elegante. A pesar de ello, cada vez me gustaba menos.

Había en él un aire inconfundible de «gigoló», de vividor.

Ahora hablaba él. Cherry mantenía la vista fija en el vaso que tenía frente a ella. Un «Manhattan» con hielo.

Repentinamente, vi cómo se ponía tensa, para después, con un revuelo de faldas y puntillas de blanco encaje saltar del alto taburete al suelo.

—¡Vete al infierno, bastardo!

Aquellas palabras sí sonaron claras en mis oídos y de inmediato me preparé, ya que el individuo dio un paso hacia ella. Pero se detuvo, aunque adiviné que lo hacía mediante un poderoso esfuerzo de voluntad.

También sus palabras llegaron claras para mí:

—Me iré, pero no al infierno, querida. Y no olvides esto; mañana he de verte y hablaremos un poco más tranquilamente que aquí.

Dio media vuelta y se alejó pasando por mi lado sin lanzarme una sola mirada. Yo tampoco lo hice. Me interesaba más el aspecto de Cherry.

El aspecto de aquella hermosa mujer, que muy posiblemente, y según mis propias sospechas, acababa de meterme en una trampa mortal.

En aquel instante nuestras miradas se cruzaron y me di cuenta de que palidecía un poco. Después se volvió cara al mostrador, tomó el «Manhattan» y vino hacia mí con la sonrisa en los labios.

—¿Quién es ese tipo, Cherry? —pregunté apenas la tuve a mi lado.

En el acto intentó una sonrisa que no le salió del todo mal.

—Se llama Dan Felton —replicó.

—¿Y...?

—Sin la «y», querido —me interrumpió.

No insistí.

Por el momento había algo más interesante que aquel tipo. Por lo tanto, esperé a que ella dijera algo, como así sucedió antes del siguiente minuto.

—¿Qué ocurrió, Cass? ¿Salió todo bien? —preguntó.

—Sí, ricura —repliqué—. Pero no a mí.

Me miró largamente y al fin preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Miré al *barman*, *que no nos perdía de vista y al fin aduje*:

—Aquí no, Cherry; vamos fuera.

Acto seguido pagué la consumición de los dos y me encaminé hacia la puerta, llevándola delante de mí.

Una vez junto al «Buick» abrí la portezuela y me aparté para dejarla pasar.

—Vamos, sube, muchacha —dije.

Cherry se acomodó a mi lado, diciendo:

—Dame un cigarrillo, ¿quieres? Y explícame eso, por favor.

Encendí dos y le di uno. Mientras aspiraba el humo empecé:

—El tipo estaba allí, o al menos eso supongo. Pero muerto. Alguien le pasaportó para el infierno con un balazo en medio de la sien. A juzgar por el orificio de entrada de la bala, estoy por asegurar que fue con una automática «Colt» calibre 45.

Cherry había palidecido de nuevo y mientras se reponía de la noticia, aspiré más humo, soltándolo por nariz y boca. Después, preguntó:

—Entonces no has conseguido nada, ¿verdad?

—Sí. Por lo menos un chichón bastante regular —repliqué forzando una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien me golpeó por detrás, en la nuca, y perdí el conocimiento.

A continuación le relaté todo lo ocurrido. Cherry quedó

pensativa unos cuantos minutos y al fin preguntó:

—¿Se... se llevaron...?

Sin saber por qué, mentí atajándola:

—Sí. El que me golpeó se marchó llevándose los diez mil dólares. Lo lamento, Cherry.

Ella continuó pensativa unos cuantos minutos más. Luego replicó dejándome frío:

—Entonces, el muerto era el chantajista.

—¿Por qué estás tan segura?

—No lo sé, pero tengo la certeza de ello. Y tú debiste pensar que las cosas no se desarrollarían del modo que querías. Descríbemelo, ¿quieres?

Lo hice en el acto y Cherry frunció su bonito ceño.

—No sé quién pudo ser —replicó después de una corta pausa—. Al menos por el momento. ¿Le conocías tú?

—No, no lo había visto en mi vida.

La miré pensativo.

Estaba seguro de que me estaba mintiendo. De que ocultaba algo de vital importancia para mí, y tal vez para ella también. ¿Por qué? ¿Quién era Cherry en realidad?

Pero nada de esto le dije a ella. Simplemente, me limité a dar un giro insospechado a la conversación y pregunté:

—Ahora quiero que me digas quién es ese Dan Felton. ¿De acuerdo, monina?

—¡Cass! Pero si sólo es un conocido que a veces se pone un tanto pesado. ¿Qué tiene él que ver en esto?

—No lo sé, muchacha —repliqué—. Eso puedo confesártelo. Pero debes de comprender que el asunto en vez de aclararse se complica cada vez más. Alguien, según tú, escribe ciertas cartas. Alguien que pide diez mil dólares por un negativo fotográfico. Un hombre muere violentamente y otro me golpea hasta hacerme perder el conocimiento. Después estás tú y ese Felton. Y más tarde estará la policía, monina. Comprende que tengo que buscar un hilo en esta madeja, Cherry.

Cherry permaneció silenciosa durante un largo espacio de tiempo y después dijo inopinadamente:

—¿Y si yo te pidiera que lo dejaras correr y que lo olvidaras todo, Cass?

La miré con asombro.

—¿Ya no temes el escándalo si ese chantajista publica esa fotografía?

—Sí, Cass. Tengo más miedo que antes. Pero ¿qué puedo hacer?

—Sigo sin saberlo —repliqué fríamente—. Ahora bien, debo decirte algo; no voy a abandonar el asunto aunque lo quieras tú. Deseo, entre otras cosas, pescar al tipo que me golpeó y después, bonitamente, intentó cargarme con un asesinato.

No dijo nada, de momento. Después se limitó a sorprenderme con una nueva pregunta:

—Escucha, Cass —dijo—, ¿te robaron también los dólares que yo...?

—¡Cuernos! ¿Pues qué esperabas? ¿Qué me los dejaran para gastos, monina?

—No es eso, Cass. Es...

La atajé de nuevo.

—Escucha, ricura —dije—; ahora, por el bien de los dos, necesito que me digas quién es ese tipo.

—¿Vuelta a lo mismo, Cass? Te he dicho...

—Sé lo que me has dicho, pero ahora debo decirte que no me refiero a Felton. A éste le conozco y puedo investigar su vida si me place. Quiero saber quién es el hombre de la fotografía. ¿Caperucita Roja? ¿O es simplemente la abuelita que paga tu apartamento?

Cherry me miró como si quisiera asesinarme, y después de pensarlo un poco replicó:

—¿Por qué te muestras siempre tan desagradable, Cass?

—No lo sé, aunque quizá sea por la sencilla razón de que me estás mintiendo. ¿Quién es ese hombre, Cherry?

—Aquello ocurrió hace mucho tiempo, querido —replicó—. Por lo tanto, creo lo más conveniente que lo olvides.

—Sea como tú quieras, Cherry —dije. Consulté el reloj de pulsera y agregué—: Son las cuatro de la madrugada, muchacha. Por lo tanto, voy a llevarte a tu apartamento.

Di el contacto y el poderoso motor del «Buick» empezó a funcionar suavemente. Empuñé el volante y Cherry puso una de sus manos sobre mi brazo.

Después dijo ante mi sorpresa:

—No voy a ir a mi casa, Cass. No lo deseo. No pienso ir ahora ni

en algunos días, querido.

La miré atentamente.

—Entonces, ¿dónde te llevo? —pregunté.

—A un hotel —replicó—. A uno de esos hoteles que no exigen equipaje aunque sí el pago por adelantado. ¿Comprendes?

Cherry tenía miedo y, sin embargo, callaba. ¿Por qué?

—De acuerdo, te llevaré —dije arrancando suavemente. Minutos, después rodábamos hacia el Manhattan oeste. Hacia el Distrito Quinto.

Conocía muy bien la calle Hudson para saber adonde llevarla a aquellas horas de la madrugada.

El hotel no era de muy buena nota, pero era eso precisamente lo que deseábamos. Un lugar para ella, para que no la molestara nadie.

Esto no lo sabía con certeza, pero lo sospechaba.

El conserje nos dio la llave de la habitación 118, en el primer piso, y la acompañé.

Cherry, lo mismo que yo, sabía que allí no hacían preguntas, y no nos equivocamos, ya que sólo tuvimos que pagar por adelantado el precio de una semana.

En el más completo silencio alcanzamos el primer piso y fui yo el primero en descubrir el número pintado encima de la puerta.

—Allí tienes tu habitación, ricura —dije.

Cherry me miró de extraña manera y luego se adelantó para abrir la puerta. Después se volvió, encarándome.

—¿Cuándo nos veremos? —pregunté antes de que ella pudiera decir nada.

No contestó a mi pregunta. Simplemente se limitaba a mirarme, para después, al cabo de unos cuantos minutos, decir:

—Pasa, Cass, ¿quieres?

Lo hice detrás de ella mientras multitud de encontradas ideas se perfilaban en mi mente.

Cherry estaba mintiendo.

Incluso pensándolo bien, ella podía haber sido la asesina de la quinta. Nada más fácil que presentarse en la misma, antes de que lo hiciera yo, eliminar al chantajista asesinándole de un tiro en la sien, esperarme escondida detrás de la puerta, ya que me oyó llegar con tiempo suficiente para ello, golpearme hasta hacerme perder el sentido, telefonar más tarde a la policía, cargándome a mí con el

mochuelo.

¿Por qué?

Razoné. Pensé en ello.

Era fácil. Muy fácil y sencillo.

Cherry no deseaba perder aquellos diez mil dólares. No deseaba perderlos con la misma intensidad que deseaba apoderarse de aquel negativo.

Con la misma intensidad que deseaba deshacerse del hombre que la amenazaba.

Nada más fácil que matarle, acusarme, o por lo menos intentarlo de manera indirecta, apoderarse de los diez mil dólares y quedarse ya tranquila para siempre.

Sin el escándalo que temía. Mataba dos pájaros de un tiro. Estaba seguro de ello.

Había conocido y conocía a un montón de gente capaz de asesinar por diez dólares y no por veinte mil, que eran los que le iban a costar a ella si me pagaba a mí y al chantajista.

Dando de lado a mis pensamientos la miré a mi vez. Cherry no apartaba sus verdes ojos de los míos, de una manera verdaderamente obsesionante.

Repentinamente, deseé decirle muchas cosas. Deseé golpearla, obligarla a que me dijera de cualquier modo lo que deseaba saber.

Y parada frente a mí, mirándome con sus inmensos ojos más brillantes que nunca, Cherry me sonrió.

Luego dio un paso al frente. Intenté esquivarla, pero no pude. Sus brazos me rodearon el cuello y en el acto noté el fuego de sus labios sobre los míos, y dejé de pensar en todo, besándola a mi vez, acariciándola.

Cherry correspondió a mis besos, a mis caricias, y de inmediato lo olvidé todo. Todo lo que no fuera ella, palabra.

CAPÍTULO V

Ethel estaba recogiendo los papeles de encima de la mesa, dispuesta a salir, cuando me presenté ante ella.

En el acto se enfrentó conmigo llevando un frunce en su ceño.

—Diablos, jefe —dijo—, ¿de dónde sale a estas horas?

Preferí no contestar, ya que el recuerdo de Cherry aún me ofuscaba la mente, e hice otra pregunta:

—¿Hay algo de nuevo?

Ethel señaló uno de los periódicos que había encima de la mesa y replicó:

—Sí, un asesinato. Han matado a un hombre en una quinta deshabitada de la carretera 53 Oeste. Dice que la policía sigue una pista que dentro de poco la llevará a la detención del criminal.

—Eso es lo que dicen siempre —repliqué a mi vez—. Bueno, querida, la invito a comer.

—¿Conciencia culpable, Cass?

—¿Qué diablos quiere decir?

—¡Oh! ¡Nada! Pero apostaría que la culpa de que venga tan tarde la tiene esa vampiresa rubia. Se divirtió toda la noche con ella, ¿verdad? Y mientras tanto, aquí, la pobre Ethel, completamente preocupada.

Me reí; y enrojeció un tanto.

—¿Celosa?

—¡Maldito presuntuoso! ¿Pero qué se ha creído...? Empezó a recoger cosas cada vez más furiosa.

Continué riendo unos minutos, después la prendí por los hombros, la hice girar y la besé. Ethel correspondió a la caricia llena de fuego y después de unos minutos se separó de mis brazos jadeando.

—¿Nos vamos? —pregunté cuando pude recobrar el aliento.

No me replicó de momento.

Respiraba, o al menos lo estaba intentando con manifiesto peligro por parte de la blusa.

—Antes debo decirle algo, Cass —replicó por fin—. Se trata de ese asesinato. Al...

—Deje eso, Ethel —interrumpí—. Supongo que el Departamento de Homicidios se habrá hecho cargo de todo. No es cosa nuestra.

Me miró risueña. Ethel se estaba burlando de mí.

—Yo no afirmaré eso, por lo menos de un modo categórico, jefe —adujo en el acto—. Verá por qué. Una mujer ha estado llamando casi toda la mañana. No dijo quién era, pero afirmó que se trataba de algo sumamente importante y relacionado con ese asesinato. Dijo que si no podía telefonar esta tarde, que esta noche, sobre las once, se dejara usted caer por el «Tigris». Le estará esperando.

Respingué aún mucho antes de que Ethel acabara con su larga parrafada.

Conque al «Tigris», ¿eh?

Miré a Ethel, que a su vez continuaba mirándome con su expresión regocijada. La oí preguntar:

—¿Piensa acudir?

—Sí... Tal vez sí —repliqué—. ¿La policía ha identificado al muerto?

—Sí. El periodista que escribe el artículo se ha enfrentado con el teniente Kane y ha logrado saber que el muerto se llama Jimmy Richarson.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está bien, tesoro. Vámonos.

La prendí del brazo, tiré de ella y la besé.

Después, mientras salíamos, me puse a pensar.

En aquella desconocida mujer que había quedado en telefonarme a la tarde o en su defecto deseaba que la viera en el «Tigris».

Pensaba en Cherry.

En la bella y rubia Cherry, que no había querido hablar.

Pensaba en Ethel, que iba a mi lado.

Demasiadas mujeres. ¿Qué saldría de todo aquello? No lo sabía, y confieso que en aquel momento no me importaba ni poco ni mucho.

Sin que dejara de pensar un solo instante, alcanzamos el «Buick» y subimos. Después, y en el más completo silencio, conduje hasta uno de los muchos restaurantes de la calle 17.

Aparqué en la misma calle, una cuadra antes de llegar al cruce con la 16, en Broadway.

Cinco minutos más tarde estábamos los dos sentados frente a frente, silenciosos.

Fue Ethel la que lo rompió, aunque no lo hizo hasta que el *barman, después de servirnos, se marchó.*

—¿Qué le digo a esa mujer si vuelve a telefonear, Cass?

—Nada, ya que pienso estar toda la tarde en la oficina —repliqué.

Me miró con ojos clínicos.

—¡Me asombra usted! —exclamó después.

—¿Por qué, si puede saberse? —pregunté de inmediato.

—¿No lo sabe, Cass? Pues es bien sencillo. Estaba pensando en la vampiresa rubia.

—¿Qué le hace suponer que yo deseo la compañía de esa *miss Morrison*?

—Nada, pero le conozco a usted por experiencia, Cass.

—¡Cáscaras! —repliqué—. ¡Valiente fama me está dando!

Rió como una chiquilla, y continuó comiendo.

Media hora más tarde regresábamos a la oficina. Ethel quedó en su despachito, y una vez que se hubo sentado con su corta y ceñida falda por encima de medio muslo, me alejé hacia el mío.

Ya con la mano en el tirador de la puerta, ladeé un tanto la cabeza hacia ella para decir:

—Si esa desconocida llama, pásame la comunicación dentro, pero manténgase a la escucha. Me interesa que tome nota de lo que decimos.

—De acuerdo, jefe —replicó.

Empezó a teclear furiosamente mucho antes de que yo hubiera atravesado el umbral de la puerta.

Ya detrás de mi mesa, abrí uno de los cajones y extraje la botella de *whisky*. Bebí un largo trago haciéndolo directamente de la botella, y acto seguido continué pensando en todo aquello.

Pero, sobre todo, en Cherry.

En Cherry, de la cual continuaba sospechando, ahora más que

nunca, a causa de sus besos, de sus caricias. Porque, ¿qué había visto ella en un hombre como yo?

Cherry, una mujer hermosa que manejaba los billetes de a dólar por miles, según había podido ver yo mismo y con mis propios ojos. Una mujer que tenía de todo. Que llevaba fuego en las venas y en el corazón.

¿Qué buscaba con sus caricias? ¿Conducirme de nuevo a otra trampa, en vista de que fracasó con la primera?

Recordé ahora la fotografía que me enseñó y al punto tuve que tomar la botella de encima de la mesa donde la había depositado para beber un nuevo trago, esta vez aún más largo que el anterior.

De nuevo, y tal vez por diezmillonésima vez, reconstruí en mi mente todos los hechos que danzaban dentro de mi cerebro desde el momento en que empecé a hacerme cargo de aquel asunto, y continuaron danzando como si tal cosa.

Dan Felton. ¿Un «gigoló», como había pensado en un principio? ¿Un vividor? ¿Qué tenía que ver con una mujer como Cherry? ¿Un *affaire con ella, que ahora estaba roto por cualquier causa desconocida para mí?*

¿Era el chantajista mismo, o su asesino?

No sé cuánto tiempo pasó, entre preguntas y más preguntas, sin respuesta todas ellas, hasta que el repentino repiqueteo del timbre del teléfono me sobresaltó.

En el acto lo tomé de la horquilla y puse el auricular en mi oído.

—¿Diga...? —inquirí de inmediato.

Una tenue voz de mujer, como un susurro, me llegó del otro lado del hilo:

—¿Míster Cass Lyman?

—Sí, yo mismo. ¿Quién es usted?

—Eso no importa, aunque necesito verle. ¿Podría venir esta noche al «Tigris»?

—¿Para qué?

—Es importante. Han matado a un amigo mío y deseo descubra a su asesino.

—¿Por qué precisamente yo? Hay miles de detectives privados en Nueva York. En este...

—¡Ya lo sé, míster Lyman! —me interrumpió—. Venga esta noche y le diré por qué deseo que sea usted el que se haga cargo del

asunto. ¿Lo hará? Es importante. Por favor...

—Iré, si me dice quién diablos es usted —repliqué un tanto amoscado.

Siguió una larga pausa, que me obligó a preguntar:

—¿Está usted todavía ahí?

—Sí... Sí, míster Lyman. Estaba pensando... Escuche, no vaya al «Tigris». Es preferible que lo haga a mi propio apartamento, sobre las tres y media de la madrugada.

Por entre mis labios dejé escapar un tenue silbido.

En el acto preguntó:

—¿Decía algo, míster Lyman?

—No, nada, estoy esperando.

—¿Vendrá?

—Lo haré. Ahora dígame dónde vive, y dígame también quién es usted.

—Vivo en Park Avenue. En el número 3340, piso 16, apartamento 15, letra C. —Siguió una pausa y después de un largo minuto añadió—: Me llamo Cora Lancaster.

El auricular estuvo a punto de caérseme de la mano ante la sorpresa que experimenté al oír su nombre.

Conocía a Cora. Conocía su belleza clásica en el «Tigris», porque Cora Lancaster era la estrella del club.

No la había abordado nunca, pero la había visto actuar infinitas veces.

Cora, con su gran belleza, se había especializado en abanicos. Era un espectáculo único e inolvidable el que ofrecía casi todas las noches desde la grande y circular pista del club.

Cora era toda una belleza de pelo castaño y con un peligro en cada una de sus audaces y provocativas curvas.

Cora Lancaster tenía de todo lo que le puede agradar a cualquiera.

—De acuerdo —repliqué cuando logré coordinar un tanto mis ideas—. ¡Eh, oiga...!

Pero Cora Lancaster había colgado ya.

Suavemente, entonces, deposité el auricular en la horquilla y clavé mis ojos en la puerta.

Lo qué esperaba ocurrió al minuto siguiente. La puerta se abrió dando paso a Ethel con una socarrona sonrisa en su boca de labios

gruesos y furiosamente rojos.

—¡Y van tres, Cass! —dijo apenas entrar—. Tres mujeres a cuál de ellas más hermosa. Voy a tener que preguntarle qué nos da a todas.

—¿No lo sabe aún, Ethel? —pregunté más por seguir su juego que por otra cosa.

Sonrió mientras se me acercaba.

—No, Cass, no lo sé aún. —Quedó pensativa unos cuantos segundos y después añadió—: ¡Vaya con Cora Lancaster! ¡Y nada menos que en su propio apartamento, y a las tres y media de la madrugada!

—Cuestión de intereses, Ethel —repliqué—. Esa mujer desea verme para...

—¡Sí! ¡Ya lo sé! —me atajó de inmediato—. Pero yo no me fiaría mucho de una cita así, y a esas horas.

—¿Por qué?

Vaciló unos instantes y después contestó con una claridad de visión que me dejó momentáneamente aturdido:

—Escuche, pesquiza. Cora trabaja en el «Tigris», ¿no? ¿Quién le dice a usted que no es una trampa?

—¿Una trampa...? ¿Por qué había de serlo?

Se encogió de hombros y durante unos segundos me miró pensativa.

—Confieso que no lo sé, Cass. Pero usted, lo mismo que yo, lo mismo que el teniente Kane, del Departamento de Homicidios, y en fin, lo mismo que toda la policía de Nueva York, saben quién es el dueño del club y en qué comercia. Ella, Cora, puede ser una de tantas.

—¿Y eso qué tiene que ver, Ethel?

—Puede que nada y puede que mucho, Cass. No olvide algunas cosas, mi querido jefe. Ayer vino una vampiresa rubia a encargarle algo. Habló de cierta fotografía. Paga por todo diez de los grandes, aunque esto es sin contar, claro está, el precio que pide el chantajista. Ésos son muchos dólares a mi juicio. ¿Quién lo paga todo? Pero aún hay más: Cherry Morrison frecuenta el «Tigris». Un hombre aparece muerto en una quinta abandonada de la carretera 53 Oeste. Un hombre falta toda una noche, dejando abandonada a su secretaria. Y por último, la tal Cora Lancaster, posiblemente

amante o conocida del dueño del «Tigris», concierta una cita para las tres y media de esta madrugada con uno de los pesquisas más famosos de Nueva York. Sospechoso, ¿no?

Por toda respuesta extraje del bolsillo el arrugado paquete de cigarrillos y le ofrecí uno, que aceptó de inmediato. En el acto cabalgó una de sus maravillosas piernas sobre la otra y me sonrió.

—Sospechoso, ¿no pesquisa? —preguntó de nuevo en vista de mi silencio.

Me incliné sobre ella con el encendedor en la mano y Ethel prendió fuego al cigarrillo sin dejar de mirarme ni un solo segundo.

Encendí también el mío y repliqué:

—Visto de ese modo, tal vez lleve razón al sospechar de todo, Ethel. Pero una trampa, ¿por qué?

—Eso aún es más sencillo, Cass. Supóngase por unos segundos que el cadáver de aquella quinta es el mismo a que se refiere la Lancaster. Que es alguien conocido de ella y del propio dueño del «Tigris». En fin, que es el mismo al que aludió en día y hora esa explosiva rubia de la Morrison. Por lo tanto, continuando con suposiciones, cabe en lo posible que ellos estén enterados de la visita que Cherry Morrison le hizo a usted. Y como les estorba, nada más sencillo que atraerle de madrugada al apartamento de esa cantante. Ella con su belleza, es un buen señuelo para un hombre que goza de la fama de usted entre las mujeres.

—Aún así, Ethel, voy a ir.

—Sabía que me iba a contestar eso, Cass. Cora Lancaster, como ya he dicho, es una mujer demasiado hermosa para que usted no sea capaz de correr todos los riesgos que se presenten por causa de ella.

Preferí no contestar a aquello y me incliné sobre ella, tomándola de un brazo. Tiré hacia mí y Ethel se puso en pie de un salto, viniendo a mis brazos.

Por unos instantes, y mientras la besaba, noté el tibio calor de su cuerpo juvenil contra el mío, y después nos separamos para en el acto mirarnos en el más completo silencio.

—¿Me telefoneará después, jefe?

Sonreí levemente.

—Lo haré, preciosa —dije después.

Acto seguido fui a la puerta, después de tomar el sombrero, pero

ella vino a mis brazos mucho antes de que lograra alcanzarla.



Se estrelló contra la puerta

2 - TRÁFICO

—Es usted un sol, Cass —dijo unos segundos antes de besarme.

Como cosa natural, no pude dar respuesta alguna a sus palabras. Y no lo sentí, palabra.

CAPÍTULO VI

Eran las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche cuando alcancé el «Tigris». Aparqué el «Buick» y después crucé la calle.

Entré en él, y sin lanzar una sola mirada en torno me encaminé a la barra.

Ahora, y a pesar de estar allí, no pensaba en Cherry. Ni en Ethel, ni en la propia Cora Lancaster.

Pensaba en Aldo Riconti.

Aldo Riconti era el dueño del «Tigris», además de otras cosas.

Aldo era abogado. También era un asesino.

Tratante en blancas. Negociaba con máquinas tragaperras, y había quien decía, pero en tono bajo, temeroso, casi aterrorizado, que traficaba en drogas.

Marihuana entre otras.

Y pensé en él, relacionándolo con Cora Lancaster. Sé que lo hubiera hecho también de no resonar aún en mis oídos las palabras de Ethel cuando se refirió a él dos o tres horas antes.

Recordándolas, me pregunté si sería verdad que Aldo Riconti estaba también complicado en el asunto del chantaje.

Desde luego, podía ser.

Pero Aldo Riconti, como italiano, era un tipo listo. Un *gangster de frac y chistera. Había tenido al y al Departamento del Tesoro detrás de él en varias ocasiones, pero nadie logró jamás probarle nada.*

F. B. I.,

En multitud de ocasiones también había intervenido en contra de él, el propio teniente Kane del Departamento de Homicidios.

Kane, lo mismo que el

F. B. I.,

y el Departamento del Tesoro, se habían dado de cabeza contra la

pared.

Aldo Riconti.

Un hueso muy duro para mis pobres dientes.

No había pruebas de nada y, sin embargo, se sabía a ciencia cierta que la mitad de los delitos, más la otra mitad que ocurrían a diario en Nueva York, por un lado o por otro, tenían contacto con él.

Kane daría gustosamente su vida entera por poderle detener. Incluso por meterle un balazo en medio de la cabeza.

Yo también lo deseaba. Nunca me habían gustado los tipos que comercian con la mujer.

Esto se sabía a ciencia cierta, pero ninguna de ellas había declarado nunca en contra de Riconti. ¿Miedo?

Sí, miedo a morir de un balazo por la espalda, o de una cuchillada en el corazón. ¿Cómo trabajaba aquella organización?

No lo sabía. Tampoco quería saberlo.

Pero a pesar de ello me pregunté: ¿Sería Cora Lancaster una de ellas? ¿Había subido a la altura en que se encontraba por causa de Riconti? Si era así, ¿qué tenía que ver Cora con el hombre asesinado en la quinta de la carretera 53 Oeste?

¿Un *affaire* entre él y ella? ¿O era simplemente Riconti?

Cualquier cosa de las dos era muy posible, sobre todo con chicas como Cora y otras que yo conocía.

No estaba pensando en Cherry, pero repentinamente tuve que hacerlo. Porque Cherry estaba allí, en la encerrada pista, bailando, y bastante apretada por cierto, con Felton.

Achiqué los ojos.

Cada vez me gustaba menos aquel tipo, y menos aún la expresión de Cherry mientras bailaba con él.

Les vi después de haber pedido un *whisky*, que me sirvieron inmediatamente. Me volví encarando la pista de baile con el vaso en la mano, y allí estaba aquel tipo con Cherry.

Continuaban hablando y bailando mientras que poco a poco la pista iba quedando vacía de bailarines. Por fin se fueron ellos también, para ir a sentarse a una de las mesas.

De pasada. Cherry me vio.

Noté cómo se sobresaltaba y volvía el rostro hacia otro lado. Pensé de inmediato que Cherry, en su día, tendría que explicarme

muchas cosas, a pesar de sus caricias y a pesar de sus besos.

Miré en torno.

Se estaban apagando las luces. Poco a poco el local quedó en una suave penumbra y me dije acertadamente que no tardaría en aparecer en la pista Cora Lancaster, la estrella del «Tigris».

Repentinamente, la música empezó a tocar. Casi en el acto se apagaron las luces restantes, y viniendo de no sabía dónde, un potente reflector iluminó la encerada pista.

Tampoco supe de dónde había venido Cora, pero casi en el acto la vi allí, en el centro mismo de la pista, cubierta de transparentes velos, dispuesta a interpretar una de sus maravillosas danzas.

Bailando, moviéndose lo mismo que una serpiente, unas veces, y las otras, como un grande y peligroso felino.

Yendo de un lado para otro con movimientos suaves y, de pronto, con todo el salvajismo de las danzas paganas del África Central.

En realidad, ahora que lo pensaba, aquello fue algo que no llegaré a olvidar nunca, y eso que ya la había visto bailar en multitud de ocasiones.

Pero Cora, cada vez que actuaba en la pista, ofrecía una faceta diferente. Como aquella noche. Como todas.

Después cantó, y lo mismo que su misteriosa y maligna danza, la canción, exótica como toda ella, fue premiada con una salva de aplausos que duraron mucho rato.

Desde la barra aplaudí también.

Tal vez con mayor fuerza que nadie, o tal vez fue que ella intuyó de algún modo mi presencia en el salón, cosa que en realidad no sabía. Lo cierto es que miró hacia el solitario cliente de la barra y lo mismo que Cherry, ella también se sobresaltó.

Saludando, más aprisa que de costumbre, Cora desapareció detrás de unos cortinajes. No me moví. Simplemente lo hice para encarar la barra y tomar el vaso de *whisky*.

Me lo bebí de un trago y pedí otro, que me fue servido con igual rapidez que el primero.

Esperé sin saber por qué.

Cherry y Felton continuaban en la mesa enfrascados en una conversación que aún desde el lugar que yo ocupaba en la barra me pareció bastante violenta, a juzgar por la expresión que tenían los

dos.

Y hubiera dado gustosamente cualquier cosa por poder oír la conversación que sostenían.

Cherry no volvió ni una sola vez la cabeza en la dirección en que yo me encontraba. Por lo menos no lo hizo mientras la estuve observando, que fue bastante, hasta que una suave mano de mujer se posó en mi brazo.

Rápidamente me volví creyendo que era Cora.

Me equivoqué.

Era una hermosa pelirroja de ojos azules. Una chica del conjunto, que no estaba mal, ya que tenía de todo. Me sonrió.

—Hay tipos con suerte y tú eres uno de ellos, chico —dijo con desparpajo mientras movía una de sus hermosas piernas por debajo de su más que cortísima falda—. Cora me envía.

—¿Qué quiere Cora, ricura? —pregunté.

Extendió la mano y yo extendí la mía.

Fue como si nos saludáramos, pero cuando la muchacha apartó la suya, en la mía quedó una llave «Yale» y un trozo de papel.

—Ahora invítame —dijo—. Compórtate conmigo como si fuéramos antiguos conocidos y luego márchate.

—De acuerdo, monada —repliqué.

La prendí por la cintura y la besé. Después la elevé hasta sentarla en el taburete, y a mi lado.

Rió alegremente.

—¿Qué vas a tomar...?

—*Whisky*, cariño —replicó—. Y puedes llamarme Wanda. Wanda Borchers.

—De acuerdo, Wanda. ¿Qué quieres?

—¡Oh! ¡Lo mismo que tú! Un *whisky* —repitió—, y unos cubitos de hielo no me vendrán mal. Tengo mucho calor.

La miré de pies a cabeza.

Wanda tenía calor, y apenas si lo que llevaba puesto se podía calificar en la categoría de ropa. ¡Las hay exageradas, caramba!

La sirvieron y bebió sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal. Y lo hizo de un solo trago.

Después, con ademán desenvuelto pero nada elegante, Wanda se limpió la roja boca con el dorso de la mano.

—Ven a buscarme cualquier noche de éstas, querido —dijo

saltando del taburete.

Con lo que me dio una nueva ocasión para admirar sus piernas.

Cuando se perdió de vista, miré de nuevo a la pista, a las mesas. Cherry, acompañada de Felton, se había marchado ya.

En vista de esto me encogí de hombros y esperé durante cinco minutos más.

Después pagué lo consumido y salí a la calle. Ya dentro del «Buick», a la luz del «tablier» saqué la nota del bolsillo, y la llave.

No me equivoqué al sospecharlo. Era una llave «Yale» y pertenecía al apartamento de Cora Lancaster.

Leí la nota:

«Míster Lyman: No debió venir esta noche al “Tigris”. Me siento vigilada, acorralada. Sí, ésta es la palabra exacta: ¡Acorralada! ¿Quiere ir a mi apartamento y esperarme allí?

»Gracias. Suya,

»Cora».

No había más, pero la llave estaba en mi poder. La examiné de nuevo. ¿Una trampa?

Todo podía ser.

Examiné la «Lugger» y después la volví a guardar en la funda de la axila. Hecho esto puse en marcha el «Buick» y centré toda mi atención en el intenso tráfico de la Quinta Avenida.

Treinta minutos más tarde me encontraba en pleno Park Avenue. Busqué el número.

Allí estaba. Enfrente mío. Aparqué el coche, crucé la calle y penetré en el portal, y de éste al ascensor.

Frente al apartamento de Cora extraje la «Lugger» de la funda y la pasé al bolsillo de la chaqueta. Hecho esto introduje la llave en la cerradura y la hice girar.

Después abrí la puerta de un empujón.

Nada. No había nada ni nadie en todo el apartamento.

Entonces respiré satisfecho, porque se diga lo que se diga, a nadie le gusta que le golpeen dos veces seguidas en la nuca.

Después de la inspección regresé al *living*, donde me serví un vaso de whisky con hielo, y más tarde, me dejé caer en el sofá.

Cerré los ojos.

Unas manos de seda y el contacto de unos labios sobre los míos me despertaron.

Tuve el tiempo justo para abarcarla por la cintura y atraerla fuertemente contra mi pecho, antes de que ella se separara de mí.

—Un agradable despertar, Cora —dije por todo comentario.

Cora rió por toda respuesta, pero su risa no fue espontánea ni sincera.

CAPÍTULO VII

—Sé que voy a morir, Cass Lyman —dijo unos minutos más tarde.

Cora habló fríamente, sin histerismos de ninguna clase y, sin embargo, comprendí que estaba aterrorizada.

Ahora estábamos sentados en el sofá, el uno al lado, del otro, con sendos vasos de *whisky*, que ella había servido. Mirándonos, muy juntos.

Estudiándola yo.

Cora estaba muy hermosa bajo aquella transparente negligee de nylon bajo la cual no había nada más. Sí, demasiado hermosa.

Como Cherry. O peor aún que Cherry. Muy hermosa; resplandeciente como una joya, aunque en lo más profundo de sus ojos brillaba la chispita del miedo.

Y añadió mucho antes de que yo pudiera contestar a sus primeras palabras:

—Sé que van a matarme, lo mismo que mataron al pobre Jimmy, Cass.

—¿Qué era Jimmy para usted, Cora? —pregunté—. ¿Por qué me ha llamado precisamente a mí?

Ella frunció el ceño y me miró de frente.

—Jimmy era... Bueno, Cass; Jimmy era mi amante. Vivía aquí conmigo, ¿sabe? Ahora le han matado y sé quiénes y por qué lo hicieron.

La miré atentamente, con mis ojos clavados en aquella hermosísima cara de muñeca.

Cora aguantó mi mirada y después de una corta pausa añadió:

—Por eso le he llamado a usted, Cass. Deseo que me proteja. Tengo ahorrados unos cuantos miles de dólares y puedo pagarle sus honorarios. Estoy dispuesta a pagarle lo que usted me pida, por su protección.

—¿Quién le dijo que viniera a mí?

—Nadie, Cass. Pero he oído decir por ahí que usted es un tipo duro. —Me miró de pies a cabeza con todo descaro y añadió—: Sí, estoy segura de que lo es. Un tipo duro que tiene algo que gusta a las mujeres —rió quedamente, con la misma risa forzada de siempre y agregó—: Como a mí, por ejemplo. ¿Va a ayudarme, Cass?

—¿De quién tengo que protegerla?

—Se lo diré dentro de unos momentos —replicó—. Ahora deseo hablarle de Jimmy Richarson. Jimmy y yo nos conocimos en el «Tigris». Intimamos. Nos hicimos amigos y lo demás vino por sí solo —quedó pensativa unos segundos y después añadió—: Nunca supe cómo se ganaba la vida, pero siempre tenía la cartera llena de billetes. Muchos algunas veces. Podía comprar lo que quisiera y en el momento en que le viniera en gana. Un día, y de esto hace apenas unas semanas, me dijo que llevaba un asunto entre manos al que le iba a sacar unos cuantos miles de dólares. Dijo algo más: afirmó que con esos dólares nos largaríamos de aquí. A Chicago, a San Francisco o a Las Vegas. Aún no estaba seguro del sitio. La noche en que le mataron, antes, aquella tarde, cuando se despidió de mí, afirmó que iba a cerrar el trato, que le esperara allí y que después nos largaríamos de Nueva York: que lo tenía todo previsto. No volvió. Al día siguiente leí que le habían asesinado en una quinta abandonada de la carretera 53 Oeste, en el kilómetro 21. Fue entonces cuando le llamé a usted. Le he visto algunas veces en el club de Riconti, y alguien, ahora no recuerdo quién, me dijo que era un detective privado. Por lo tanto, quiero contratarle para lo que le he dicho.

Me miró anhelante, y sentí la tentación de besarla de nuevo. ¡Diablos, qué hermosa era aquella mujer! Mirándola, uno perdía la noción de todo.

—¿Qué era lo que se traía entre manos su amante, Cora? —pregunté dando de lado, con esfuerzo, a mis anteriores pensamientos.

Bajó los ojos al suelo y los clavó en las uñas pintadas de sus pies. Después, sin desviarlos de allí, Cora replicó:

—No lo sé, Cass. Le digo la verdad.

No me moví del sitio, pero sí saqué el paquete de cigarrillos. Acto seguido encendí dos y puse uno entre sus temblorosos labios.

Al hacerlo, Cora tuvo que mirarme, pero apartó los ojos rápidamente.

Sonreí duramente.

—Temo, Cora, que no podré ayudarla —dije.

Ahora sí me miró, escudriñando mi semblante, lo mismo que si no lo hubiera visto nunca.

—¿Por qué, Cass? —preguntó—. Si es por un dólar más o menos...

—No es por eso, muchacha —atajé—. Es porque me está mintiendo y eso no me gusta.

—¡Pero qué día...!

—No se sulfure, muchacha, que se le puede subir la presión sanguínea y eso siempre ocasiona trastornos. ¡Sé que está mintiendo, ricura! Tengo pruebas de ello. Jim Richarson era un chantajista. Un sucio chantajista y usted lo sabe, Cora. ¿Qué negocios tenía? ¿Con quién o para quién trabajaba?

—¡Cass! No sé de qué me está hablando. No tengo ni la menor idea de cuáles eran los negocios de Jim. Él nunca me los explicó. Yo...

—Tú sigues mintiendo, Cora —la atajé de nuevo y tuteándola ahora—. Alguien le mató y te diré por qué. Jim era asiduo al «Tigris». Allí pudo descubrir primero, y robar después, algo que no era suyo. Después se dedicó a un sucio chantaje. Fotografías, ¿entiendes, Cora? Cierta persona se enteró de esto, y supongo que fue la propia víctima del robo, y le mató para que ningún extraño se lucrara con un negocio que él tenía en exclusiva. Chantaje al por mayor y trata de blancas entre otras cosas —la miré largamente, casi con lástima, y pregunté—: ¿Eres tú una de ellas, Cora?

Abrió los ojos con asombro y después me miró con miedo. Su voz sonó a mis oídos un tanto alterada cuando replicó:

—Sí, Cass. Como lo es Wanda. Como lo fue Cherry Morrison.

No pude evitar un respingo, ya que sus palabras me dejaron sin aliento, y después me bebí el *whisky* de un solo trago.

Al terminar, di un repentino giro a la conversación deseando saber lo que verdaderamente me interesaba.

—Esta noche la vi en el «Tigris», Cora —dije—. Iba acompañada de un tipo. ¿Crees tú que ese tipo pertenece a la organización? Que forzosamente ella...

—Sé poco de Cherry, Cass —replicó y, mirándola, supe que ahora no mentía—. En realidad, nadie sabe nada de ella. Viene y va, gasta los dólares a montones, y nadie sabe de dónde los saca. Esa mujer constituye un misterio para muchos.

Eso era todo.

Bastante, pero insuficiente para mí, aunque Cora acababa de darme a entender que Cherry había sido una de las muchas que habían caído en las garras de Aldo Riconti.

¿Era éste el hombre de la fotografía, o por el contrario se trataba de Felton?

Desde luego, Cherry tenía que explicar muchas cosas. Y no tardaría mucho en hacerlo. De eso, yo estaba completamente seguro.

La repentina pregunta de Cora me sacó de mis cavilaciones:

—¿Qué piensa hacer respecto a lo mío, Cass?

Clavé mis ojos en ella.

—Nada hasta que me digas la verdad, Cora —repliqué fríamente—. Deseo saber si Richarson trabajaba solo, o si por el contrario lo hacía a las órdenes de Riconti. Deseo saber también, ya que tú lo has dicho, quiénes y por qué le mataron. Habla claro, ricura.

Sus ojos expresaban todo el miedo que tenía y su rostro era en aquel momento una máscara de ceniza.

—Creo que cometí un desliz al llamarle, Cass —replicó—. Es usted demasiado listo para una mujer como yo —vaciló unos minutos y después de beber un buen trago de *whisky* cabalgó una de sus hermosas piernas sobre la otra y añadió—: Voy a contárselo todo, Cass. Voy a decirle cómo funciona la organización más sucia, más baja y pestilente de nuestro tiempo. Voy a poner ante sus ojos todo el sucio crimen de una verdadera lacra social. Después, si me matan, confío en que usted quede vivo y sepa vengarme tal y como creo merecer. Por último, Cass, voy a decirle dónde robó Jim unas cuantas fotografías y unos cuantos negativos. Fue por eso por lo que le mataron, y también voy a decirle quién lo hizo. Le diré de pe a pa, todo lo que quiere saber. El nombre de su asesino, y si me protege, declararé todo esto frente a un tribunal en el momento oportuno. Ahora lo que deseo es vengar a Jim. Sería un sucio chantajista como me ha dicho, pero yo le quería. Estaba enamorada de él a mi manera. Por lo tanto, escuche bien y no pierda detalle,

Cass. A Jim le mató...

Después de esta palabra, todo ocurrió a continuación como en un sueño.

—¡Tú no dirás nada, ricura!

Me volví. Eran dos.

En el acto de verles, y más que a ellos, a las automáticas que llevaban en las manos, me lancé de cabeza contra Cora mientras en el interior del *living* *estallaban los disparos, como taponazos, ya que las automáticas estaban provistas de silenciador.*

Cora y yo volteamos al otro lado del sofá.

En el acto me desprendí de ella como pude y en menos de un segundo extraje la «Lugger» de la axila. Entonces salté hacia uno de los sillones que había dos yardas más allá, abandonando repentinamente la protección que me ofrecía el sofá.

Les sorprendí en medio del *living*.

Durante unos segundos permanecieron indecisos. Después lanzaron un chorro de maldiciones y acto seguido encararon las automáticas.

Disparé primero.

Una sola vez, pero sobre seguro. Uno de los *gangsters boqueó angustiosamente* y la «Parabellum» que usaba se deslizó de entre sus dedos, yendo a parar al suelo donde produjo un sordo y lúgubre choque.

Después cayó él, mientras yo me lanzaba de cabeza evitando por puro milagro los balazos que me enviaba el otro.

No le di tiempo a que llegara a acertarme. Rodé un par de vueltas por el suelo y acto seguido le metí un balazo en la mandíbula, que le destrozó la mitad de la cara.

Cayó sin un gemido y me puse en pie, con el rostro vuelto hacia el sofá.

—¡Cora! —llamé—. Anda, sal de ahí. Estos chicos van a estarse quietos por una buena temporada. Eternamente, querida.

No me respondió.

Con la completa seguridad de que se había desmayado avancé hacia el sofá.

Cora estaba allí, y no desmayada precisamente.

Moribunda. Eso era todo.

Al inclinarme sobre ella y ver el negro orificio que atravesaba su

seno izquierdo lo comprendí.

No había perdido el conocimiento. Vi sus ojos vidriosos ya, fijos en los míos. Abrió la boca para hablar.

CAPÍTULO VIII

—Ve a ver a Wan...

Eso fue todo lo que dijo.

Repentinamente, los ojos de Cora se quedaron fijos, espantosamente fijos en los míos.

Durante unos segundos me sentí incapaz de reaccionar, de pensar. Aquella pobre chica ya no cantaría ni bailarían más en el «Tigris». Los hombres que tan a tiempo la habían asesinado estaban caídos detrás de mí completamente muertos.

Una pobre venganza ya que lo que deseaba era la cabeza principal. Cora iba a decírmelo y aquellos cerdos habían llegado muy a tiempo. ¿Nos habían seguido?

¿Me habían seguido a mí desde el «Tigris» hasta su apartamento, o había sido solamente a ella?

No había modo de saberlo.

Lentamente ahora alargué la mano y cerré sus ojos. Después deposité un suave beso en su frente, me puse en pie, y acto seguido, sin querer mirar atrás, mientras una sorda cólera y el deseo de vengarla cuanto antes se apoderaba de mí, abandoné el apartamento con la mente convertida en un caos.

Consulté el reloj antes de poner el «Buick» en marcha.

Las cinco de la mañana. Una buena hora para darle un disgusto al teniente Kane, del Departamento, de Homicidios.

Después, o tal vez mañana, se imponía hacerle una visita a Wanda. Y a Cherry.

Cherry tendría que desembuchar todo lo que supiera con relación al tal Felton y algo, muy particular, sobre cierta fotografía.

Me interesaba tanto ella como el hombre que la acompañaba. El hombre cuyo rostro no se veía porque la estaba besando.

Al fin puse el motor en marcha y me aparté de aquella peligrosa vecindad.

Mientras conducía a moderada velocidad, pensando, con los ojos buscaba una cabina telefónica.

La encontré en el West End, cerca de la calle 53. Entonces detuve el «Buick» y me encaminé a ella. Tres minutos después me encontraba discando el número del precinto policiaco, donde suponía que debía encontrarse el teniente Kane.

Mientras el timbre de llamada sonaba al otro lado, extraje el pañuelo del bolsillo y con él cubrí el auricular. Era una forma como otra cualquiera de desfigurar la voz por teléfono.

—¿Diga...?

—Con el teniente Kane, por favor.

—¿Quién le llama?

—Eso no importa, amigo. Voy a dar una información importante relacionada con el asesinato de la carretera 53 Oeste. Para que no pierda el tiempo localizando mi llamada, debo decirle que lo hago desde una cabina pública situada en el centro del West End. ¿Quiere llamarle, o corto la comunicación?

Siguieron unos cuantos segundos de silencio.

—Espere —replicaron después.

Lo hice.

Por poco tiempo. Apenas un escaso minuto.

—Kane al habla. ¿Quién diablos es usted y qué quiere?

Contesté con orden:

—Mi identidad no le importa a usted, teniente. En cuanto a lo que quiero se lo voy a decir en pocas palabras: *Dos gangsters han liquidado hace poco a la estrella del «Tigris». A una tal Cora Lancaster. A los dos gangsters me los he cargado yo. Defensa propia, teniente. Los tres están allí.*

Kane dio un resoplido parecido al de un elefante, y colgué temeroso de que rompiera el auricular del teléfono.

Acto seguido salí de allí disparado a toda velocidad.

¿Hacia dónde?

Podía muy bien ir al apartamento de Cherry. Me gustaba Cherry. Pero también podía ir al mío para dormir.

Opté por lo último.

Lo primero, sería mucho trajín para una sola noche.

Me desperté sobre las doce del día siguiente y rectamente fui de cabeza a la ducha. Después me vestí, salí a la calle, y de nuevo

frente al volante del «Buick» conduje rápidamente hacia mi oficina, pensando en Ethel, que se encontraría furiosa.

Pensando, ¿cómo no? en Cherry y en todo lo que ella suponía. Pensando en aquella Wanda que me entregó la llave del apartamento de Cora Lancaster.

Pensando también en esta última. Y pensando, como siempre, que en todo aquel lío había demasiadas mujeres.

Pensaba también en el teniente Kane. Estaría horriblemente furioso con el problema que le había planteado. Mucho más furioso que pudiera estarlo Ethel con mi desvío.

Desembocaba en Times Square, media cuadra antes de llegar al edificio donde tenía los oficinas de mi agencia, cuando el agorero ulular de una sirena me hizo aplicar violentamente el freno de pie.

Dos policías de tráfico llevando las máquinas a todo gas.

Detrás de ellos, a menos de veinte yardas de distancia, vi el largo y blanco coche de la ambulancia. Ululaba lo mismo que las sirenas de la policía.

Algo debía de haber ocurrido no lejos de allí.

Sin saber por qué, el estridente sonido de las sirenas repicó en mi mente como un toque de alarma. Como un toque de funeral.

Y era, verdaderamente, un toque de funeral.

No lo comprendí ni cuando aparqué frente al edificio donde tenía mi agencia. No lo comprendí tampoco cuando me acerqué a un grupo de curiosos que hacían comentarios en la misma puerta.

Pregunté al no ver a ningún agente, cosa que me extrañó:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Me miraron, y al fin, uno de ellos replicó:

—No lo sabemos con seguridad, pero según tengo entendido, en uno de los pisos de arriba han asesinado a una mujer.

Di las gracias y me alejé hacia el ascensor.

Ya en el pasillo, lo primero que noté fue que la puerta de mi agencia estaba abierta de par en par. Pero eso no era todo. A ambos lados de ella había un hombre.

Una pareja de policías de uniforme.

Con el ceño fruncido me acerqué.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa aquí? —pregunté.

El agente al que acababa de interrogar me miró de pies a cabeza.

—¡Lárguese y no estorbe, amigo! —me replicó con muy poca

delicadeza.

—Eso no puede ser, porque yo soy el dueño de esta oficina, ¿entiende?

Su rostro cambió en el acto. Ahora se hizo adusto, agresivo, y quizá un tanto sarcástico.

—Sí, ¿eh? —replicó—. Entonces, usted es ese pesquisa que...

—Un momento —interrumpí secamente—. Me llamo Cass Lyman y...

—Sé cómo se llama, pesquisa —me interrumpió a su vez—. Ande, entre ahí. Supongo que el teniente Kane deseará hacerle unas cuantas preguntas.

Fue entonces cuando un chispazo de luz se hizo en mi cerebro.

¡Ethel!

Este grito surgió en mi alma con la misma fuerza que una explosión.

De una zancada penetré en el interior, pero no anduve mucho.

Quedé parado en el umbral, mirando en torno, creo que con los ojos desorbitados por el asombro.

La máquina de escribir estaba caída en el suelo. Los papeles diseminados por doquier. En fin, todo el despachito de Ethel se encontraba en el más completo desorden.

Dentro, en el mío, oí murmullo de voces y entonces me adelanté.

Kane estaba allí, hablando con otro hombre vestido de paisano. Y no había cambiado mucho en los largos meses que llevaba sin verle.

Muy alto y tan fuerte como un roble. Un verdadero gigante moreno en cuyas sienes empezaban a blanquear algunos cabellos. Ojos profundos y de fijo mirar.

Su cuerpo atlético estaba enfundado en el uniforme y éste le sentaba como un guante.

En general, el aspecto del teniente Kane era tosco, pero a nadie le aconsejaría yo que se fiara de esta tosquedad, ya que era tan listo como una ardilla.

Me acerqué lentamente mirando a todos lados.

Aquello era mucho peor. Nada había que estuviera en su sitio. Incluso los cajones de la mesa habían sido forzados y desparramado todo su contenido por el suelo.

Como fascinado miré ahora el tosco dibujo del mismo, hecho

indudablemente con tiza, que representaba el lugar exacto donde antes estuvo un cuerpo humano.

¿Ethel?

Levanté los ojos para encontrarme con los inquisitivos del teniente Kane y del hombre vestido de paisano.

—¿Y bien...?

Salté como un rayo sin poderme contener:

—¡Eso es lo mismo que puedo preguntar yo, teniente! ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

Me miró largamente y ahora fue el desconocido quien formuló la pregunta:

—¿No lo sabe, míster Lyman?

Le estudié antes de replicar.

No tan alto como el teniente. Kane y mucho más joven. Rubio, elegante, y de ojos grises. Mirándole, estudiándole, me dije que ante mí tenía a uno de los hombres más peligrosos que había visto en mi vida.

¿Quién era?

Mientras in mente me formulaba la pregunta, mis ojos fueron a los dos, y finalmente repliqué:

—No, no lo sé. Acabo de llegar. Pero antes, allá abajo, en la calle, uno de los curiosos me dijo que habían asesinado a una mujer. Por las trazas sospecho que ha sido aquí, ¿no? —Hice una pausa sin que ninguno de los dos me interrumpiera y lentamente, con toda deliberación, dejé caer las palabras, una por una—: Y mi secretaria, ¿dónde está?

—¿No lo sabe?

Fue casi la misma pregunta anterior, pero ahora en boca del teniente Kane.

Le miré de pies a cabeza antes de replicar, sin que mi mirada le inmutara en lo más mínimo:

—¡Cuernos! ¿Qué día...? ¿Qué diablos quiere decir? —me interrumpí unos segundos y después añadí con voz ronca—: Fue ella, ¿verdad? La asesinaron, ¿no?

De nuevo clavé mis ojos en el tosco dibujo de tiza. Acto seguido pregunté:

—¿Cómo fue, teniente?

—De un disparo en la sien, hecho indudablemente con una

«Colt» automática calibre 45. Le han volado parte de la cabeza.

Su voz era fría e impersonal.

La mía también sonaba fría y firme. También impersonal, pero en mi interior empezaba a rugir un volcán que de estallar iba a hacer historia.

—Creí que lo sabía, Lyman —le oí decir a continuación.

Lentamente, sin replicar, me dejé caer en uno de los sillones.

¡La pobre Ethel!

Pero Kane no me dio mucho tiempo para pensar ni para descansar. Apenas unos cuantos segundos, al cabo de los cuales rompió el silencio que se hacía hosco y pesado, diciendo:

—Su despacho estaba así cuando nosotros hemos llegado. ¿Quiere echar un vistazo por si falta algo?

Me puse en pie.

Metódicamente, más por mí que por ellos, fui mirándolo todo, revisando, registrando. Allí mismo, y en el despachito de Ethel.

¡Pobre Ethel!

Desde luego, no se lo dije a ellos, pero faltaba algo. Faltaban las notas que Ethel tomó de mi conversación con Cherry y las que debió tomar de mi conversación telefónica con Cora Lancaster.

Por lo tanto, aquel nuevo crimen había sido completamente innecesario.

Riconti, si es que verdaderamente tenía algo que ver en ello, había cometido una equivocación que le iba a costar la vida.

Estaba seguro de que le mataría.

Fríamente, lo mismo que él planeaba sus asesinatos desde su despacho del «Tigris». Con la misma frialdad por mi parte, con la misma tranquilidad.

La súbita voz del teniente Kane me volvió a la realidad del momento.

—¿Se llevaron algo, Lyman? —preguntó.

Sacudí la cabeza negando y después repliqué:

—No, teniente. Aunque en desorden, todos mis papeles están aquí.

—De acuerdo, Lyman —replicó secamente—. Ahora siéntese, que quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Lo hice mirando al hombre vestido de paisano y acto seguido pregunté:

—¿Tiene la bondad de decirme antes quién es usted?

Kane se adelantó entonces unos cuantos pasos y presentó:

—Larry Devoe, del Departamento Federal. Agente especial Devoe, Lyman.

¡F. B. I.!

Aquellas tres letras martillearon mi cerebro lo mismo que si le hubieran golpeado con una maza.

—De acuerdo —repliqué tan pronto como me hube rehecho del efecto que me produjeron las palabras de Kane—. ¿Qué tiene que ver el

F. B. I.,

con el asesinato de mi secretaria?

Kane fue a decir algo, pero el federal se adelantó interrumpiéndole con un ademán.

—Eso no es cosa suya, Lyman —dijo después—. Ahora quiero que tenga en cuenta una cosa: Las preguntas las hago yo, y usted dará las respuestas. ¿Comprendido?

No repliqué y él añadió en vista de mi silencio, soltando la primera de la serie:

—¿Qué asunto tiene ahora entre manos, Lyman?

Fingí pensarlo unos cuantos segundos y acto seguido repliqué:

—Ninguno, federal. Por el momento, ninguno.

Su rostro de halcón, duro como el granito, no cambió de expresión, pero sus ojos grises brillaron peligrosamente.

—Quiero que me diga la verdad, Lyman —advirtió—. Será mejor para usted.

—No tengo nada más que añadir —repliqué—. He contestado la verdad a su pregunta. Demuéstreme lo contrario y entonces puede que le escuche.

Sonrió, y me asombré de la dureza y peligrosidad que había en aquella sonrisa.

—Está bien, Lyman —dijo—. Usted lo ha querido —hizo una pausa como recreándose en lo que iba a decir, y al fin continuó hablando, con una lentitud desesperante, como si le costara un esfuerzo pronunciar las palabras—: Desearía que me dijera a quién pertenece cierto «Buick» que estuvo aparcado algún tiempo detrás de un seto, en una quinta abandonada en la carretera 53 Oeste.

Se adelantó hacia mí mientras yo apenas si podía disimular mi

estupor.

—Hable, Lyman —dijo con voz sorda—. ¿Quiere hacerlo ahora o prefiere que me lo lleve conmigo para que le interroguen en el Departamento?

Miré a Kane.

El teniente sonreía mefistofélicamente.

Estaba disfrutando de lo lindo.

Habíamos tropezado los dos en varias ocasiones y me la tenía guardada. Para él, sólo era cuestión de tiempo el que pudiera sentarme la mano, como decía, y retirarme entonces la licencia profesional.

Sí, desde luego, estaba disfrutando. Lo mismo que un cerdo entre el cieno, con perdón, claro está, para los cerdos.

Desvié mis ojos para fijarlos en Devoe. El agente especial me miraba ceñudo, a la expectativa.

Pensé de pronto que no perdía nada con hablar un poco. Justo lo imprescindible para hacer un buen papel.

—Está bien —repliqué dando la impresión de que lo pensaba mucho—. Usted gana, federal. Le contaré lo que sé. Ahora bien; antes deseo aclarar una cosa. No he sido yo quien ha asesinado a Ethel. Nunca he disparado con una «Colt» 45. Cierto que tengo un arma. Una «German Lugger» recuerdo de esta última guerra. Me la regaló un alemán, después de que discutimos un poco sobre quién de los dos debía quedarse con ella.

—Nadie va a acusarle de eso, por el momento.

—Pero después lo harán —repliqué—, o por lo menos el teniente Kane lo intentará. Hace tiempo que me la tiene jurada.

Acto seguido, y sin dar tiempo a que me replicaran, empecé a relatar todo lo ocurrido a raíz de la visita de Cherry a la agencia.

Pero callando algunas cosas. Callando, sobre todo, el nombre de Cherry. Ella era cosa mía, y mientras pudiera no iba a dejar que los federales metieran las narices allí.

CAPÍTULO IX

—¿Eso es todo, Lyman?

Su pregunta sonó a mis oídos como un disparo. Y miré al teniente Kane antes de replicar:

—Eso es todo, Devoe.

—¿No ha olvidado nada?

—No, nada —repliqué—. ¿Qué quiere decir?

—Creo que sí que ha olvidado algo, Lyman. Se olvidó de darme el nombre de su cliente.

En el acto me puse en pie mirándole de frente.

—Eso es puro secreto profesional, Devoe, y creí que usted ya lo sabía. Ahora bien, deténgame, acúseme de algo, mándeme un buen abogado y si él me aconseja qué le diga quién es, se lo diré. Por lo tanto, nada tengo que añadir a lo dicho anteriormente.

No replicó, pero consultó con Kane. Desde luego, fue con la mirada y después me enfrentó de nuevo.

—Debo rogarle una cosa, Lyman —dijo.

Su tono suave y ligero, más la mirada inquisitiva y fría de sus ojos grises, me puso en guardia.

—Desembuche, federal.

—Que no salga, sin mi autorización. Debe permanecer en Nueva York hasta que el

F. B. I.,

lo tenga a bien.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —pregunté de inmediato—. ¿Porque un cerdo chantajista ha sido asesinado? ¿Porque también han matado a mi secretaria? ¡Usted está loco, Devoe!

Pero no se alteró en lo más mínimo ante mis furiosas palabras.

—Por eso y por otra cosa más, Lyman —replicó fríamente—. Anoche, alguien, posiblemente tapando el auricular con un pañuelo

o un papel, con objeto de disimular la voz, telefoneó al teniente Kane advirtiéndole que la estrella del «Tigris» había sido asesinada en su apartamento. El que dio el aviso confesó que se había cargado a los dos *gangsters que la habían matado. Alegó defensa propia.*

Le miré fingiendo un estupor que como cosa lógica estaba muy lejos de sentir.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunté—. ¿Acaso tengo una automática «Colt» calibre 45?

La respuesta de Devoe vino con la misma rapidez que una bala:

—A esos dos *gangsters no los mataron con una «Colt». Lyman. Lo hicieron con una «Lugger» y usted ha confesado que tiene una. Me gustaría examinarla en el Departamento de Balística. ¿La lleva consigo? Si es así, ¡démela!*

Extraje la «Lugger» y se la di.

—Puede examinarla cuando guste, Devoe —dije aparentando una firmeza que estaba muy lejos de sentir—. Ya me la devolverá tan pronto como pueda.

Me miró fríamente por espacio de uno o dos minutos.

—¿Lo hizo usted, Lyman? —preguntó después.

—No. No fui yo.

En el acto, y ante mi estupor, me devolvió el arma.

—Puede guardarla por ahora, Lyman —dijo—. Voy a creerle.

Hice lo que me decía, pero con la vaga sospecha de que no me había creído. De que no había logrado engañarle.

Entonces, ¿por qué me la devolvía?

Repentinamente, creí saberlo y entonces me defendí atacándole.

—Escuche, Devoe —dije fríamente—; sé que usted y el teniente Kane sospechan de mí. No de que haya asesinado a esos tres, sino de que les esté ocultando algo de verdadera importancia. ¡Está bien! ¡Es así! ¿Quiere que se lo diga a ustedes?

Acto seguido les miré a los dos.

Kane se mantenía impasible. El federal me miraba rumiando todas y cada una de mis palabras.

—¿Qué es lo que oculta, Lyman? —preguntó al fin.

—Ahora soy yo el que le puedo preguntar a usted si es que no lo sabe —repliqué en tono sarcástico—. Veo que no, y por lo tanto voy a aclararle un punto o dos. Quizá tres, Devoe. Ese Jim Richarson, el hombre que murió en la carretera 53 Oeste, el amante de Cora

Lancaster, ¿quién cree usted que le mató?

—Si usted no me lo dice, Lyman...

Había un manifiesto sarcasmo en su voz. Más que lo hubo en la mía cuando afirmé que podía darle unos cuantos datos importantes, y aquello no me gustó.

Por lo tanto, deseé más que nunca matar aquel sarcasmo, aquella voz fría, y el hielo que había en sus ojos grises, y aquel deje mordaz que me enfurecía aún más.

—Fue Aldo Riconti —repliqué—. Más claro, el dueño del «Tigris» o alguien mandado por él. Pero ni el

F. B. I.,

ni la Brigada de Homicidios son capaces de hacer nada en su contra. Y voy a decirle por qué, Devoe. Por miedo. Incluso el

F. B. I.,

tiene miedo a Riconti. A lo que representa. Es un cerdo bien cebado y nadie puede meterse con él. Mientras tanto, cientos de desgraciadas mueren entre sus garras, entre sus podridas fauces de hiena, entre la lacra que ha extendido entre nuestra corrompida sociedad. Con sus drogas, y lo que es peor, con su trata de blancas. ¿A qué espera el Departamento Federal para intervenir, Devoe? Pruebas y más pruebas. Entretanto, los asesinatos están a la orden del día —miré a Kane y añadí después de una corta pausa en la cual ninguno de los dos me interrumpió—: Mire al teniente, Devoe. Han bastado unas palabras de acusación contra el omnipotente Riconti para que palidezca como un sudario. Para que el sudor le salga por todos los poros de su cuerpo. ¿Y por qué? Porque todo el departamento policial tiene miedo a meterse con esa hiena vestida de piel de cordero. Pero Aldo Riconti y toda su cohorte de chantajistas han cometido una equivocación al asesinar a una chica como Ethel. Ethel era cosa mía, y ahora, después de muerta, aún lo es más.

¡No voy a ausentarme de Nueva York, Devoe! No voy a hacerlo hasta que logre meterle a Riconti en la barriga todo el cargador de mí «Lugger». Y voy a hacerlo a pesar de todos ustedes. ¡Cuanto antes se meta eso en la cabeza, tanto mejor!

Callé, falto de aliento, mientras el teniente Kane y el federal me examinaban, digo yo, como a un bicho raro, o a un ser venido de otro planeta.

Finalmente, el segundo habló:

—¿Tiene algo más que añadir a lo dicho, Lyman?

—No, nada más. El resto es cosa del

F. B. I.,

y no mía.

—Me alegro. Ahora debo decirle que esa acusación, sin pruebas, es un tanto peligrosa.

—¡Lo sé! Sobre todo si se tiene en cuenta que por hablar más de lo debido, cualquier día, en cualquier momento, puede uno tropezar con una ráfaga de ametralladora. ¿Sabe para lo que sirve una «Sten», Devoe? Si no es así, pregúntele a Riconti cuando le vea. Puede que él se lo explique a usted con entera claridad.

Nos miramos de frente, y al fin Devoe replicó:

—Voy a darle un consejo, Lyman. Será mejor que colabore con nosotros y no se meta en ningún lío. Sin prue...

—¡Al diablo con la legalidad, Devoe! Esos perros sólo entienden una ley. La que uso yo. La de mi automática. ¡Y basta ya! Ahora, si no tiene nada más que decir, salgan de aquí, que voy a ordenar todo esto. Después...

Devoe me interrumpió mientras que el siempre silencioso Kane me miraba atentamente.

—Si quiere, podemos llevarle a la Morgue, Lyman —dijo—. ¿O no desea ver a su secretaria?

La respuesta que di no la pensé ni un solo segundo.

—No, no lo deseo, Devoe. Prefiero recordarla tal y como la vi por última vez. Deseo conservarla en mi mente como en aquella ocasión. Pero de todos modos, los gastos del entierro y funeral corren de mi cuenta. ¿Quiere encargarse usted de todo?

Asintió con un seco movimiento de cabeza y se volvió para encarar a Kane.

Después, durante unos cuantos segundos, los tres nos miramos en el más completo silencio y al fin se fueron sin decir nada, sin despedirse, y también sin dejar de mirarme.

Al parecer, el

F. B. I.,

se interesaba por mí.

Tres horas más tarde acabé de organizar aquello. Luego me senté para pensar. Para recordar a Wanda. Recordé también las

palabras que Cora pronunciara antes de morir.

Ni siquiera sabía dónde tenía su apartamento.

Y fumé un par de cigarrillos antes de decidirme a abandonar la agencia para ir al apartamento de Cherry.

Ella había tenido o tenía algo que ver con el «Tigris». Por lo tanto, podía decirme todo lo que deseaba saber.

Más de media hora me llevó el poder llegar a él, por entre el intenso tráfico que a aquellas horas abarrotaba las calles de Nueva York.

Por fin pude detener el «Buick» frente a la puerta del edificio de apartamentos donde Cherry tenía el suyo. Crucé la calle, subí en el ascensor y ya frente a la puerta del mismo, dudé entre llamar o abrir con el llavín que ella me había dado.

Abrí con él, y casi al instante me llegó un apagado sollozo.

En dos zancadas me planté en la puerta del *living* y *fue entonces cuando oí aquel jadeo. La empujé suavemente y entré.*

La cólera no me dejó reaccionar en unos cuantos segundos. Cherry se encontraba allí, con las ropas en el más completo desorden, el pelo enmarañado y mostrando en su roja boca un hilillo de sangre.

Y frente a ella, Felton en actitud colérica y amenazadora.

Oí claramente lo que decía:

—¡Eres imbécil, Cherry! Tendrás que hacer lo que te digo, o de lo contrario... Bueno, ya has tenido una muestra de lo que puedo hacer, ¿no?

Ella, que no me había visto aún, replicó:

—Eres un bastardo, Felton. Un bastardo al que un día u otro colocaré una bala en la cabeza.

Por toda respuesta, Felton soltó una risotada y avanzó hacia ella. Vi cómo intentaba abrazarla, pero Cherry se escurrió de entre sus brazos lo mismo que una anguila.

No esperé a más.

En un par de zancadas llegué a su lado, tomándole por la espalda. Le toqué el hombro con suavidad. Con mucha suavidad...

Felton se volvió con cara de pocos amigos y un tanto asombrado, y no tuvo tiempo para asombrarse más.

Entonces disparé el puño, alcanzándole en medio de la barbilla. En el acto levantó los pies del suelo y después se desplomó como un

saco, harto ya de girar sobre sí mismo, como una peonza.

Sacudió la cabeza en todas direcciones, intentando, digo yo, disipar un tanto las tinieblas que en aquel entonces debían empezar a invadir su cerebro.

Felton lo consiguió en pocos segundos.

En el acto su rostro se convirtió en una máscara sarcástica. Lanzó una exclamación intranscribible y finalmente llevó la mano a la funda de la axila.

—¡Quieto, bastardo! —dije—. O te abro un agujero en el estómago.

Felton inmovilizó la mano con la automática a medio extraer, mirando como fascinado la «Lugger» con la cual le estaba apuntando.

Después se puso en pie, se pasó la mano por la barbilla, y masculló una imprecación.

Después preguntó:

—¿Quién es usted?

—Lo mismo podía preguntarle yo y no lo hago —lancé una rápida mirada a Cherry y pregunté—: ¿Qué hacemos con ese tipo, querida?

—Déjale que se marche. Después de todo, he sido yo la que ha recibido el golpe.

No me sorprendió, porque esperaba la respuesta.

Miré al tipo. Felton estaba luchando consigo mismo, y adiviné el significado de su lucha. Adiviné lo que estaba pensando.

—Es mejor que no lo intente, Felton —dije—. Si lo hace, su ímpetu lo detendrá una bala —señalé con el brazo hacia atrás y añadí—: Ya oyó a Cherry. Por lo tanto, váyase antes de que me arrepienta.

Avanzó hacia la puerta sin decir palabra. Junto al marco de la misma se detuvo, nos miró, y al fin soltó lo que llevaba en el buche.

—Hablaemos de esto, Cherry —dijo.

Desapareció antes de que yo pudiera replicarle. Fui detrás y cerré la puerta. Apenas regresé al *living*, *Cherry vino a mis brazos sollozando. La besé primero, largamente, notando como siempre sus labios de fuego sobre los míos.*

Después acaricié su pelo mientras ella se esforzaba por echarme los brazos al cuello. Le dejé que lo hiciera.

Unos minutos, más tarde, sin soltarla, pregunté:

—¿Quieres decirme de una vez qué tiene ese hombre que ver contigo?

—¡Cass! ¡Pero si ya te lo he dicho! Es un amigo que...

—... Se pone pesado algunas veces. ¡Ya lo sé, ricura! —atajé en seco—. Pero mira, si te golpea de nuevo, o te ocurre algo, no cuentes conmigo. ¿Entendido?

Cherry no replicó.

Sin decir nada dio media vuelta, manipuló en el mueble bar, después en el frigorífico, y diez minutos más tarde estábamos sentados en el sofá, muy juntos, con sendos vasos de *whisky* en las manos.

Fue ella la que rompió el silencio que ahora reinaba entre los dos.

—No te esperaba hasta más tarde, Cass —dijo.

Mirándola a los ojos, repliqué:

—¿Has leído los periódicos, Cherry?

—No. ¿Por qué?

—Creí que lo sabías, muchacha.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Bebí un poco antes de replicar a su pregunta:

—Cora Lancaster ha sido asesinada en su propio apartamento. Primero Jim Richarson y ahora ella, ricura.

Al punto palideció como una muerta y el vaso de *whisky* estuvo a punto de caérsele de la mano.

Remaché el clavo sin dejar de mirarme en aquellos profundos ojos verdes, ahora llenos de algo que parecía miedo.

—Ethel, mi secretaria, también ha muerto, monina. La asesinaron en pleno día. Total para nada.

Cherry se puso en pie tambaleándose y por un momento temí que fuera a desmayarse.

CAPÍTULO X

Pero no fue así; Cherry se rehízo bastante antes de que yo intentara siquiera levantarme para impedir que cayera al suelo.

Después clavó sus verdes e inquisitivos ojos en mí y exclamó:

—¡Eso es monstruoso, Cass! Pero... ¿por qué? ¿Por qué las han matado?

—¿Tú no lo sabes, Cherry?

Golpeó furiosamente el suelo con el pie.

—¡Cass! ¿Es que me acusas a mí de ocultar una monstruosidad como ésa?

Bebí un trago, saqué cigarrillos, encendí dos, le di uno, y después aduje fríamente:

—Aún no sé si te acusaré o no, Cherry. Eso va a depender de ti.

—Estás hablando en charada, querido.

—Entonces me explicaré, y voy a empezar por ti, monina. Tú eres buena cliente del «Tigris», querida. Sé que has subido bastante gracias a los métodos de Riconti. Cora, antes de morir, me dijo algo de esto. Por lo tanto es inútil que lo niegues. Repentinamente vienes a mi oficina, ofreces una buena suma para que descubra a un tipo que te somete a chantaje. ¿Me sigues, tesoro? El tipo, según todas las trazas, muere asesinado poco antes de recibir unos dólares que yo no iba a darle de ningún modo, pero él lo cree así. Su asesino me golpea dejándome sin conocimiento. ¿Comprendes, Cherry? Vengo aquí, veo esa fotografía, y tú callas el nombre del tipo que está contigo. Por otra parte, un tal Felton baila, bebe, te besa y te golpea cuanto le viene en gana. Ahora sólo cabe una cosa, monina; mejor dicho, dos: el tipo de la fotografía es Riconti, o es este otro, que también sabe acariciarte. ¿Me explico?

Con sus verdes ojos echando chispas, Cherry me miró llevándose el vaso a la boca.

—Y tú quieres que te diga quién es, ¿verdad? —preguntó

después.

—Sí, Cherry. Eso es lo que deseo.

Lentamente, depositó el vaso sobre la mesita ratona y acto seguido me enfrentó.

—Creo, Cass —dijo fríamente—, que lo mejor es que no nos veamos más.

En el acto me puse en pie.

—En eso estoy de acuerdo contigo, cariño —repliqué—. Pero antes de irme voy a pedirte un favor. El último. Se trata de Wanda, ¿sabes? ¿Quieres decirme dónde tiene su apartamento? Tú debes de saberlo, Cherry.

Sin dejar de mirarme un solo segundo, Cherry agrandó mucho los ojos y después preguntó:

—¿Por qué Wanda precisamente, Cass?

—Cora, moribunda ya, dijo que fuera a verla, y yo no quiero presentarme en el «Tigris» por el momento.

Cherry quedó pensativa unos cuantos minutos al cabo de los cuales replicó:

—Wanda es muy hermosa, Cass.

¡El eterno femenino!

Acababa de largarme a paseo con viento fresco, y ahora se mostraba celosa.

Sonriendo sin ganas pregunté:

—Vas a darme sus señas, ¿sí o no, Cherry?

—Wanda vive en el 808 de la calle 32 Oeste, Cass —replicó de mala gana.

Le dediqué una sonrisa que era todo un poema.

—Cuídate, querida —dije encaminándome hacia la puerta.

Cherry no se movió. Permaneció en el sofá con los ojos fijos en el vaso de *whisky*.

Suavemente cerré la puerta a mi espalda, pensando en que tenía que averiguar el domicilio de Felton. Un tipo como aquél, también sabría algo.

Frente al volante, conduciendo hacia la calle 32 Oeste, me dije que también se imponía hacerle una visita a Aldo Riconti.

Claro que enfrentarse con él abiertamente, y en sus propios dominios, tenía sus inconvenientes. El *gangster italiano nunca o casi nunca estaba solo, y aquello era hacer oposiciones para*

recibir un balazo.

Sí, podía tropezar con una bala en cualquier momento.

Pero no había otra posibilidad. Tenía que hacerlo. Debía saber cómo reaccionaría ante mi presencia y qué es lo que respondería a mis preguntas.

Sonreí ahora, pero mi sonrisa era cuadrada.

Dejé mis agradables pensamientos para otra ocasión tan pronto como las ruedas del «Buick» empezaron a pisar la calle 32 Oeste.

Wanda misma me abrió la puerta.

Nada más hacerlo, pude ver en su hermoso rostro, en sus grandes y rasgados ojos, más que el miedo, el terror que le producía mi inopinada visita.

Pero, a pesar de ello, también me di cuenta de una cosa. Wanda estaba muy hermosa bajo aquella simple bata de casa.

Se apartó a un lado para dejarme pasar, y una vez que lo hube hecho, sin decir palabra, cerró la puerta a mi espalda.

—Venga por aquí —dijo unos segundos más tarde.

La seguí hasta el *living*. Allí, *Wanda me enfrentó abiertamente.*

—¿Por qué ha venido? —preguntó—. ¿Quién le ha enviado aquí?

Me senté en el sofá sin dejar de mirarla.

—He preferido verla aquí y no en el «Tigris», Wanda —repliqué.

—¿Por qué? ¿Qué desea?

—Hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Y cómo sabe que voy a contestarlas? ¿Cómo sabe que yo sé lo que usted desea saber?

—Cora habló de usted antes de morir. Dijo bien poco, y a usted, Wanda, le toca tapar algunas lagunas que ella dejó en blanco. Sabe que la asesinaron, ¿no?

—Sí.

Pensé unos segundos lo más rápidamente posible. Acto seguido añadí:

—A mi secretaria también la mataron, Wanda.

—Sí. También lo sé. Lo lleva la Prensa en una edición extraordinaria.

—¿Y bien...? —pregunté lentamente.

Wanda se dejó caer entonces, pesadamente, sobre uno de los sillones. La bata se abrió a ambos lados de sus maravillosas piernas,

formando pliegues de seda azul en el suelo.

Pero no pareció reparar en ello, ya que no hizo nada para remediarlo.

Entretanto, respiré con dificultad.

—¿Qué... qué es lo que quiere saber?

Su voz surgió por entre sus labios delgada como un hilo, pero la entendí perfectamente.

—Quiero que me hable de Aldo Riconti, Wanda. Deseo me diga cómo funciona su organización. Y no me refiero al tráfico de drogas, sino a usted misma.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, nena —repliqué—, no se haga de nuevas, ya que Cora dijo bastante como para saber por dónde me ando. Ya ha visto que la mataron. Usted misma me ha dicho que ha leído los periódicos, ¿no? —asintió con un mudo gesto de cabeza y proseguí—: Cora dijo que usted era una de ellas. ¿Quiere decirme cómo empiezan las cosas y cómo acaban?

Me miraba.

Estaba pálida, muy pálida, y de nuevo me asaltó hacia ella aquel extraño sentimiento de piedad.

Temblando, mientras en sus ojos seguía brillando el terror.

Finalmente, Wanda murmuró, quedamente:

—¿Por qué no se marcha, Cass Lyman? Si hablo, me ocurrirá lo que a Cora.

—Si hablas, ricura, nada te ocurrirá —repliqué tuteándola ahora—. Aldo Riconti no es tan poderoso como para que alguien no le sienta las costuras, si ese alguien tiene un poco de suerte.

—¿Y vas a ser tú, pesquisa? —replicó tuteándome a su vez.

—Eso depende de ti. De otras como tú. Habla y te protegeré. Cora dijo algo sobre los métodos que empleaba Riconti, pero no todo.

Vaciló. Vaciló mucho.

Wanda estuvo más de tres minutos con sus ojos fijos en los míos. Después, sin decir palabra, se puso en pie y se alejó hacia el mueble bar.

Cuando regresó llevaba en las manos un par de «Manhattans». Volvió a sentarse sin preocuparse ni poco ni mucho del estado en que quedaba la falda, y admiré de nuevo la peligrosidad de sus

audaces curvas.

Desde luego, Wanda Borchert era hermosa. Tan hermosa como un diablo pelirrojo, y tan peligrosa como un diablo.

Yo mismo interrumpí mis propios pensamientos para preguntar:

—¿Cómo funciona todo, querida?

Tragó saliva y después bebió un poco. Sus azules y hermosos ojos chispeaban cuando los clavó en los míos.

—Cora siempre tuvo la lengua un poco larga —comentó sin respeto alguno por la muerta. Después hizo una pausa y finalmente continuó—: Está bien, Cass, hablaré. Ahora, si me ocurre algo, tú serás el responsable. Tu conciencia —una nueva pausa y agregó—: Las cosas empiezan como todo, Cass. De la manera más sencilla. Una viene de lejos a Nueva York, deseando abrirse camino en Broadway o en otro sitio cualquiera. Una es hermosa. Tiene de todo y... Bueno, el caso es que a pesar de ello las puertas empiezan a cerrarse en torno a una, hasta que viene la «gallina de los huevos de oro». Un día se te presenta un tipo o una tipa, que para el caso es lo mismo. Te propone un buen apartamento y algunas visitas de categoría. Así empieza todo. Aldo Riconti se lleva un tanto por ciento y nada más. Pero esto, Cass, dura hasta que la juventud se acaba. Después... ¿Has ido alguna vez a los tugurios de la calle Hudson? No, ¿verdad? Ve un día y comprenderás lo que quiero decirte. Allí o al Bronx. A cualquiera de los barrios extremos de Nueva York. Ése es el final de todas nosotras.

Calló unos segundos y miré en torno notando clavados en mi aquellos hermosos ojos, como las aguas dormidas de un lago. Lo mismo de azules.

Un bonito apartamento.

Allí había de todo. Wanda tenía de todo para su uso personal. Pero ¿a costa de qué? Ella misma me lo acababa de decir.

Calefacción, gas, televisión, radio; y los muebles caros y elegantes.

Pregunté:

—¿Por qué no cambias de vida, Wanda?

Bajó los ojos y se miró la puntera de los zapatos.

—Eso no es posible, Cass —replicó suavemente.

—¿Por qué?

Sin mirarme, continuó replicando:

—Es bien sencillo, querido. Cada una de nosotras tenemos un tipo que nos vigila a todas horas. De día y de noche. ¿Comprendes? Es obligado, ¿sabes? Por lo tanto no hay escapatoria posible. La que lo intenta se expone a aparecer cualquier día flotando en medio del río, o con una bala en la cabeza. Ahí tienes, sin ir más lejos, a la pobre Cora. Alguien supo que habló contigo, o bien, alguien en el «Tigris» vio cómo yo te entregaba la llave, y lo demás vino por sí solo.

Pensé instintivamente en Cherry.

—¿Conoces a Cherry Morrison, Wanda? —pregunté.

—Sí. Va mucho por el «Tigris».

—¿Nada más?

Wanda bebió un poco y después me miró largamente. Acto seguido abrió la boca para hablar.

CAPÍTULO XI

Wanda abrió la boca para hablar, y lo hizo sin ninguna vacilación. Por lo visto, y según mi propio miento, estaba dispuesta a contarle todo. Pero todo lo de las demás.

—¿Qué quieres saber de Cherry Morrison, Cass? —preguntó.

—Todo lo que sepas, Wanda. Sé que ella es o ha sido una de vosotras, ¿no? Además hay un tipo llamado Felton...

El estallido de su súbita risa me interrumpió.

Era una risa fría, sin matices, carente de toda alegría.

—Quien te ha dicho que su acompañante se llama Felton te ha engañado, Cass. Ese tipo no es americano. Ni siquiera inglés. Ese tipo es tan italiano como el propio Riconti.

Durante unos cuantos minutos me quedé estupefacto. Y cuando al fin pude controlar mis pensamientos repliqué:

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo se llama?

—Se llama Jimmy Murati.

—Jim es nombre...

Me atajó con un ademán.

—Sé lo que vas a decir, Cass —replicó después—, debido a que yo me expresé mal. Jimmy, el acompañante de esa rubia, es italoamericano.

—Vigilante de ella, ¿no? Cherry también...

—No, Cass. Hay quién dice que antes tuvo que ver con la organización. Que fue una de tantas, pero ahora no hay nada de eso, aunque Murati la vigila a cada minuto del día y de la noche.

Aquello me sorprendió enormemente porque no cuadraba con las anteriores palabras de ella, ni con las de la pobre Cora.

Por lo tanto, pregunté:

—¿Cómo es que ella, aunque la vigilan, ha podido sacudirse el yugo de Riconti, Wanda?

Se encogió un poco de hombros y bebió largamente, hasta casi

apurar el contenido del vaso.

—No lo sé, pero es cierto —replicó—. Si preguntas por ahí, nadie te dirá nada, Cass. Cherry es un misterio para todos, aunque tengo la seguridad de que no lo es para Riconti ni para Murati. Casi estoy por decir que le tienen miedo. Si no miedo propiamente dicho, sí algo que se le parece mucho.

—¿A una mujer? ¿Y una organización como ésta? ¿Por qué, si puede saberse, Wanda?

—No me hagas caso, pero creo que es así, Cass.

La miré dubitativo durante unos cuantos segundos, y después pregunté abandonando el tema de Cherry:

—Supongo que Riconti tendrá algunas cabezas de turco, ¿verdad? Quiero decir que...

Wanda me interrumpió nuevamente.

—Sé lo que quieres decir, Cass —replicó.

—Entonces, ¿les conoces tú?

Fue entonces cuando Wanda se puso en pie para mirarme de frente.

En sus ojos leí con estupor que ella acababa de adoptar una determinación, tal vez tomando a Cherry como ejemplo.

—Sí, Cass, les conozco —habló suavemente—. Ahora bien, si quieres que te diga quiénes son, si quieres sus señas, he de preguntarte lo que voy a ganar yo en ello.

También me puse en pie y la enfrenté, mirándola fijamente. Entonces Wanda añadió:

—Me has entendido mal, Cass —se explicó—. Te lo diré, pero alguien tendrá que pagar mi pasaje en avión hasta Las Vegas. Tengo familiares allí, ¿sabes?

La miré con simpatía.

—Vas a cambiar de vida, ¿verdad?

Me sonrió.

—Sí, Cass —replicó—. Creo que la muerte de Cora, la de tu secretaria que no tenía culpa alguna, tus palabras, han sido todo lo que necesitaba para romper de una vez con estas cadenas; con esta podredumbre.

—Así es —repliqué—. Yo te pagaré el pasaje del avión. Desembucha, Wanda.

Se sentó de nuevo, pero ahora procuro que su bata quedara en

su sitio, si bien no logro cubrir por completo sus bien torneadas rodillas.

Después, Wanda empezó a hablar. Y lo hizo largo y tendido, aunque yo sólo apunté un par de nombres.

Un par de nombres cuyos dueños iban a morir.

Acto seguido me puse en pie. Extraje la cartera y saqué unos cuantos billetes.

Wanda me sonrió.

—Te irás, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, Cass —replicó—. Telefonaré a tu apartamento tan pronto tenga el pasaje. Gracias, querido.

Se empinó sobre las punteras de sus zapatos de alto tacón y enlazó sus brazos en torno a mi cuello. Unos segundos después noté sus labios sobre los míos y la enlacé por la cintura.

Se abandonó a mis brazos, acariciándome, respondiendo ardientemente a mis besos.

Había conocido a muchas mujeres. Incluso a Cherry. Había conocido también a muchos criminales, pero hasta aquel momento no comprendí que había personas, que sin ser criminales, tenían instintos salvajes.

Cuando tres horas más tarde la dejé, mi cabeza estaba clara. Sabía a ciencia cierta lo que debía hacer.

Me detuve en un bar de la Décima Avenida, donde permanecí cerca de otra hora durante la cual bebí un par de *whiskies*.

De pronto, y sin saber por qué, decidí darme una vuelta por la agencia, abandonada desde hacía horas.

Deseaba matar el tiempo en lo que fuera hasta que llegara la noche. Entonces iría al «Tigris». Deseaba tener unas cuantas palabras con Aldo Riconti. Deseaba saber, si podía, por mediación de él, algo sobre una mujer que me interesaba más que ninguna.

Deseaba, en fin, una larga explicación sobre una mujer llamada Cherry Morrison.

Tal vez no me la diera.

Tal vez mandara detrás de mí a sus gorilas como ya había pensado en más de una ocasión. Tal vez ni siquiera lograría verle, o tal vez me encontrara con una bala entre los ojos, mucho antes de llegar a él.

Fuera lo que fuese, deseaba tener algo en qué basarme para

poder matarle en legítima defensa.

A las hienas como él, sólo se las podía eliminar con el plomo, y yo estaba seguro de que la Ley en los Estados Unidos era bastante elástica, para algunas cosas.

Al ir a verle, sólo tenía una idea fija; el hacer las cosas, para que fuera él, Aldo Riconti, el que diera el primer paso que nos enfrentara con las automáticas en las manos.

No tenía miedo a ello.

Los alemanes, en esta pasada guerra, me habían enseñado cómo hacer las cosas para ser siempre el primero en todo. Prueba de ello, es que aún continuaba con vida.

Abandoné la barra después de pagar la consumición, y media hora más tarde de lo que había previsto, me vi de nuevo en la calle, al lado del «Buick».

Subí a él, y sin dejar de pensar en la noche que se acercaba a pasos agigantados me encaminé directamente a la agencia, con el pensamiento puesto en Wanda, y en las explicaciones que me había dado.

En Wanda que deseaba cambiar de vida. ¡Pobre muchacha!

Aparqué en el lugar de costumbre, al lado de un «Alfa Romeo», convertible y de importación, pintado en rojo; crucé la calzada, y subí en el ascensor.

Apenas descendí de él, tuve la primera sorpresa.

Porque parado en el centro del pasillo se encontraba nada menos que el teniente Kane.

Ambos nos miramos sin decir palabra por espacio de varios minutos, hasta que finalmente él rompió el silencio.

—Hace más de dos horas que, le espero, pesquisa —dijo—. Tengo que hablar con usted. ¿Vamos dentro?

Le lancé una mirada de través y repliqué:

—¿Por qué no, teniente?

Kane miró largo rato la puerta de la agencia y replicó:

—No deseo hablar con usted, si puede ser, delante de testigos, Lyman.

—¿Testigos...? —inquirí.

Entonces Kane me dio la segunda sorpresa de la tarde.

—Su amiguita, esa Cherry Morrison, está ahí dentro —dijo.

Cuando me rehíce, le miré un tanto divertido.

—Vamos, Kane, y no sea suspicaz —dije—. Mientras no tenga una acusación completa contra mí, podemos hablar delante de todos los testigos que hagan falta. ¿Vamos?

Me siguió al interior de la oficina mascullando imprecaciones en tono quedo.

Kane no había mentido, ya que Cherry estaba allí.

Y me asombré al verla.

No porque se hubiera presentado en la oficina, sino por su tocado. Una simple blusa y de nuevo los cortísimos «*shorts*», más arriba de medio muslo mostrando sus maravillosas y desnudas piernas, morenas y bien torneadas, en toda su profusión.

Me sonrió apenas verme, pero no se levantó del sillón que ocupaba.

—Hola, Cass —fue lo que dijo—. Te estábamos esperando.

Me había mandado al diablo, como aquel que dice, y de nuevo la tenía frente a mí, y en mi propia oficina. ¿Por qué?

Sin replicar me senté detrás de la mesa, miré primero a Cherry, a sus piernas, y después enfrenté al teniente.

—Siéntese y desembuche pronto, teniente —dije—. Cherry y yo queremos ir a bailar esta noche.

Kane nos miró a los dos.

—¡Al cuerno es donde van a ir! —replicó sin respeto alguno.

Después clavó sus ojos en mí y añadió:

—Hablaré claro, Lyman. Traigo una orden de registro.

Hizo ademán de introducir su mano derecha en el bolsillo y le atajé con un gesto. Y eso que me pilló completamente de sorpresa, pero no quise demostrarlo en modo alguno.

A Cherry también, ya que soltó un pequeño grito. Por lo demás, su rostro permaneció impassible.

—¿Aquí, teniente? —pregunté tan pronto como me hube rehecho de la sorpresa.

—Aquí y en su apartamento, Lyman —replicó.

—¿Qué es lo que busca?

—Una automática «Colt» calibre...

—Vamos —atajé fríamente—; una 45, ¿no?

—Sí. Eso precisamente.

—¿Y espera encontrármela a mí?

—¿Por qué no, Lyman?

Fue entonces cuando Cherry intervino.

—Creo que se equivoca con Cass, teniente —dijo—. He leído todo lo referente a esos asesinatos, y sé que él no pudo hacerlo.

Kane desvió los ojos hacia ella y la miró inquisitivo.

—¿Por qué no, *miss* Morrison? —preguntó.

La sonrisa de ella fue en extremo burlona.

—Aquella noche —declaró fríamente—. Cass no se movió de mi lado, teniente.

—¿Quiere decir que...?

—No exactamente lo que está pensando, teniente. Pero sí estuvimos por ahí divirtiéndonos. Por lo tanto Cass no pudo estar en dos sitios a la vez. Creo que con eso hay más que suficiente para que todas las sospechas que hay en torno a él desaparezcan. ¿No es así, teniente?

Kane no replicó.

Se veía de momento que la declaración de Cherry le había desconcertado. Que no la esperaba. Pero pronto se rehízo. Demasiado pronto, para mi gusto.

Mirándola como si quisiera taladrarla con los ojos, adujo:

—¿Está dispuesta a jurar eso delante de un tribunal, *miss* Morrison?

Cherry sonrió burlona antes de replicar:

—¡Claro que sí, teniente! Tratándose de Cass, y siempre que responda a la verdad, estoy dispuesta a declarar cualquier cosa. ¿O no lo sabía usted?

La respuesta de Kane sonó en mis oídos como los impactos de las balas de mí «Lugger»:

—¿Sabe cuál es la pena máxima de un perjurio, *miss* Morrison?

La franca carcajada de ella nos sorprendió a los dos. Después, Cherry replicó con voz firme:

—Sé de leyes tanto o más que usted, teniente. ¿O no sabe que soy licenciada en Derecho? Por lo tanto. Cass, si le ocurre algo, ya tiene un buen abogado sin que le cueste un solo dólar.

Me dejó frío.

¡Cuernos con Cherry! Con ella iba uno de sorpresa en sorpresa. Parecía como si tuviera una docena de ellas preparadas para cada minuto del día.

Kane pensó unos minutos mientras nos miraba a los dos, y

después disparó:

—Aún así, *miss* Morrison, no estoy conforme. Pienso registrar.

Hice un gesto para atajar la respuesta de Cherry y repliqué en su lugar:

—Puede empezar cuando guste, teniente.

Y me retrepé contra el respaldo del sillón.

Después cerré los ojos mientras Cherry se miraba atentamente las desnudas piernas, como preguntándose si no eran lo suficientemente bonitas para hacer callar de una vez al teniente Kane.

Luego se encogió de hombros.

Bueno, esto lo digo yo, ya que mis ojos se mantenían cerrados mientras Kane se ponía en pie, para en el acto poner manos a la obra.

Le oí trastear de un lado para otro mientras resoplaba como un fuelle.

No dije nada ni abrí los ojos. Tampoco lo hice cuando hasta mi olfato llegó el aroma del cigarrillo de Cherry.

Pero los abrí cuando me di cuenta de que ya había terminado, y no me equivoqué. El teniente Kane estaba parado frente a mí, mirándome ceñudo.

—Vamos, Lyman —dijo de mal talante.

Lo que me hizo sonreír.

—¿Dónde? —pregunté.

—A su apartamento.

Cherry fue la primera en ponerse en pie.

—Te acompañaré, querido —dijo.

—¿Crees tú que me hace falta un abogado, tesoro? —pregunté con manifiesta sorna, que hizo fruncir el ceño al teniente Kane.

—¡Claro que, sí, querido! Con un teniente como éste en el Departamento de Homicidios, siempre puede ocurrir lo que menos se espera uno. ¿Vamos, Cass?

Palabras que le valieron una mirada del teniente Kane, nada agradable por cierto.

Sin más palabras salimos a la calle. Kane se enfrentó conmigo en la acera.

—Tengo el coche una cuadra más abajo, Lyman —dijo—. Espéreme aquí, ¿quiere?

De nuevo intervino Cherry quitándome la palabra de la boca.

—El mío está aparcado allí, teniente —dijo—. Frente a esta casa. Si no tiene inconveniente, Cass y yo iremos en él.

Nos miró a los dos.

—Pueden ir, pero procuren no adelantarse.

Comprendimos la amenaza, y nuevamente la que replicó fue Cherry:

—Descuide, teniente, que Cass y yo esperaremos aquí hasta que usted pase delante.

Kane no dijo nada.

Callado como una tumba dio una rápida media vuelta y se alejó. Cherry soltó una tenue carcajada y se colgó de mi brazo.

—¿Vamos, querido? —preguntó.

Asentí en silencio y ella tiró de mí.

Unos minutos más, y me quedé estupefacto de nuevo, ya que Cherry abrió la portezuela del «Alfa Romeo» pintado en rojo, se acomodó frente al volante y acto seguido me dedicó una sonrisa.

Luego, sin perderla, sin dejar de mirarme, dijo:

—Vamos, Cass, sube.

Me coloqué a su lado y ella dio el encendido mirándome con el rabillo del ojo.

Entonces pregunté secamente:

—¿Un regalo de «Caperucita» monina?

Se sulfuró.

—¡Eres un imbécil, Cass! —dijo mordiendo las palabras—. Este coche es mío. Y si te sirve, aunque no le creas, lo pagué yo, y completamente al contado. ¿Estamos?

La creí.

—¿Por qué no? ¿Para qué iba a devanarme más la cabeza?

Acto seguido nos miramos los dos, y cosa extraña, fue como si no nos hubiéramos visto nunca. Por lo menos ésa fue la conclusión que saqué yo de mi escrutinio.

Después, ella, en un arranque incontenible, vino a mis brazos ofreciéndome sus rojos labios, que me apresure a besar. A continuación, ambos perdimos la noción de todo, y hasta la del lugar donde nos encontrábamos.

Repentinamente oímos el ruido de la sirena. Entonces Cherry se separó de mis brazos y embrogó. Apretó suavemente el acelerador y

el «Alfa Romeo» se apartó poco a poco del bordillo de la acera, y después se lanzó como una bala en pos del «Ford», que conducía el teniente Kane aprovechando que éste nos abría paso con la sirena.

Como cosa lógica, el registro de mi apartamento resultó infructuoso, y Kane tuvo que marcharse rezongando y con el rabo entre las piernas, como suele decirse.

Apenas quedamos solos, conduje a Cherry al *living* y la hice *sentar en el sofá*.

Mirándola a los ojos pregunté:

—¿Por qué le has mentido al teniente, ricura?

Acto seguido, y sin esperar respuesta, me senté a su lado y la abarqué por la cintura.

—¿Por qué, Cherry? —pregunté de nuevo.

Me miró atentamente antes de replicar, reclinando su linda cabeza contra mi hombro.

—¿Qué importa el día que fue, Cass? Una mujer puede olvidar una fecha, ¿no?

Sonreí.

—Para mí es difícil olvidarlo, Cherry —repliqué diciendo la verdad de lo que experimentaba en aquel entonces.

—La mujer enamorada olvida fácilmente, Cass, sobre todo cuando le interesa olvidar, querido —murmuró ella sin apartar sus verdes y brillantes ojos de los míos.

—¿Eso quiere decir que...?

Por toda respuesta, Cherry se apretó contra mi ofreciéndome los labios, que besé de inmediato.

Cuando un largo minuto después nos separamos, pregunté de nuevo creyendo que tal vez ahora la suerte me sería más propicia:

—¿Dices que estás enamorada de mí, Cherry?

—¡Claro! —replicó rápidamente—. Y te he dado pruebas de ello. De esas que no se olvidan, según tus propias palabras, ¿no?

—Tal vez —repliqué a mi vez—. Pero aún no me has dicho qué tiene que ver contigo ese Felton. Y a propósito —atajé antes de que ella pudiera decir nada—; posteriormente he sabido que es un italoamericano que se llama Murati.

Cherry palideció como una muerta.

—¡Cass! ¿De nuevo a las andadas? Ese hombre no tiene nada que ver conmigo.

—Está bien, monina, tú ganas —repliqué sin aparentar lo que verdaderamente sentía en aquel entonces—. Ahora, ¿quieres contestarme a una pregunta?

Asintió con un mudo gesto de cabeza mientras me miraba sospechosamente interesada, y añadí:

—¿Qué has venido a hacer a mi despacho? Si mal no recuerdo quedamos en que...

—¡Sé en lo que quedamos, Cass, querido! Pero el caso es que no puedo pasar sin ti. Olvídalo, ¿quieres?

Se acercó más a mí y empecé a olvidarlo todo cuando me ciñó el cuello con sus brazos y me besó.

Mientras correspondía a sus caricias pensé que aquella mujer estaba jugando conmigo. Que se estaba burlando de mí. Intenté separarla, pero no pude.

Sus labios eran de fuego. Como toda ella.

Después maldije cuando el estridente timbre del teléfono nos sobresaltó a los dos.

Me levanté separándome de ella mientras mascullaba imprecaciones y me acerqué a él, consultando de paso el reloj.

Eran las nueve de la noche cuando levanté el auricular, mientras que sin dejar de mirarme con los ojos brillantes, Cherry se arreglaba el pelo.

CAPÍTULO XII

¡Wanda Borcher!

¡La había olvidado por completo! La había olvidado, lo mismo que a Riconti, lo mismo que a todo.

¡Cualquiera olvidaría estando al lado de una mujer como Cherry!

¡Pero allí estaba ella!

Allí estaba Wanda, al otro lado del hilo, para recordármelo todo, para recordarme que antes que mi propio yo, en Nueva York, había un italiano que se llamaba Aldo Riconti.

—¿Cass Lyman...?

—Sí, yo mismo. ¿Eres tú, Wanda?

Rió casi alegremente.

—Sí, Cass —replicó inmediatamente después—. Soy yo. He encontrado pasaje para Las Vegas, ¿sabes? Saldré de Nueva York mañana a las diez de la mañana. ¿Vendrás a despedirme?

Quedé pensativo unos cuantos segundos.

¿Por qué no?

—Sí, iré, muchacha —repliqué después.

—Bueno. Te espero en mi apartamento sobre las ocho y media de la mañana. No faltes, Cass. Deseo despedirme de ti, como no he deseado nada en el mundo. ¿Comprendes?

Creí comprender y dije que sí.

—De acuerdo entonces —replicó—. Tú eres la segunda persona a la que he querido despedir.

—¿Quién era la primera, Wanda? —pregunté súbitamente interesado.

—¡Oh! Una amiga mía. La conocí en un cafetúcho de la calle Hudson, junto al puente. Elsa Talbot es una buena amiga mía, Cass.

—¿De la misma camarilla?

—Sí, Cass —replicó ella—. ¿Crees que si no fuera así tendría

amistad conmigo?

No quise replicar a aquello y aduje:

—Bueno, ricura, hasta mañana.

En el acto oí el chasquido de un beso, y colgó.

Me volví encarando a Cherry que se había puesto en pie, con un frunce de preocupación en su bonito ceño.

Pero su abrazo y su beso lo borraron todo de mi mente. Cuando nos separamos dije:

—Anda, monina, voy a acompañarte a tu apartamento.

Abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Por qué, Cass?

—Quedamos en que te llevaría a bailar, ¿no? Y no creo que te dejen pasar a ninguna parte con las piernas como las llevas.

Cherry rió tenuemente.

—Eres el colmo, Cass —replicó después—. ¡Se está tan bien aquí!

Y llevaba razón, palabra.

Después del desayuno, al día siguiente, después de que me vio comprobar la carga de la «Lugger», Cherry se acercó a mí colgándose de mi cuello.

Preguntó después de que nos besamos.

—Vas en busca de Wanda, ¿verdad?

—Ya lo oíste anoche, ¿no? —pregunté a mi vez.

—Sí, Cass.

—Entonces ya lo sabes. Pero no voy a buscarla, si es eso lo que quieres dar a entender. Voy a llevarla al aeropuerto donde va a tomar el avión para Las Vegas. Wanda ha decidido romper con todo esto. Veremos cuándo te decides tú, ricura —pellizqué su barbilla y añadí—: Porque tú sabes muchas cosas, Cherry.

No me replicó.

Bajó los ojos y sin mirarme me acompañó a la puerta.

—Llévate mi coche, Cass —dijo después de besarme—. Y cuídate mucho.

Ponía los pies en la calle cuando tuve la primera desagradable sorpresa de la mañana. El teniente Kane estaba en la acera, en el portal siguiente, con un cigarrillo entre los labios y una socarrona sonrisa en la boca.

Avanzó hacia mí.

—¿Madruga siempre así, Lyman? —preguntó apenas llegar a mi lado.

—¿Y a usted qué diablos le importa, teniente?

Kane no pareció dar importancia alguna a palabras y continuó sonriendo después de quitarse el cigarrillo de la boca.

—No es que me importe mucho, la verdad, Lyman —replicó—. Son cosas del Departamento, ¿sabe? Se les ha metido en la cabeza que le vigilemos.

Pensé en Wanda que me estaba esperando.

Pensé también que no podría quitarme al teniente de encima, y por último pensé que no había nada de malo en que me siguiera al apartamento de Wanda.

Cualquier hombre, sin faltar a la ley, puede acompañar a una mujer cuando le venga en gana.

Sonreí entonces, pero creo que mi sonrisa no fue todo lo convincente que yo deseaba. No fue como debiera ser.

—De acuerdo, teniente —repliqué—. Siempre es una sorpresa agradable sentirse protegido por la policía.

—¡Un cuerno es lo que es, Lyman! —replicó violentamente—. ¿Quiere decir que...?

—Voy a despedir a una amiga —le atajé sin perder la sonrisa—. Iré a su apartamento y después la llevaré al aeropuerto de La Guardia. Sale hoy de Nueva York con destino a Las Vegas. Ahora, teniente, ¿viene usted en el «Alfa» de *miss* Morrison, o vamos en el suyo?

Refunfuñó unas cuantas cosas que no quise entender y después masculló entre dientes:

—Iré detrás de usted, Lyman, pero no intente pasarse de listo.

Puse la cara más inocente del mundo cuando repliqué:

—Por favor, teniente; ¡que soy uno de los mejores contribuyentes de la ciudad!

—¡Un... porras, es lo que es usted!

Se alejó refunfuñando, y me encaminé al garaje donde la tarde anterior Cherry y yo habíamos dejado el «Alfa Romeo» de ella.

Al ponerlo en marcha, por el espejo retrovisor, vi el coche de la policía conducido por el teniente Kane.

Así continuamos, el uno detrás del otro, por espacio de más de media hora, hasta que aparqué el coche un poco antes de llegar al

domicilio de Wanda. Y casi en el acto, el teniente Kane lo hizo inmediatamente detrás de mí.

Descendí y le esperé:

—¿Viene conmigo, teniente? —pregunté apenas si le tuve a mi lado.

—No. Esperaré aquí —replicó.

—¿No teme que me largue por la escalera para caso de incendios? Tenga en cuenta que el coche que he traído hasta aquí no es mío. Por lo tanto me importa poco que se quede en medio de la vía pública, teniente.

Kane frunció el ceño y después replicó:

—No creo que haga esa tontería, Lyman. Si lo hace, cursaré por radio una orden de detención contra usted.

—¿Acusado de qué, teniente?

—Aún no lo sé, pero tenga por seguro de que encontraré algo.

Sabía que era verdad. Que podía hacerlo si le venía en gana.

Por lo tanto, sin pronunciar palabra, di media vuelta y me alejé, llevándole pegado a mis talones.

Pero como había dicho, Kane quedó en la puerta mientras yo penetraba en el ascensor.

Tres minutos más tarde atravesaba el pasillo para seguidamente detenerme frente a la puerta del apartamento de Wanda.

Pulsé el zumbador. Una vez.

Después otra. Más tarde una más. Muchas más. No sé de fijo cuántas más, pero el más absoluto silencio fue la respuesta a mis llamadas.

Acto seguido empujé la puerta.

Vano empeño. Estaba cerrada con llave.

Mentalmente ahora repasé palabra por palabra la conversación que había tenido con ella. Repasé una a una, todo lo que Wanda me dijo por teléfono.

Repentinamente mi corazón se encogió, angustiosamente. Acababa de recordar una cosa.

No intenté forzar la puerta, pero frenéticamente pulsé el botón de llamada del ascensor. Unos minutos más tarde me encontraba en la planta baja, camino de la calle.

Seguramente mi rostro reflejaba lo que sentía en mi interior, porque Kane, apenas si me vio aparecer en el umbral de la puerta,

vino a mí.

Antes de que yo lograra pronunciar una sola palabra, él preguntó:

—¿Qué diablos le ocurre, Lyman?

Tragué saliva y al fin logré pronunciar:

—Esa chica, teniente... Wanda. No contesta.

Kane sonrió con suficiencia, lo que me crispó hasta lo inverosímil.

—Las mujeres son todas iguales —replicó—. Tal vez vino alguien y se dejó acompañar por él.

—En eso es en lo que estoy pensando, teniente. Pero no en que la hayan sacado de su apartamento. Lo que temo, es que la hayan asesinado también.

—¡Está usted loco, Lyman! —replicó.

A punto estuve de perder los estribos, pero logré contenerme con un esfuerzo de voluntad qué me costó un enorme trabajo.

—Nada de eso, teniente —repliqué—. Escuche...

Punto por punto relaté todo lo ocurrido entre Wanda y yo, sin omitir una coma.

Después añadí:

—¿No lo comprende, teniente? La muchacha quería romper con todo esto. Por eso se marchaba de Nueva York. Pero se despidió de otra persona cuyo nombre no quiso decirme por teléfono —mentí ahora con todo cinismo—. Apuesto a que la han asesinado como a las demás. Como a Cora Lancaster, como a mi secretaria y sin que ésta fuera una de ellas. Sé positivamente que la desgraciada que cae en las garras de esa gentuza, de esa organización, lo hace para toda la vida. Ya le he dado un ejemplo: Cora Lancaster. ¿Qué me responde ahora, teniente? Por lo...

—Vamos —me atajó rápidamente—. Abriremos esa puerta, pero será bajo su absoluta responsabilidad. ¿Sabe lo que significa eso, Lyman?

Asentí en silencio, y ocho minutos más tarde ambos nos encontrábamos frente a la puerta del apartamento de Wanda.

Kane se adelantó para examinar la cerradura. Después de hacerlo durante unos cuantos minutos volvió el rostro hacia mí.

—Sigo pensando que esto es una locura, Lyman —dijo—. Sigo...

—¡Poco me importa lo que piense, teniente! —exclamé ya del

todo colérico—. O abre esa puerta, o la echo abajo.

Sin decir nada, pero con la cara como la de un perro de presa, el teniente Kane extrajo de su bolsillo un manojo de ganzúas.

Para él, el abrir aquella cerradura fue cuestión de pocos minutos.

Finalmente, cuando la puerta del apartamento de Wanda estuvo abierta, Kane volvió de nuevo el rostro hacia mí y dijo:

—Vamos a entrar, Lyman; pero si no resulta cierto...

—Déjese ahora de amenazas y vamos dentro —atajé fríamente.

Lo hicimos así, encendiendo las luces ya que todo estaba cerrado, y por lo tanto el apartamento permanecía en la más completa oscuridad.

Wanda estaba en su dormitorio.

Salvo una pulsera de oro en la muñeca derecha, no llevaba nada más sobre su hermoso cuerpo de diosa.

Wanda estaba muerta.

Asesinada, ya que no creo posible que nadie sea capaz de darse en el cuello una cuchillada como aquélla.

Lentamente me acerqué hirviendo de cólera, siguiendo los pasos del teniente Kane que se había adelantado.

Le dejé hacer mientras la miraba. Mientras multitud de canallascas ideas cruzaban mi mente. Después, como en sueños, le oí decir:

—Llevaba usted razón, Lyman. La han asesinado.

Repliqué mordaz.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre, teniente? A esa deducción había llegado yo también mucho antes de que usted abriera esa puerta.

—Por ahora es todo lo que se me ocurre, Lyman —replicó secamente, yendo a la mesita donde estaba situado el teléfono.

Le dejé discando y fui al *living donde me preparé un whisky doble con soda*.

Era muy temprano, pero necesitaba algo fuerte. Muy fuerte para asimilar todo aquello.

Mientras bebía lentamente me dejé caer en el sofá y esperé. Esperé hasta que los del departamento de huellas lo invadieron todo. Hasta que vino el forense para hacerse cargo del cadáver.

Hasta que la larga y blanca ambulancia se la llevó haciendo

sonar lúgubrementemente su sirena.

Entonces Kane y yo nos enfrentamos. Los demás se habían ido ya, dejándonos solos, y sin que yo me hubiera dado cuenta de nada.

Vino a sentarse a mi lado, en el sofá, y entonces preguntó:

—¿Va a hablar aquí, o prefiere hacerlo en el precinto, Lyman?

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que usted sepa, pesquisa —fue su categórica respuesta.

—Es bien poco, teniente —repliqué de inmediato—. Casi nada, ya que le he dicho en la calle todo cuanto sabía.

—Pero callando el nombre de la persona de la cual ella se despidió, Lyman.

—Lo callé porque Wanda no me lo dijo, teniente —repliqué fríamente y mintiendo como un bellaco—. Por otra parte, ya sabe quién es el asesino sin necesidad de que yo se lo diga. Él, o alguno de sus sicarios. Entre ellos lo hicieron. Por lo tanto, no trate de cargarme el mochuelo, porque eso no sirve, teniente. Usted mismo, con su descabellada vigilancia me ha proporcionado una coartada irrefutable delante de cualquier tribunal donde se ha de jurar sobre la Biblia. Usted mismo es el que se ha cerrado toda posibilidad de cazarme, como ya juró un día bastante lejano por cierto, teniente Kane. Por lo tanto, sabiendo quién es el asesino, como lo sabe, ¿por qué me molesta a mí? ¿Por ganas de perder tiempo? ¿Por antipatía personal, teniente? En vez de esto, ¿por qué no se larga y trata de encontrar a Riconti? Llévelo al precinto. Interróguelo. Aplíquele el tercer grado hasta que hable —reí sordamente sin poderme contener, y con estupor vi cómo mi inopinada risa le sobresaltada—. Pero nada se puede hacer contra el gran Aldo Riconti, ¿verdad? y bajo ningún pretexto.

Hice una pausa en espera de que me interrumpiera, pero al parecer, el teniente Kane estaba muy interesado con la puntera de sus botas, para prestar atención a un pesquisa como yo.

Pero continué, intuyendo que a pesar de mirarse las botas, Kane estaba pendiente de mis palabras:

—Otra sería si se tratara de mí o de una de esas desgraciadas a las que él ha hundido en el vicio y la depravación más espantosa. En las drogas, ¿verdad? Pero Riconti es un personaje demasiado influyente y hay muchos intereses en juego, ¿no es así, teniente?

Millones de dólares, todos procedentes del tráfico más nauseabundo de nuestros días.

Hice una corta pausa y proseguí sin que Kane me interrumpiera una sola vez:

—Pero voy a matarle, teniente Kane, aunque sea lo último que haga en esta vida. Yo nada tengo que perder ni ganar en todo esto, pero quiero que todas esas personas respiren tranquilas, y que los muertos descansen en paz. Voy a hacerlo, por encima de usted, y por encima del

F. B. I.

¿Entiende bien esto, teniente? Ahora, si lo desea, puede detenerme. Hágalo, y tan pronto como me suelte iré con toda esta historia a la «United Press». ¿Sabe lo que significa esto? Pues si no es así, se lo diré yo, teniente. La radio, la televisión, los periódicos más o menos sensacionalistas de la nación. Y se le echarán encima lo mismo que lobos hambrientos, haciéndole montones de preguntas a las cuales le será muy difícil contestar, teniente. ¿Comprende? —Me puse en pie y continué—: Deténgame, Kane, me haría un favor.

Su rostro estaba ceñudo cuando acabé de hablar.

—Escuche, Lyman —replicó suavemente—; sé lo que le pasa. No crea que no lo comprendo, pero razone un poco y verá cómo también yo tengo parte de razón. Yo, lo mismo que usted, también sé quién es Aldo Riconti, pero no puedo hacer nada por ahora. Se le vigila, pero discretamente. No soy yo el que tiene miedo, sino los de arriba. Ellos son los que me frenan. Los que nos frenan a todos, ¿comprende? Si algún día hay el más leve indicio, la más ligera prueba contra él tenga por seguro que no escapará.

—Y mientras tanto...

—Entretanto, nada puedo hacer. Compréndalo, Lyman.

—Usted no, pero yo sí, teniente —repliqué—. Yo también tengo mi propia justicia.

—Está usted cansado y un tanto ofuscado, Lyman. ¿Por qué no se marcha a casa y trata de descansar? Dentro de unas horas puede que no vea la cosa tan negra.

—¿Descansar? —pregunté lleno de ironía—. ¿Y llevándole a usted pagado materialmente a mis talones?

—Puede ir tranquilo, Lyman —replicó ante mi estupor—. Creo que por ahora, esa vigilancia ha terminado.

Pero yo sabía que no era así.

Tan pronto como me alejara, él telefonaría al precinto más próximo. En contados segundos tendría detrás de mí a todo el departamento policial de Nueva York, y tal vez al propio

F. B. I.

Tampoco había que olvidar al agente especial Devoe. Finalmente nos fuimos.

Kane subió al «Ford» de la policía y desde la ventanilla adujo mirándome seriamente:

—Creo, o mejor dicho, estoy empezando a creer que es usted todo un tipo, Kane. Sentiría que se metiera en un mal naso.

Arrancó antes de que yo pudiera replicarle con algo, y entonces me di cuenta, con el consiguiente estupor, que era más de mediodía.

Subí al coche de Cherry y busqué un «*snack-bar*». Acomodado en la barra pedí un bocadillo y una cerveza.

Estaba pensando en Wanda y en Aldo Riconti.

¿Ir a verle en su propio apartamento? ¿En aquel momento?

CAPÍTULO XIII

Un rato después abandoné la barra y salí a la calle.

¿Buscar a Riconti en su propia madriguera, o tratar de ponerme en contacto con Cherry para decirle lo que le había ocurrido a Wanda? ¿O para preguntar si sabía el domicilio o el lugar que frecuentaba aquella Elsa Talbot?

Opté por lo segundo.

Por lo tanto conduje hasta la calle Diez y Siete y una vez en ella lo estacioné frente a una cabina telefónica. Empecé a discar.

Cherry no estaba en su apartamento. Tampoco se encontraba en el mío.

Continué discando, y cuando ya desesperaba de encontrarla, se me ocurrió telefonar a la agencia.

Estaba allí.

Mi contestación a la pregunta de quién llamaba fue:

—Cass, monina —hice una pausa sin que me interrumpiera y pregunté—: ¿Qué haces ahí?

Cherry rió tenuemente durante unos segundos y al fin replicó:

—Estoy haciendo las veces de la pobre Ethel. Me aburría, ¿sabes? Oye; ¿por qué no me invitas a comer en cualquier parte? Dime ¿dónde estarás e iré a buscarte?

La dejé hablar sin interrumpirla y después pregunté:

—Necesito una pequeña información, querida. ¿Puedes proporcionármela?

Quedó silenciosa bastante rato y me di cuenta de que la había sorprendido. Puede que ahora, con mis siguientes palabras, se sorprendiera aún más.

—¿Qué quieres saber, Cass?

Cherry hizo la pregunta vacilante, como si tuviera miedo de algo.

—¿Conoces a una mujer llamada Elsa Talbot?

La pausa que siguió, larga en demasía tuvo la virtud de crisparme los nervios. Después, Cherry replicó lentamente, como si le costara un inmenso esfuerzo hacerlo:

—Sí, Cass, la conozco.

—¿Sabes dónde vive? Haz memoria, nena, que es cuestión de vida o muerte para alguien, preciosa —mentí con el mayor cinismo.

Vaciló de nuevo, pero ahora, Cherry no tardó tanto en dar la respuesta.

—No sé sus señas, pero frecuenta o frecuentaba uno de los tugurios de la calle Hudson. El «Gallo de Oro», Cass. ¿Qué ha ocurrido?

Contesté con otra pregunta:

—¿Cómo es ella, Cherry?

—Morena y de ojos negros. Es... Bueno, es bastante hermosa aunque ya ha pasado de la edad discreta en una mujer. ¿Vas a ir a verla?

—¿Alguna seña particular, tesoro?

Calló de nuevo, y esta vez su silencio duró más.

—Sí, Cass —replicó por fin—. La Talbot tiene un lunar, y no postizo, encima de la ceja izquierda. No se lo pinta nunca. Está orgullosa de él. Dice que le da personalidad.

Hice la siguiente pregunta con toda rapidez:

—¿A qué hora suele estar en el «Gallo de Oro», monina?

—Antes iba a las nueve de la noche. Ahora no lo sé, Cass. ¿Vas a ir a verla?

Colgué sin replicar, crucé la calle después de abandonar la cabina telefónica y entré en un bar situado una docena de yardas más abajo de donde yo me encontraba.

Pedí un *whisky* y ante la mirada asombrada del *barman* me lo bebí de un trago y después pedí otro.

Bebí ahora lentamente.

Pensaba en Cherry.

En Cherry, que me había preguntado si iba a ver a Elsa Talbot. Desde luego, sí; iba a entrevistarme con ella.

Iba a matarla si podía. Si había sido ella la que denunció a Wanda Borchert, diciendo que ésta se ausentaba definitivamente de Nueva York. A ella o a su amigo. Sabía que la Talbot también lo tendría, y de una manera obligada.

Bebí el *whisky* casi sin respirar y pedí otro. Después tomé uno de los periódicos que había encima del mostrador y le di un repaso.

Deseaba hacer tiempo, ya que en muy poco espacio del mismo habían ocurrido infinidad de cosas y deseaba assimilarlas poco a poco.

Cierto que el poco que faltaba para las nueve de la noche se me hubiera hecho corto de aceptar la sugerencia de Cherry, pero cierto también, que ella, con sus besos, con sus caricias, me habría hecho olvidar algo que no deseaba en modo alguno.

Me hubiera hecho olvidar todo lo que me había propuesto.

Y lo que me había propuesto era acabar con aquel estado de cosas lo más rápidamente posible. Aldo Riconti no se estaría quieto por mucho tiempo. No, no me dejaría tranquilo ni mucho menos.

Tres mujeres habían muerto.

Tres desgraciadas, una de las cuales había muerto precisamente porque deseaba evadirse; porque deseaba romper, y de una vez para siempre, con aquella sucia cadena que la sometía a la más moderna esclavitud de nuestro tiempo.

Tenía que obrar rápidamente. Para aquella misma noche tenía un par de visitas bastante sabrosas. El plomo caliente iba a abundar bastante, y por eso no quise mezclar a Cherry.

Estaba seguro de que si ella venía a mi encuentro, o era yo el que iba al suyo, Cherry no me dejaría solo ni un solo segundo.

¡Cherry!

Una mujer hermosa que para mí seguía siendo un misterio. Como Murati, el elegante «gangster» italoamericano que la acompañaba a todas partes. Que la acompañaba y que...

Era mejor no pensar en ello.

¿Pero por qué, si ella ya no pertenecía a aquella nefasta organización?

¿Cómo había logrado desligarse de ellos sin sufrir el castigo pertinente?

Era y continuaba siendo un misterio para mí, que tal vez un día no lejano, si es que antes yo no tropezaba con una bala, descifraría con o sin la ayuda de ella.

Miré el reloj. Las cinco de la tarde. Aboné lo consumido y regresé a la calle. Conduje el «Alfa» durante una hora, sin rumbo fijo, y después entré en un cine donde vi una película corta.

Me aburrí, pero el caso era matar el tiempo hasta que llegaran las nueve de la noche. Otra cosa hubiera sido de saber Cherry las señas de la Talbot.

Eran las ocho y media de la noche cuando de nuevo empuñaba el volante para encaminarme, ahora directamente, hacia la calle Hudson.

Hacia un tugurio llamado pomposamente «El Gallo de Oro».

Aparqué el coche un par de cuadras antes de llegar, no deseando llamar la atención en aquella calle con un automóvil como el de Cherry.

Después avancé calmosamente, mirando a uno y otro lado de la calzada.

Por fin, las letras luminosas del «Gallo de Oro» aparecieron delante de mis ojos.

Empujé la acristalada puerta, tan sucia que no dejaba ver desde la calle el interior del tugurio, y en el acto me vi envuelto en la pestilencia del ambiente corrompido y nauseabundo.

Muchos se volvieron a mirarme. Adiviné lo que estaban pensando. Para ellos, para ellas, acababa de entrar uno de la «bofia». Y entonces por primera vez, me di cuenta de que mi cometido se iba a presentar difícil.

Pero aun así me acerqué a la barra procurando no fijarme en nadie, procurando aparentar naturalidad.

El hombre que había detrás del maloliente mostrador tenía todo el aspecto de un cargador de muelle, y su cara brutal y carente de toda cordialidad.

Me miró con los ojos reflejando odio.

Lo mismo que los demás, él también me había tomado por un policía o poco menos.

—Ginebra —dije antes de que preguntara nada.

El tipo me la sirvió casi en el acto, y después se retiró prudentemente, pero sin perderme de vista con sus ojos viscosos como los de un crótalo.

Tomé la copa sin ánimo de beber, ya que a nadie le gusta que lo envenenen, y ahora sí que miré en torno.

A las mujeres sobre todo. Buscaba una morena de ojos negros, hermosa aún, según las palabras de Cherry.

Entonces la vi.

Sentada en una mesa, con la estrecha falda subida muy por encima de medio muslo, y con toda la naturalidad de la que aquel ambiente le es sobradamente conocido.

La copa estuvo a punto de escapárseme de la mano, porque la mujer que yo estaba mirando no era Elsa Talbot, sino la propia Cherry.

A su lado había otra mujer, que tampoco debía de ser la que yo buscaba.

Estuve a punto de beberme la copa sin temor a un envenenamiento, y cuando me di cuenta de que la llevaba a mis labios la deposité de nuevo en el mostrador, dando con ello la espalda a Cherry y a la otra mujer.

Las conversaciones continuaban, pero las miradas no se apartaban de mí. Noté que el ambiente se estaba cargando mientras me preguntaba qué hacía Cherry en un tabuco como aquél.

Mis pensamientos se embrollaban más y más, y mis ojos iban de vez en cuando hacia la puerta, pero la mujer morena no entraba.

De mis pensamientos me sacó una mano que se posó en mi brazo. Me volví para mirar y ella dijo antes de que pudiera pronunciar una sola palabra:

—¿Me invitas a una copa, guapo?

Lo dijo tan alto, que fueron muchos los que la oyeron, y entre ellos el *barman, que se nos acercó en el acto.*

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Qué quieres tomar, monada?

—Lo mismo que tú. Un poco de ginebra.

Calló mientras la servían. Después habló, pero no lo hizo hasta que el *barman se hubo retirado de nuevo.*

—Elba Talbot vive al final de esta misma calle, en una casa de apartamentos. Pero ten cuidado que no está sola, ¿sabes? El número es el 804, piso octavo, letra F.

Miré a Cherry, comprendiendo al fin.

Ella, al telefonarla yo, comprendió lo que me proponía. Pero también comprendió algo más. Que a mí me sería difícil, por no decir imposible, el que alguien me facilitara las señas de Elsa Talbot.

El barman y los demás no nos perdían de vista. Cherry era muy hermosa, pero debía de hacer mucho tiempo que no iba por aquel nauseabundo tabuco.

Como si adivinara en lo que yo estaba pensando, habló ahora en alta voz mientras empezaba a beber a pequeños sorbos la copa de ginebra.

Sentí frío por ella y la admiré al verla.

Continuamos la conversación por un rato más, hasta que ella se despidió diciendo:

—Bueno, chico. Hasta otro día. Y gracias por la copa.

No repliqué ni la seguí con la mirada cuando fue a sentarse de nuevo al lado de aquella mujer que yo no conocía, ni me hacía falta conocerla, dicho sea de paso.

Consulté el reloj. Las nueve y treinta y cinco minutos.

Dejé pasar otra media hora antes de abonar la copa de Cherry, que ella bebió sin un solo parpadeo, y la mía, que lancé al suelo tan pronto como el *barman se distrajo un poco*.

Después salí a la calle. Miré la numeración de las casas para orientarme.

Después continué por la misma acera donde estaba enclavado el «Gallo de Oro», hasta el número 804.

Había una pestilente arpía en la puerta.

Tan vieja como Matusalén, con unos ojillos grises, vivos y brillantes que me taladraron hasta la medula de los huesos.

No intenté pasar de rondón sabiendo que la vieja arpía no me lo permitiría, a menos que antes no se enterara de lo que estaba haciendo un caballero como yo (según ella), en un barrio portuario como aquél.

Por lo tanto me acerqué decididamente y dije:

—Busco a la Talbot. ¿Sabe si está en su apartamento?

Me miró de pies a cabeza, y luego escupió al suelo despectivamente.

Sentí náuseas.

Entonces le mostré un billete de diez dólares.

—Vamos, vieja —dije—, ¿está o no está?

No me replicó.

Volvió a escupir en el suelo, y me quedé con las ganas de golpearla, pero tenía canas y era mujer. Un verdadero contratiempo para el que tiene el genio vivo como yo.

Guardé los diez dólares y saqué uno de veinte. Los ojillos grises se animaron un tanto.

—¿Está la chica?

Ahora sí dejó oír su cascada voz mientras alargaba hacia mí su sarmentosa mano, más sucia que el tabuco que acababa de abandonar.

—Está arriba, guapo —replicó.

Ensayé una nueva pregunta, pensando en si me iba a costar otros veinte dólares:

—¿Sola?

—Eso tendrás que averiguarlo tú, rico.

Fue entonces cuando tuve una idea que conceptué de divertida. La aparté de un empujón y entré guardándome de paso los veinte dólares.

Maldijo detrás de mí, pero no me siguió.

Piso octavo.

La puerta.

Entornada. La Talbot no estaba sola. Oí el rumor de una conversación y adiviné que era en el *living*.

Avancé a tientas mirando la tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta, después de trasladar la «Lugger» de la funda de la axila al bolsillo de la chaqueta.

Empujé la puerta.

El tipo era alto y delgado. Moreno también, y de pelo rizado. Guapo, según el concepto que tengan las mujeres de la belleza varonil, ya que a mí me pareció un tanto afeminado.

Ella era hermosa. Cherry tenía razón.

Muy hermosa. Una bella y provocativa morena de unos treinta y cinco años, con todo lo que una mujer debe tener para el gozo de la vista.

Ambos se pusieron en pie al verme.

El tipo se llevó en el acto la mano al bolsillo del pantalón, yo introduje la mía en el de la chaqueta. Se inmovilizó en el acto.

Después preguntó suavemente:

—¿Qué busca aquí, fisgón?

Sin replicar por el momento di un par de pasos y me planté frente a ellos en el centro del *living*.

—La busco a ella —repliqué después.

—¿Por qué?

Miré de soslayo a Elsa Talbot y después repliqué:

—Por el asesinato de Wanda Borchers, querida.

Y aquello fue todo, al menos por el momento.

El tipo, tal vez creyendo que la cosa ya estaba madura, que la pregunta de su amiguita, y mi respuesta, me habían distraído, se lanzó contra mí.

Extraje la «Lugger» y me desplacé a un lado.

De pasada le golpeé con el cañón en plena faz, y se desplomó al suelo con un aullido. Fui a avanzar, y entonces fue ella la que me cayó encima como una tigresa que defiende sus cachorros.

Noté cómo sus uñas se clavaban en mi cara y giré sobre mí mismo intentando quitármela de encima.

Apenas si lo conseguí, cuando el tipo aquel se puso en pie llevando en la mano uno de esos puñales automáticos. Vi brillar la hoja y estuve a punto de utilizar la automática, pero no lo hice. Le necesitaba vivo.



Disparó y...

4 - TRÁFICO

Entonces empecé a retroceder lentamente hacia la pared.

La sonrisa de aquel tipo, mientras avanzaba hacia mí, era sucia.

—¡Maldito bastardo! —masculló—. Ya te enseñaré yo. Junto al sofá, Elsa Talbot nos miraba con las manos sobre los opulentos senos.

CAPÍTULO XIV

Y continué retrocediendo hasta que mi espalda tropezó con la pared.

El tipo se detuvo unos segundos frente a mí. De nuevo vi brillar la hoja, y ahora me pareció que brillaba con la misma maligna magnitud de sus ojos.

Repentinamente saltó.

Esquivé mediante un esguince y por puro milagro.

Después, de pasada, sujeté su muñeca con una llave de judo. Unos segundos más tarde, el tipo volaba sobre mi cabeza para ir a estrellarse contra la pared opuesta.

Tenía bastante. Estaba seguro de ello.

Por lo tanto me volví para encarar a Elsa Talbot. La hermosa y exuberante morena tenía en la mano una pequeña automática calibre 22. Un juguete a mayor distancia, pero que allí, tan peligrosa como mí «Lugger».

Disparó justo en el momento en que yo saltaba sobre sus hermosas piernas desnudas. El proyectil arañó mi cuero cabelludo, pero las piernas de ella estaban ya entre mis brazos.

Rodamos los dos estrechamente abrazados, y confieso sin rubor, que la golpeé sin miramiento alguno lanzándola contra la pared, en sentido opuesto a dónde se encontraba su amante.

Me volví al pensar en éste.

Fue a tiempo. El tipo afeminado estaba sacando la automática. Por lo visto, el golpe que se llevó contra la pared no había sido lo suficientemente fuerte como para ponerlo fuera de combate.

Tampoco le di tiempo.

Salté contra él y finté con la izquierda. Blocó con el brazo derecho abandonando la culata del arma, y por lo tanto descuidó mi derecha.

Una derecha que llevaba sujeta una pesada «Lugger» de gran

calibre.

La disparé, y el pesado cañón de la misma trazó un surco sangriento en su mejilla, desde más abajo de la sien hasta la misma mandíbula.

Gimió un segundo antes de que le disparara el puño izquierdo, que entró en contacto con la punta de su barbilla enviándole acto seguido a la región de los sueños.

Miré detrás de mí.

Con la ropa por la cintura, Elsa Talbot estaba caída en el suelo, junto a la pared, y continuaba sin moverse. Un poco más allá, al lado de una de las patas del sofá, vi su pequeña automática.

Me acerqué, la recogí, guardándola en mi bolsillo, y acto seguido busqué el dormitorio.

Allí hice tiras una sábana, y momentos después convertí al tipo aquél en un fardo que llevé al sofá. Sabía que era una tontería, pero siempre me había gustado que la gente se encontrara cómoda en todas las ocasiones.

Al volverme de nuevo para mirarla a ella, me di cuenta de que estaba despertando de su forzado sueño.

Me acerqué para ayudarla.

Y lo hice golpeándola en las mejillas con ambas manos.

Al fin Elsa abrió los ojos y me miró.

—Ponte en pie, ricura, que vamos a hablar los dos —dije tomándola del pelo para obligarla.

Tenía lágrimas en los ojos cuando se levantó, pero no sentí por ella el menor asomo de lástima o piedad.

—Vamos, querida —continué—, quiero que me digas quién mató a Wanda Borchers, a Cora Lancaster, y a una tal Ethel. Sobre todo a esta última, ¿entiendes? Sé que la primera se despidió de ti. Ella me lo dijo por teléfono. Por lo tanto, tú dijiste algo a alguien y la liquidaron. ¿Quién fue?

—No sé de qué me está hablando.

Lancé la mano derecha contra su boca y Elsa se vino al suelo con los labios partidos. La golpeé de nuevo, esta vez con el pie, y la oí gemir.

—Habla o te destrozaré a golpes —añadí—. Fuiste tú, ¿verdad?

Levantó sus ojos hacia mí e hizo un gesto desdeñoso con la boca.

—¿Qué diablos te importa a ti, fisgón?

No repliqué a su pregunta.

La prendí de nuevo por el pelo y la abofeteé mientras la obligaba a ponerse en pie.

Conseguido esto, la golpeé de nuevo y se vino abajo boqueando como si fuera un pez fuera del agua, y me aparté.

Cayó de rodillas junto a mis pies y esperé a que se recobrara un poco.

Entonces dije fríamente:

—Esto es sólo el principio, querida. ¿Quién mató a la chica? ¿Quién avisó de que se iba?

Levantó de nuevo su rostro hacia el mío y vi su gesto desafiante.

—Si no hablas, voy a destrozarte el pellejo a tiras, ricura — advertí suavemente.

La golpeé el rostro con ambas manos y rodó por el *living lo mismo que una pelota*.

No sentí piedad por ella, pero sí asco por mí mismo. Asco de mí mismo por lo que estaba haciendo. Por lo que tenía que hacer.

Esta sensación me hizo avanzar hacia ella con ánimo de acabar de una vez. Y fue entonces cuando gritó en tono histérico:

—¡Fue él! ¡Fue Don Peters! ¡Él las mató a las tres! Respecto a Wanda, yo sólo le dije que se marchaba de Nueva York y nada más.

Con el brazo extendido, Elsa señalaba al tipo guapo que continuaba descansando sobre el sofá sin conocimiento.

Sé que entonces hice mal, pero no pude contenerme. El recuerdo de Wanda, la cuchillada que presentaba en el cuello, Cora Lancaster con un balazo en la sien, la pobre Ethel que no quise ver en la Morgue y cuyos funerales se celebrarían al día siguiente, o sea, dentro de muy pocas horas, pudieron más que yo, más que mi voluntad. Y la golpeé de nuevo.

Elsa perdió el conocimiento.

Entonces la tomé entre mis brazos, la llevé al sofá depositándola al lado de Don Peters, y con el resto de la sábana la até también. Después contemplé mi obra y acto seguido registré al tipo.

Bajo la axila izquierda llevaba una «Colt» calibre 45. Una «Colt» según pensé en el acto, que el teniente Kane daría su vida entera por poder encontrar para llevarla a continuación al Departamento de Balística.

Mirándoles, y mientras pensaba en esto, enfundé la «Lugger» e

introduje la «Colt» en el bolsillo derecho de la americana. Después fui por uno de los sillones y me senté frente a ellos, esperando.

Todavía quedaba algo por averiguar.

Fue Peters quien abrió primero los ojos. Hizo una mueca al verme y al punto su rostro se crispó de dolor.

No le di respiro.

Cuando comprendí que estaba bastante lúcido para atenderme con claridad, espeté:

—Tu chica dijo que tú «apiolaste» a la Borchers. Vas a ir a la silla, cariño. ¿Quién te dio el encarguito?

Abrió mucho los ojos y despuésladeó un tanto la cabeza. Elsa Talbot tenía los ojos abiertos.

Y no le dejó decir nada, ya que empezó a hablar con la misma rapidez que una ametralladora.

—¡Fue él, pesquisa! —dijo—. Él, quien la mató, lo mismo que a las otras. Lo mismo que a Cora Lancaster. Pero recibió órdenes de hacerlo.

Les miré a los dos, y acto seguido le enfrenté definitivamente.

—¿Quién te dio la orden, perro? —pregunté.

—¡Averígüelo, pesquisa! Por otra parte, yo no las maté. Elsa tiene miedo y por lo tanto miente.

Me puse en pie en el acto yendo en busca del cuchillo que brillaba en el centro del *living*. *Lo recogí y acto seguido me enfrenté de nuevo con Don Peters.*

Arañé su garganta con la punta.

—Será mejor que hables, querido —dijo—. O voy a dejarte la cara lo mismo que el mapamundi; ¿comprendes?

—No... No se atreverá.

Apreté un poco. Gimió y la sangre saltó de la diminuta herida. Pero fue ella, Elsa, la que perdió los nervios por segunda vez.

—La orden se la dio Tex Sheldon, pesquisa. Sheldon tiene una bolera en el Bronx.

Dio las señas.

Y habló. Habló sin necesidad de que yo tuviera que preguntar nada más, según creo, impulsada por el miedo. Y dijo mucho, muchísimo más de lo que yo podía esperar.

Por lo tanto, cuando Elsa acabó con lo que pudiera llamarse su confesión, hice lo único que cabía hacer. Me puse en pie y me

acerqué al teléfono mirándoles risueño.

Disqué, y al otro lado oí una voz que preguntaba quién llamaba.

Di la respuesta correcta y unos segundos más tarde estaba en contacto con el teniente Kane.

—Soy Lyman, teniente —dije—. Aquí le tengo preparados un par de pajaritos. Si con lo que les saque no consigue las suficientes pruebas contra Aldo Riconti, para enviarle a la silla, me corto el cuello.

—¿Qué ha ocurrido, Lyman?

—Nada. Una discusión que por esta vez ha resultado en favor mío. —Hice una ligera pausa en la que no me interrumpió y acto seguido continué—: Tengo aquí al asesino de la Borchers, teniente. Si le aprieta un poco, puede que le diga también quién, asesinó a Cora Lancaster y a mi secretaria, y por orden de quién lo hizo.

—Explique eso, ¿quiere?

Sin replicar a su pregunta me limité a darle las señas de la parejita y colgué antes de que pudiera decir nada más.

Antes deirme lancé un beso a Elsa, con la punta de los dedos, y cerré suavemente a mi espalda.

El teniente Kane, de la Brigada de Homicidios, se encargaría de los dos.

La vieja arpía estaba en la puerta de la calle cuando la alcancé. Detrás mío la oí maldecir de nuevo, entre dientes, pero continué calle abajo como si tal cosa.

No me detuve frente a la puerta del «Gallo de Oro», ni siquiera para averiguar si Cherry aún continuaba allí.

Después, un rato más tarde, conduje el «Alfa» hasta el garaje donde Cherry lo guardaba, y media hora más tarde me encontraba viajando bajo tierra, en el metro, camino del Bronx.

Hacia una bolera propiedad de un hombre llamado Tex Sheldon. Y Tex Sheldon era uno de los nombres que Cora Lancaster me diera antes de morir.

Eran también, los dos nombres que Elsa Talbot me dijera cuando habló en su apartamento, momentos antes.

Abandoné el metro justo una cuadra antes de llegar a la bolera.

Los tipos eran los comunes en esta clase de establecimientos. Los había de todas las categorías morales, y por lo tanto no llamé la atención como lo había hecho en el «Gallo de Oro».

Como digo, entré y miré en torno. El salón era inmenso, rectangular. Al fondo, pegada a la pared de la derecha vi una escalera de cemento y al final de la misma algo parecido a una acristalada cabina.

Adiviné que aquello era el despacho del «gangster», pero aun así, pregunté al primero que me vino a mano:

—Oiga, amigo, ¿puede decirme dónde se encuentra Sheldon? —dije.

Me miró de pies a cabeza con gesto de desconfianza, pero al parecer no vio nada de sospechoso en mí, ya que replicó señalando la acristalada cabina, tan sucia como lo estaba la puerta de entrada del «Gallo de Oro».

—Está arriba, pero no creo que Tex le reciba ahora. Tiene compañía, ¿sabe?

—¿Una chica? —pregunté pensando en qué desgraciada habría caído ahora en sus sucias garras.

El individuo aquel rió tenuemente.

—¡Oh, no! —replicó—. Es un hombre. Negocios, ¿sabe?

—¡Ya! —repliqué—. Eso no importa. No tratándose de una chica, Sheldon me recibirá.

Di las gracias y avancé resueltamente hacia la escalera por la cual empecé a subir, palpando el bolsillo de la chaqueta donde reposaba la «Colt» 45 que le había quitado a Peters.

Empujé la puerta sin llamar y después la cerré a mi espalda.

En el acto supe quién era Tex Sheldon, ya que se encontraba sentado detrás de una pequeña mesa despacho, casi tapándola con su enorme humanidad.

Era alto, gordo, grasiento y fofo. Como una bola de nauseabundo sebo, completamente calvo, y en su cara de luna llena brillaban dos ojillos pequeños y malignos.

Intentó ponerse en pie cuando me vio entrar y después se dejó caer de nuevo en el sillón, que gimió bajo su peso.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos busca aquí?

No repliqué.

Estaba mirando de soslayo al otro individuo.

Era todo un contraste con Sheldon.

También alto, pero enormemente delgado. Moreno, lo mismo que un meridional. Elegante bajo su bien cortado traje gris. Zapatos

negros, brillantes, nariz recta y fina y labios gruesos y carnosos.

Llevaba unas gafas negras con montura de oro, tal vez para ocultar el color de los ojos o cualquier defecto que tuviera en ellos.

Sheldon repitió ahora la pregunta, en tono seco, y entonces le miré abiertamente.

—¿Quién de vosotros dos es Sheldon? —pregunté a mi vez.

Se tocó el pecho con un dedo tan grueso como una morcilla.

—Yo soy Sheldon —replicó—. ¿Y usted quién es que se atreve a...?

—No se sofoque, Sheldon —repliqué—. He venido porque deseo hablar con usted en privado. Me manda un amigo de los dos. Don Peters es el hombre.

—¿Y qué quiere de mí ese sucio bastardo? Vamos, desembuche pronto y lárguese. ¿No ve que estoy tratando de negocios y...?

—Dije en privado, Sheldon —atajé—. El asunto es bastante importante, créame.

Me miró, y acabó por clavar sus porcinos ojos en el tipo de las gafas con montura de oro, que ni se había movido ni decía nada.

Sonrió después, y su sonrisa de sapo me produjo náuseas.

—¿Lo dice por él? —preguntó—. ¡Bah! Phil Chesney es de confianza.

Estuve a punto de sonreír ya que la ocasión se me mostraba propicia aquella noche.

Porque Phil Chesney era el otro nombre que yo conservaba en mi memoria. El segundo agente en activo de Aldo Riconti.

Una hiena mucho más nauseabunda que Don Peters y que Sheldon juntos.

Di unos cuantos pasos hacia atrás y me coloqué a su lado, en un ángulo desde el cual pudiera verles a los dos.

Entonces me presenté.

—Me llamo Cass Lyman y soy detective privado, Sheldon —dije—. Vengo por usted. Esa chica, la Talbot y su amigo Peter están en poder de la policía. El barco se te hunde, Sheldon. Han cantado y la «poli» sabe que fuiste tú quien ordenó liquidar a la Borchers, y a esa otra chica; a la bailarina del «Tigris».

Los dos se pusieron violentamente en pie.

Me encontraba más cerca de Chesney que de Sheldon, cuya mesa de despacho me impedía acercarme a él. Por lo tanto avancé una

zancada y acto seguido, con un cruzado de izquierda, envié a Chesney y sus gafas contra el sillón.

En el acto la mano derecha de Sheldon voló materialmente hacia su axila izquierda, e introduje la mía en el bolsillo de la chaqueta. Hasta el más lerdo hubiera comprendido que allí había una automática. Por lo tanto, Sheldon lo comprendió también.

Inmovilizó la mano y miró a Chesney.

—Yo no tuve que ver nada con la muerte de Cora Lancaster —declaró—. Fue Chesney...

—No me metas a mí en esto, Sheldon. Yo sólo me he limitado a...

Les atajé a los dos sintiendo unos enormes deseos de enviarles a ambos al infierno con un par de balas en la cabeza de cada uno.

—Eso no es cuenta mía, muchachos —dije—, sino del teniente Kane. Espero que no tarde mucho en presentarse por aquí —les miré largamente y al fin solté la pregunta—: Elsa Talbot dijo que todos trabajáis a las órdenes de Riconti, ¿verdad?

Sheldon sudaba detrás de la mesa despacho. Le vi mirar hacia la sucia y acristalada puerta y me reí.

—Nadie vendrá en tu ayuda, Sheldon —aduje fríamente—. Y aunque lo hagan, para ti no habrá salvación. Antes de que alguno de tus hombres logre entrar, te meteré un balazo en las tripas. Vamos, habla, ¿cómo funciona todo esto?

Empecé a rodear la mesa sin perder de vista a Chesney, que en aquel entonces se acariciaba la castigada mandíbula.

Sheldon retrocedió unos pasos hasta que su espalda tropezó con la pared.

—¿Qué diablos quiere, Lyman? ¡Lárguese y déjenos en paz!

Reí secamente.

—Una confesión, Sheldon —repliqué—. Eso es lo que quiero. Deseo saber cómo se mueve Riconti y dónde puedo encontrar pruebas de su culpabilidad. Pero pruebas escritas que puedan llevarle delante de un tribunal.

Miró a Chesney.

El elegante «gangster» había dejado de acariciarse la mandíbula. Ahora le devolvió la mirada, y me di cuenta con el consiguiente regocijo que se sentían acorralados.

Que lo estaban.

Por fin llegué al pico de la mesa, a media yarda del gordo y fofa Sheldon.

—Vamos, Sheldon —dije sin dejar de mirarlos a los dos—, desembucha pronto.

Miró mi mano que continuaba en las profundidades de mi bolsillo acariciando la culata de la empavonada «Colt» 45. Después me miró a mí.

—Escuche, Lyman —dijo mirando ahora la caja de caudales empotrada en la pared—. Ahí dentro hay un montón de dólares. Miles. Déjenos marchar y quédese con todo.

Mi risa le cortó en seco sobresaltándoles a los dos.

—Es usted una rata nauseabunda, Sheldon —dije—. No necesito sus sucios dólares para nada. He venido a buscar una confesión y no me iré sin ella. He venido para eso, y si no la consigo, no me importará quitarles de en medio. A decir verdad, es lo único que deseo. Un motivo, por leve que sea, para matarlos a los dos.

Chesney fue el que intervino ahora.

—Mire, Lyman —dijo lentamente—; yo puedo decirle lo que desea saber, pero lo haré con una condición: Deseo la libertad. Hablaré, escribiré lo que usted diga, y una vez lo haya firmado, deseo que me deje salir de aquí. ¿Qué le parece?

Sin apartar la vista de los dos repliqué:

—No estás en muy buena situación para imponer condiciones, Chesney. ¿Sabes por qué? Porque si no cantas ahora, cantarás en el precinto cuando el teniente Kane te ponga las manos encima.

Se puso en pie, y en el acto me di cuenta de que para los tres había llegado el momento crucial.

Aquellos dos no se entregarían sin lucha. El fantasma de la silla eléctrica era mucho peor que un balazo, que en el mejor de los casos podía ser tan fulminante, que no se enterarían de que la muerte había llegado.

Nerviosamente, y sin sacarla del interior del bolsillo, pasé el dedo por el interior del guardamonte y acaricié suavemente el gatillo de la «Colt».

—Será mejor que te sientes, Chesney —dije—. Estás haciendo oposiciones para que te envíe al infierno de un balazo.

La respuesta vino a mí, en boca de Sheldon.

—¿Y no es preferible un balazo a la silla eléctrica, Lyman?

Fui a contestar, cuando afuera, procedente del salón, nos llegó un tumulto.

En el acto vi cómo Sheldon miraba la puerta que había situada casi a su espalda y no necesité más para comprender que aquello era una salida para caso de emergencia.

Para un caso como aquél.

El tumulto crecía. A través del mismo oímos claramente:

—¡Cuidado, la policía!

Después las voces de los agentes ordenando el alto. Un segundo más tarde el estampido de un disparo, y casi a continuación varios más.

Fue aquél el momento que aprovechó Chesney para lanzarse sobre mí.

Con el rabillo del ojo le vi venir, y también vi algo más; que ya llevaba una fea automática en la mano.

Me hice a un lado una fracción de segundo antes de que disparara, y después, a escasas pulgadas de mi cuerpo, desde el interior del bolsillo de mi chaqueta, oprimí el disparador.

La pesada bala del cuarenta y cinco le golpeó en el centro del pecho lanzándole hacia atrás.

No esperé a verle caer.

Ahora, con la «Colt» en la mano me lancé contra Sheldon que intentaba extraer un arma.

No le di tiempo para ello.

Me lo sacudí de encima golpeándole la cara con el cañón de la «Colt».

Cayó a mis pies boqueando y como un loco me lancé hacia el tirador de la puerta.

Tiré de él.

Estaba cerrada.

No deseando perder tiempo apoyé la automática contra la cerradura y disparé dos veces. La puerta se abrió.

Había una estrecha escalera y precipitadamente empecé a descender por ella mientras que en el interior de la bolera los disparos arreciaban.

La mediaba cuando el recuadro de luz que iluminaba a mi espalda se oscureció de pronto. Casi en el acto un plomo cruzó aullando por encima de mi cabeza, y un segundo después oí el

apagado «¡ploff!» de un arma provista de silenciador.

Me dejé caer de rodillas girando medio cuerpo y disparé, hacia arriba. Sheldon se fue al infierno con dos onzas de plomo en el estómago.

No lo sentí en modo alguno.

Continué descendiendo no deseando que el teniente Kane me pusiera las manos encima, al menos por el momento.

Había tiempo para ello.

Una calleja sinuosa y maloliente. Como casi todas las del Bronx.

Caminé rápidamente por ella buscando una boca de metro. La encontré después de haber despreciado un solitario taxi, y lo hice, porque si la cosa no me acababa de salir bien aquella noche, no deseaba que el conductor del vehículo fuera con el cuento a la policía.

No deseaba que nadie, a no ser yo, supiera cuál iba a ser mi siguiente paso, aunque era muy posible que Kane lo adivinara.

Consulté el reloj de pulsera cuando ya me encontraba viajando en dirección a la Quinta Avenida.

Las tres.

Aún falta una hora para que el «Tigris» cerrara sus puertas.

El «Tigris» y Aldo Riconti, todo en una pieza.

¿Estaría allí?

Era lo más seguro.

Entonces pensé en Cherry, y de rechazo lo hice en el teniente Kane, y en Devoe al que no había vuelto a ver.

Sí, estaba seguro de que alguno de los dos encontraría mi pista. Que adivinarían que me dirigía al «Tigris» para completar precisamente mi lista de aquella noche.

Cora Lancaster y Wanda Borchert iban a ser vengadas ampliamente.

¿Pruebas? ¡Al diablo con ellas!

No tenía que preocuparme por nada. Primero; había matado con una automática que no era la mía. Con borrarle las huellas digitales, caso concluido.

Segundo; aunque lo hubiera hecho con la «Lugger», el caso era el mismo. Aquello se llamaba, según la ley, una ley que yo no había escrito precisamente, defensa propia.

Tanto Tex Sheldon como Chesney habían disparado primero

contra mí.

Ahora quedaba Aldo Riconti.

Aldo, el elegante y educado «gangster» italiano. Si la cosa salía bien, iba a gastarme un par de cientos de dólares en una bonita corona de flores.

Pero si no era así, esperaba que Cherry comprara alguna para mi tumba.

Fuera como fuera, siempre me quedaba el consuelo de que muerto o vivo, Riconti había llegado al final de su sucia carrera. Bastaba con la declaración que pudieran prestar Elsa y Peters, para que todo se lo llevara el diablo.

Aquello era el final para él y toda su camarilla.

Para el mercado de blancas. Para el tráfico de drogas. Elsa y Peters declararían. Lo sabía, tenía la certeza de ello.

El llamado tercer grado, bien aplicado, hacía cantar a cualquiera.

Además estaba Ethel. ¿Cómo me había olvidado de ella?

Abandoné el metro en la Quinta Avenida, no lejos del «Tigris». Consulté de nuevo el reloj.

Las tres y treinta.

Mentalmente, y mientras avanzaba hacia el club, calculé el tiempo que le llevaría al teniente Kane acabar con toda la cuadrilla de la bolera, y luego presentarse en el «Tigris».

No pude, pero estaba seguro de que le llevaría muy poco.

Relativamente poco, y aún faltaba media hora para que el club cerrara sus puertas, por última vez, según mis cálculos.

Entré mirando en torno.

Como todas las noches, la barra estaba abarrotada de público. Lo mismo que la encerada pista de baile, lo mismo que las mesas.

Pedí un *whisky*, al parecer sin que nadie reparara en mí, sin que nadie me molestara.

Por lo visto, el omnipotente Aldo Riconti aún no tenía noticias de lo ocurrido en la bolera. Al parecer, su servicio de información estaba fallando.

Llegué a esta conclusión, cuando tuve que cortar mis pensamientos para fijar mi atención en la mujer que acababa de salir, seguramente del tocador de señoras.

Una hermosa mujer, que contoneaba pícaramente las caderas

mientras se encaminaba hacia mí.

Una mujer, en fin, llamada Cherry Morrison.

Subió al alto taburete, a mi lado, con la falda muy por encima de la rodilla y me sonrió divertida al ver mi estupor.

—¿Qué haces en el «Tigris»? —pregunté suavemente.

—Esperarte, querido. Me aburría en el tabuco de la calle Hudson y decidí venir —me miró cerrando un ojo, después, sin abrirlo, preguntó—: Y a ti, ¿te han ido bien las cosas?

—¿A qué te refieres?

—No seas cínico, amor. Media hora después de que abandonaste el «Gallo de Oro», la calle se llenó de policías. Vi cómo se llevaban a esa chica, a Elsa. También iba un hombre con ella. Supongo que sería...

—¡Lo era! —atajé—. Pero eso no explica qué haces en el «Tigris». Esta noche no está tu italoamericano.

Frunció el ceño y me di cuenta de que se había puesto furiosa.

—No tengo a ningún italoamericano, Cass —replicó con voz sorda—. Te tengo a ti y estoy satisfecha. Si esta declaración mía también te satisface a ti, quedaré completamente contenta. —Hizo una pausa y agregó—: Fuiste a la bolera de Tex Sheldon, ¿verdad?

¡Ella lo sabía!

Lo supo siempre, y sin embargo, sabiendo que había un hombre llamado Sheldon, que militaba a las órdenes de Riconti, no me lo había dicho.

—Sheldon ha muerto, ricura —dije con rencor—. Sheldon y un tipo...

—Un tipo llamado Chesney —atajó Cherry—. ¿Les mataste tú, querido?

—Trozaron con unas cuantas balas disparadas con una automática «Colt» calibre 45, monina —repliqué fríamente.

—Explícame eso, ¿quieres? La automática tuya es alemana. Una «German Lugger» si no me equivoco. ¿Cómo te las has compuesto, Cass?

Fingí sobresaltarme.

—¿Pero de verdad crees que les he matado yo? —pregunté—. Pues te equivocas, ricura. Mi automática, como dices bien, es una «Lugger».

—¿Entonces...?

—Estaban muertos cuando yo llegué, muchacha.

Calló mirándome no muy convencida, y empecé a beber el *whisky* despacio mientras esperaba la aparición de Aldo Riconti.

CAPÍTULO XV

—Eres un embustero pero simpático, querido —replicó con absoluto desparpajo—. Y si no, ¿cómo explicas tu venida al «Tigris»? Y no me digas que has venido en mi busca porque no te creeré. ¿Cuál es tu juego?

Continué bebiendo mientras ella me miraba. Después deposité el vaso sobre el mostrador y a mi vez la miré dubitativo.

—¿Por qué no eres una buena chica, das media vuelta y te largas a dormir, querida?

—¡Oh, amor! ¡Porque no lo soy en modo alguno! ¿Por qué no se lo cuentas todo a la abuelita? Puede que ella te dé un buen consejo.

Sentí deseos de tomarla por sus maravillosas piernas y acto seguido estrellarla contra la pared.

—Me harías un favor si te fueras ahora, Cherry —dije seriamente, reprimiendo mis deseos—. Aquí no haces nada más que estorbar.

Sonrió mirando en torno.

Luego clavó el misterio de sus ojos en mí, y espetó tranquilamente:

—No diría yo eso, querido. Hay tipos que me miran con unos ojos tan brillantes como los del diablo. Si me dejas sola, tal vez me vea en dificultades. Por otra parte —agregó después de una corta pausa—, sé que vienes buscando a Riconti. Está aquí, en el «Tigris», pero no le verás salir.

La miré con asombro.

—¿Cómo lo sabes, Cherry? —pregunté después.

—Es de lo más sencillo, querido —me replicó—. Riconti saldrá por la puerta trasera, haciendo lo contrario que todas las noches. Anda, amor, la orquesta está interpretando el último baile de la noche. Invítame, ¿quieres?

—¡Vete al diablo, monina! —estallé, para en el acto quedar

silenciosa, mirándola a los ojos, que no se desviaron de los míos ni un milímetro. Después pregunté—: Pareces saber mucho de Riconti, y de muchas cosas, ¿verdad, Cherry?

Me llevé chasco, porque no se desconcertó.

—Sí, Cass —dijo sin desviar los ojos—. Sé muchas cosas de mucha gente. Te asombrarías si supieras de cuántas.

La verdad es que yo estaba asombrado, aunque no tanto como para no poder preguntar:

—¿Cómo sabes que Riconti no saldrá hoy por esta puerta?

Su respuesta me desconcertó un tanto.

—Aldo Riconti ya sabe lo ocurrido en la bolera de Sheldon, querido. Apuesto lo que quieras a que ahora mismo está recogiendo todo lo que pueda comprometerle, para largarse acto seguido. ¡Ah! También sabe que Elsa y Peters han sido detenidos, y que la policía no tardará en acordonar este lugar.

Sin saber si dar o no crédito a sus palabras, abandoné el taburete de un salto.

Cherry fue también rápida en abandonar el suyo con inminente peligro de ocasionar un tumulto cuando sus piernas quedaron al descubierto, y acto seguido me prendió del brazo.

—¡Cass! Cass, amor —dijo—. ¡No vayas! ¡No lo hagas! ¡Hay dos hombres con él! Uno de ellos es Murati. Son tres fieras, querido. Tres fieras que se sienten acorraladas. Te matarán sin vacilar.

Noté que la sangre se me volvía pólvora en las venas. Que unas ansias de asesinar se apoderaban de mí.

—¡Vete a casa, Cherry! —dije con voz ronca—. Si lo que temes es que todo lo tuyo salga después a relucir, he de decirte una cosa; que puedes estar tranquila porque yo pondré los medios para que no sea así. ¿Comprendes?

Su respuesta, que sonó en mis oídos con la misma rapidez que una bala, me desconcertó aún más:

—No es sólo por ti ni por mí, querido —dijo.

—¿Entonces...?

—¡Por favor, Cass! No vamos a discutir ahora por eso. Anda, llévame a casa. Me encuentro cansada.

Era una excusa a todas luces pueril.

—Toma un taxi, monina. Si lo haces antes de que la gente empiece a salir de los espectáculos lo encontrarás. Si no es así, no

me culpes a mí.

Acto seguido me desprendí de su brazo con alguna rudeza y empecé a caminar hacia los cortinajes que ocultaban la escalera que conducía al piso superior.

Al santuario de Aldo Riconti.

Ponía el pie en el primer peldaño cuando oí la sirena de la policía. Maldije al teniente Kane en todos los tonos imaginables y apreté el paso.

Casi en el acto, detrás de mí, oí la angustiada voz de Cherry.

—¡Cuidado, Cass!

Me volví con el tiempo justo de ver sus hermosas piernas apuntar a las lámparas del techo cuando se lanzó al suelo mientras que el *barman, con una «Magnum» en la mano, me apuntaba.*

Rápidamente me pegué a la pared y respondí a la agresión llevando instintivamente la mano derecha a la funda de la axila.

La «Lugger», desprovista de silenciador, produjo un ruido de mil diablos, y el *barman se desplomó en el acto con un agujero en medio de la frente.*

Al verle, corrí escaleras arriba mientras que a mi espalda las mujeres y los hombres chillaban histéricamente, y la sirena de la policía aullaba cada vez más cerca.

El pasillo.

Dos «gangsters» en él, y uno de ellos Murati, tal y como me había dicho Cherry.

Les vi al instante y no esperé. Hice fuego mientras me lanzaba de cabeza al suelo.

Vi caer a uno mientras Murati disparaba contra mí, y por detrás de él, el alto y felino Aldo Riconti, que llevando en la mano una gran cartera de cuero, alcanzaba la puerta inmediata.

Oí claramente el zumbido del plomo junto a mi cabeza, y después al segundo siguiente, algo pareció tirarme del cuello de la chaqueta.

Abrí fuego nuevamente. Una y otra vez, hasta que Murati se desplomó al suelo lanzando un lúgubre alarido de agonía.

Entonces me puse en pie y corrí hacia la puerta saltando por encima de los dos cadáveres.

Llegué justo a tiempo de ver a Riconti descender los últimos escalones de la estrecha escalerilla, y después abrir una puerta al

final de la misma.

Le imité.

En la calleja, oí el potente bramido del motor de un coche. Corrí de nuevo, pero demasiado tarde. El negro «Pontiac» de Riconti salía lanzado a toda velocidad.

Disparé contra las ruedas y fallé.

Acababa de lanzar una maldición cuando unos faros se encendieron repentinamente en lo hondo de la calleja, y comprendí al instante.

El teniente Kane acababa de bloquear la salida.

Riconti frenó en seco y claramente oí el aullido de las llantas contra el asfalto. Después el sonido que hace la portezuela de un coche al abrirse, y luego al cerrarse con un seco golpe.

Continué corriendo con la «Lugger» en la mano.

A la luz de los faros vi la felina silueta de Riconti que se volvía hacia mí.

Vi también lo que llevaba en la mano y me lancé de nuevo al suelo. Casi al segundo después el chorro de balas de la «Sten» inglesa que llevaba pasó por encima de mi cabeza produciéndome un desagradable escalofrío.

Entonces disparé.

Lo mismo que antes, una y otra vez. Hasta agotar la carga de la «Lugger», con un pensamiento distinto para cada una de las balas que se clavaban en aquel cuerpo elegante, que ahora iba de un lado para otro, como impulsado por un vendaval.

Y era verdad.

Pero un vendaval de plomo y no de aire.

Antes de que cayera al suelo, hecho un guiñapo, la carga de la «Lugger» se agotó.

Pero respiré satisfecho al ver cómo Riconti continuaba yendo de un lado para otro, hasta que por fin, cuando ya la calle empezaba a llenarse de policías, le vi caer para no levantarse más.

Suspiré mientras enfundaba la vacía «Lugger». Después encendí un cigarrillo, me pegué a la pared, y esperé.

No fue mucho.

Apenas un par de minutos o tres, hasta que el teniente Kane y Devoe se presentaron frente a mí, mientras los uniformados hombres del Departamento de Homicidios se hacían cargo del

cadáver de Riconti.

Devoe fue el primero que rompió a hablar:

—Menuda la ha armado esta noche, Lyman —dijo. No sonreí, no dije nada. Miré a Kane y callé.

—Se lo llevarán ahora, pesquisa —dijo éste—. Y usted tendrá que venir con nosotros. ¿Algún inconveniente?

Lancé unas cuantas espirales de humo al espacio y después repliqué:

—Nada de eso, teniente. Pero antes debo decirle que actué en defensa propia. Una «Sten» contra una automática.

Sonrió mientras preguntaba:

—¿Y qué me dice de cierta bolera, Lyman?

Sonreí a mi vez.

—No sé de qué me está hablando, teniente.

—No, ¿eh? Bueno, no se preocupe, Lyman, aunque tendrá que venir con nosotros.

Aquello no me tomó de sorpresa y por lo tanto no repliqué. Pero aún hubo de transcurrir más de media hora antes de que la ambulancia se llevara el cadáver de Riconti y de los demás; y otra más antes de que el

F. B. I.,

en combinación con la Metropolitana cerrara y precintara el «Tigris» después de registrado de arriba abajo.

Luego nos fuimos.

Pero no hablé de Cherry, a la que no vi después.

No hablé de aquellas fotografías. No hablé nada referente a ella. No hablé de mi cliente basándome en el secreto profesional, si bien tuve que dar bastantes detalles de cómo había ocurrido todo, y el porqué de ello.

Por otra parte, y tal y como había sospechado, Elsa y Peters cantaron de plano acusándose el uno al otro, y cuando no, hablando de Sheldon, Chesney y Aldo Riconti.

De resultas de sus declaraciones, la Metropolitana y el

F. B. I.,

se movieron rápidamente durante las veinticuatro horas siguientes a la muerte de Riconti, pero yo no lo supe hasta tres días más tarde.

Eran cerca de las seis de la mañana cuando abandoné el despacho del teniente Kane y al agente especial Devoe. Acto

seguido tomé un taxi y me hice conducir a mi apartamento.

Cherry no estaba allí. Disqué al suyo, y tampoco la encontré en él.

Extrañado por ello me fui a dormir, y ya no la volví a ver hasta setenta y dos horas más tarde, y cuando ya desesperaba de encontrarla en parte alguna.

Pero antes, aquella mañana, ya supe quién era en realidad.

Acababa de desayunar, y me disponía a salir a la calle con ánimo de ir a la agencia, y de paso continuar haciendo alguna indagación referente a Cherry, cuando llamaron a la puerta.

Crucé el apartamento y abrí la puerta.

No era Cherry. Era un hombre. Pero un hombre que imponía por su aspecto.

Alto, de unos seis pies y medio de estatura, pelo entrecano y ojos negros y brillantes. Su rostro reflejaba inusitada seriedad, pero en contraste llevaba en la boca una sonrisa bondadosa.

Le miré sin atreverme a decir nada. Sin pronunciar una sola palabra, asombrado en grado sumo, porque ante mí tenía un rostro que yo conocía sobradamente por haberlo visto en más de una ocasión en todos los diarios de la nación.

¡El propio fiscal del distrito!

¿Qué quería de mí?

Mis pensamientos los rompió él al preguntar:

—¿Puedo pasar, míster Lyman?

Me hice a un lado, y a duras penas pude pronunciar:

—Pase, por favor.

Le conduje al *living* y *sin pronunciar una sola palabra le indiqué que se sentara. Lo hizo en uno de los sillones, sin apartar sus ojos de mí.*

Acto seguido preguntó:

—¿Sabe por qué he venido, míster Lyman?

Dije que no con un leve movimiento de cabeza, y esperé a que continuara hablando. Lo hizo al segundo siguiente.

—Es poco lo que debo decirle, míster Lyman. Mejor dicho, casi nada. Simplemente quiero entregarle esto, personalmente.

Extrajo la cartera y de ella un talón contra el Central Bank. Un talón por cincuenta mil dólares. Estuve a punto de silbar pero no lo hice. Simplemente me limité a mirarle, y después pregunté:

—¿Por qué?

Sonrió.

—Tómelo como el regalo de un padre agradecido. Ahora, llévesela de Nueva York una temporada. Sé que usted la hará feliz, Lyman.

¡Cherry!

Estuve a punto de dar un salto, porque en aquel entonces recordé súbitamente que el fiscal del distrito también se llamaba Morrison.

Le miré de nuevo. Míster Morrison estaba ahora en pie, tendiéndome la mano.

Se la estreché mientras decía:

—Cómo ve, ha sido una visita muy corta, míster Lyman. Ahora perdóneme, pero debo irme. Mis asuntos me dejan poco tiempo libre, ésa es la verdad.

Soltó mi mano y salió sin que yo, víctima del asombro que sentía, acertara a acompañarle a la puerta.

Me dejé caer sobre el sillón y miré el talón. No sé cuánto tiempo estuve dándole vueltas en las manos hasta que repentinamente lo guardé en la cartera.

Entonces salí a la calle.

El bordillo de la acera.

En él, un coche pintado en rojo. Un «Alfa Romeo». ¡Cherry!

En el acto vi una adorable cabecita cubierta con un ridículo sombrero bajo el cual se escapaban sus adorables rizos rubios.

Me miró sin decir nada y se apartó del volante. Abrí la portezuela y me acomodé a su lado.

—¿Dónde vamos, monina? —pregunté.

La pregunta brotó un tanto ronca por entre mis labios.

—Donde quieras. A cualquier parte. Me voy contigo para siempre, Cass.

Puse el coche en marcha y mi apartamento fue quedando rápidamente atrás.

Salimos de Nueva York por la carretera 53 Oeste. Por donde empezó todo. Fue entonces cuando pregunté:

—Eres la hija de míster Morrison, ¿verdad?

Sonrió.

—Sí, Cass. Su única hija.

—Entonces, ¿por qué todo esto?

Me miró y después bajó los ojos. Tardó bastante en contestar, y cuando lo hizo vi lágrimas en sus ojos.

—La cosa empezó hace tiempo, Cass. Yo... yo he sido siempre una muchacha bastante independiente, ¿comprendes? Tal vez porque mi padre nunca pudo preocuparse mucho de mí. Mi hermosura atraía a los hombres. A tipos de todas clases, y eso halagaba mi vanidad. Cierta día, y de esto también hace bastante tiempo, supe de las luchas que contra el crimen organizado y el vicio sostenía la policía, siempre alentada por mi padre. Me ofrecí a ayudarlo y después de una agria discusión me dijo que hiciera lo que me viniera en gana.

»Entonces empecé a frecuentar toda clase de círculos. Conocí a hombres como Murati y otros. Conocí también a Aldo Riconti así como a algunas mujeres. Pero Riconti era listó. Tan listo que me tendió una trampa y caí en ella. Callé sin querer decirle nada a mi padre, y desde entonces tuve a uno de ellos que no me dejaba ni a sol ni a sombra...

»Era Murati, ¿sabes? Pero no pudo conseguir nada a pesar de sus amenazas, algunas de muerte o de sus golpes, ya que recibí algunos. Y no podía rebelarme contra él ni contra nadie. Riconti había hecho las cosas bien. Si hacía o decía algo, me exponía a dos cosas: A que todos los periódicos del Estado hablaran de la hija del fiscal, en unos términos que le obligarían a presentar la dimisión, o a morir.

»A Murati tuve que darle mucho dinero. Se puede decir que vivía a expensas mías. Deseaba que me dejara en paz, pero sé que si no hubiera sido por ti, nunca lo hubiera conseguido».

Cherry calló ahora, mirándome. Mis ojos no se apartaron de la cinta de la carretera que velozmente se iba deslizando hacia atrás.

—¿Quién era el hombre de la fotografía, Cherry?

—Aldo Riconti —murmuró.

—¿Cómo fue?

—En mi afán de ayudar a mi padre, fui con él a varias fiestas donde había varias chicas, tales como Cora, Wanda, y otras cuyos nombres no recuerdo ahora. En una de ellos, Riconti me dio a beber algo que me sentó mal, ¿entiendes? Luego ocurrió todo. Ni yo misma sé... Después se sirvió de ello para cerrarme la boca. Con mi padre no podía meterse directamente, pero teniendo en su poder

todo aquello, si le iban mal las cosas, siempre podría presentar una carta con la que ganar la partida.

—¿Por qué fuiste a mi oficina, Cherry?

—Por dos cosas. La primera porque lo del chantaje era verdad. Aquel tipo, y eso lo he sabido después, robó a Riconti unas cuantas fotografías y negativos. Pertenecía a su banda y pensó que podía sacar un sobresueldo. Pero se equivocó, Cass. Riconti le mandó matar. Después se enredó todo de un modo espantoso.

Continué mirando la carretera mientras ella callaba de nuevo.

Al fin pregunté:

—¿Y después de esto qué, Cherry?

—Papá continuará en el cargo hasta que pueda. Tiene que aguantar el tipo, ¿comprendes?

Sin replicar continué con los ojos pegados en la carretera.

¿Había algo más que preguntar? Posiblemente sí, pero no me encontraba con ánimo de hacerlo. Por lo menos, refiriéndose al pasado.

Y como cosa lógica, pregunté por lo que verdaderamente me interesaba.

—¿Dónde vamos, monina?

Cherry cerró los ojos.

—A cualquier parte yendo contigo —replicó.

Era verdad. Eso era lo que pensaba yo.

El fantasma de Aldo Riconti, y con él todo lo que representaba, había quedado atrás. Lo mismo que Nueva York. Lo mismo que todo. Hacia adelante Cherry y yo.

¿Qué importaba todo lo demás?

Nada. Palabra.

Sólo Cherry y yo. Eso era lo que verdaderamente importaba.

FIN



**LA PELÍCULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS**

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderás lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrias, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



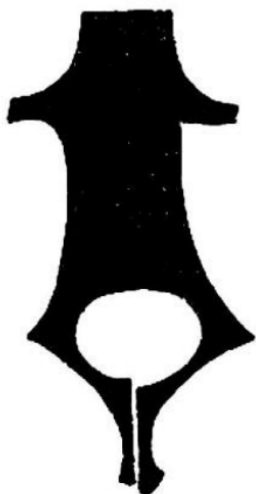
LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAPIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacehuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Basó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egon Rosenfeld - Jirón Moquegua, 326
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. - Importación en España - Printed in Spain

